

En la Mirilla del Jaguar

(Biografía novelada de Monseñor Gerardi)



margarita **carrera**



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



Colección Escritores Centroamericanos

C.4

**EN LA MIRILLA
DEL JAGUAR**



Colección Escritores Centroamericanos

Colección
Escritores Centroamericanos

Primera Edición, 2002

DEPARTAMENTO DE CULTURA Y DEPORTE
SECRETARÍA DE CULTURA Y DEPORTE
BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD DE GUATEMALA

Título:

En la Mirilla del Jaguar

D.R. © 2002, Margarita Carrera, Guatemala

© 2002, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE GUATEMALA, S.A.
6ª. Avenida 8-65 zona 9, Ciudad Guatemala.
Av. Picacho Ajusto 227; 14200 México D.F.

D.R.© Ilustración de portada:

Pintura de Roberto González Goyri "El pez en la mira"

D.R.© Diseño de portada: Diana Mendizábal & Bernal Arango

Coordinadora de la Colección: Sagarrio Castellanos

Revisión y Corrección: Rossana Pinillos Brocke

Diagramación: Sergio Rodenas

ISBN 99922-48-20-3

Impreso en Guatemala

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización expresa de la editorial.

S.G.
863
C314e
C.4

BIBLIOTECA CENTRAL (Universidad) Q.72.17

Mi gratitud al

Hermano Santiago Otero
por su desinteresada y
valiosa ayuda en la
elaboración de la
presente obra.

47.H.C. - 78746 (2002)

Capítulo I

El Coronel Rodolfo Lobos Zamora, comandante de las Brigadas militares del Quiché y Huehuetenango, había dado la orden:

—Que lo atalayen y le den muerte, igual que a los otros curas.

Los soldados, medio dormidos y aún con restos de comida en la boca, disimulaban su cansancio. Debían salir al día siguiente, internarse en la selva y llegar a la vereda por donde pasaría Monseñor Juan Gerardi. Después de cuadrarse, se habían retirado a dormir. Malditos mosquitos, los zancudos les picaban más discretamente. Tendidos en el suelo, con un petate como cama, habían dormido mal aquella noche. A las cinco de la mañana estaban desayunando, ya listos para cumplir con la nueva misión. El día antes les habían dado aguardiente y unas pastillas que les hacía sentirse más machos. Torturar, violar y matar, ése era, por ahora, su oficio. Pero ya estaban cansados de tanta chingadera. Ya no sabían cuándo soñaban terribles pesadillas en donde se veían envueltos en sangre y cuándo era realidad. Pero eso no era nada después del entreno como kaibiles. El sargento Pedro Arcaj recordaba el hambre y el frío y, sobre todo, las porquerías que le hacían comer. Lo habían atrapado, en un reclutamiento forzoso, cuando iba camino a su rancho. No había podido despedirse de sus padres, mucho menos de su mujer.

Estamos jodidos si no logramos pescarlo. El cura había sido bueno con él aunque siempre le hablaba de babosadas, que no chupara, que no maltratara a su mujer. Hija de perra, ¿en quién, si no, descargar sus ganas de pleito? Y no hubiera sabido que golpeaba a su mujer si un día no la hubiera encontrado toda moreteada en la iglesia. A lo lejos

oyó los gritos del catequista que habían secuestrado pocos días antes. Otro chingado que torturan. Lo jodido era que ellos lo tenían que rematar después. Pero ahora le era más fácil, no como al principio. Para eso le daban güaro y en medio del trago aquellas píldoras. Se reía como loco y hacía lo que otros hacían.

Le habían arrancado la lengua, tenía vendados con venda ancha o esparadrapo ancho los ojos, y tenía hoyos por donde quiera...en las costillas, como que tenía quebrado un brazo. Lo dejaron irreconocible sólo porque yo conviví muchos años con él, y yo le sabía de algunas cicatrices y vi que él era. Y también llevaba una foto reciente de cuerpo entero y le dije yo al médico forense que él era mi esposo. Entonces, sí, me dijo él, él era su esposo, sí se lo puede llevar. (Remhi, Tomo I, p. 8).

Lobos Zamora buscó en el almanaque: Año 1980, mes de julio, día 19, y marcó este número con una equis. Desde 1977, el Quiché se veía envuelto en una espiral de violencia incontenible. La guerrilla había incrementado sus operaciones en el Ixcán, al norte del Quiché y Huehuetenango, y el ejército concentraba, por ello, sus fuerzas de seguridad y ataque en esa región. El reclutamiento forzoso de indígenas era cada vez más frecuente. Junto a Pedro Arcaj, se habían reclutado otros treinta indígenas más.

Nada fácil sobrevivir en esa zona por aquella época. Para responder a la ofensiva de la guerrilla, el ejército había implantado el terror. Nadie estaba libre de esta temible oleada de violencia, peor aún la Iglesia católica, que estaba bajo asedio desde 1976. Sobre todo, aquellos miembros de la Iglesia que habían manifestado su preferencia por los pobres a raíz del Concilio Vaticano II y de las reuniones de Medellín y Puebla, en 1968 y 1979, respectivamente. Por ello, el Obispo de la Diócesis del Quiché Juan Gerardi, quien trataba de rescatar a los indígenas de la miseria, era una de las próximas víctimas señaladas por el terrorismo. Cualquiera

que estuviera en contra del ejército y a favor de los campesinos indígenas, era considerado comunista. Por algo Gerardi había dicho que *No había espacios para tercerismos*, palabras que le habían valido su condena de muerte.

Hacía un frío intenso y una fina llovizna caía de manera intermitente. Desde las 6 de la mañana estaban escondidos los soldados entre la maleza, a la espera de Gerardi. Éste iría a oficiar una misa y a realizar confirmaciones a San Antonio Ilotenango. Sabían que viajaba solo en jeep, pero pasaba el tiempo y no aparecía.

Sin embargo, debían continuar a la espera, hasta que atardeciera. Se habían terminado la ración del día y tenían hambre. Se les había ordenado absoluto silencio sobre esta operación, como en las otras en que asesinaron a dos sacerdotes amigos del Obispo del Quiché. Sólo a su mujer le había dicho algo Pedro Arcaj, lamentando lo que le sucedería al cura.

Arcaj recordaba el secuestro del primer catequista que luego torturaron. Esperaron cuando ya no había gente en el pueblo y lo fueron a capturar a su casa. Con la cara desencajada, lo sacaron arrastrado, cuando ya era de noche. La poca gente que transitaba por las calles desiertas hizo como que no miraba.

Todos se encerraron. Esa noche, empezaron los alaridos en la Brigada Quiché. Más tarde, alguien confesaba: *Y ese oficial nos decía que si no los matábamos nosotros, a todos nosotros nos iban a matar. Y así sucedió de que...tuvimos que hacerlo, no lo niego que sí tuvimos que hacerlo porque nos tenían amenazados (Remhi, Tomo I, p. 8).*

Las órdenes venían específicamente del General Romeo Lucas García, quien ejercía la presidencia en 1980. El Coronel Byron Manuel Antonio Callejas y Callejas, Director de Inteligencia, conocida como la G2, estaba a cargo de

las investigaciones concernientes a Gerardi. Ojos pequeños y mirada de acero, el coronel revisaba una larga lista de sospechosos de colaborar con la guerrilla. El nombre de Monseñor Juan Gerardi Conedera estaba doblemente subrayado. Hacía rato que le llevaba ganas a ese cura comunista que siempre estaba hablando babosadas y defendiendo a los ishtos de mierda. Si lo pudiera matar personalmente, no vacilaría en vaciarle la pistola en la cara, esa cara que tanto detestaba. El coronel se encolerizaba fácilmente y cuando esto sucedía pateaba sillas y mesas y maltrataba a sus subordinados. Recorría las oficinas nerviosamente, regañando y puteando a cuanto militar encontraba. Acababa de regresar de Panamá en donde había recibido un curso de contraespionaje dado por los gringos. Ya antes había estado en Georgia, en el Fuerte Benning. Por eso se daba aires de gringo; además, con frecuencia se presentaba a la Embajada de los Estados Unidos a dar informes.

Callejas era amigo del Coronel Byron Disrael Lima Estrada. Ambos compartían su odio en contra de Gerardi. Por ser Lima Estrada uno de los más destacados militares en la lucha contrainsurgente y en vista de la intensa actividad militar en el Departamento del Quiché, éste comandaba las fuerzas militares de dicho Departamento a mediados de los 80. En más de una ocasión Callejas y Lima Estrada se habían reunido con el Presidente Lucas. El tema siempre era el mismo: cómo acabar con la guerrilla, cuáles eran los líderes máximos que había que desaparecer o asesinar, en dónde se concentraban más las fuerzas enemigas, cuáles serían las próximas masacres. Callejas llevaba siempre la lista de los comunistas más importantes. Amigo de la guerrilla, enemigo nuestro, decía. En esa ocasión tenía en mente a dos personajes sobresalientes, una mujer y un hombre. La mujer era Alaíde Foppa, conocida escritora tildada de comunista que residía en México, pero que venía periódicamente a Guatemala. El hombre era Monseñor Juan Gerardi Conedera, Obispo del Quiché desde 1974.

—Ese hombre no se calla y si no habla, escribe —se quejaba Lucas con Callejas.

En más de una ocasión, Callejas y Lima Estrada habían tratado de convencer a Gerardi para que colaborara con el Ejército en la zona del Quiché. Aprovechaban las ocasiones en que el mismo Obispo llegaba a buscarlos para suplicarles pararan la violencia en contra de los campesinos indígenas. Entonces le hacían ver cómo la guerrilla era la que provocaba el conflicto y la culpable de tanta muerte. En lugar de escucharlos, Gerardi insistía en abogar por los indígenas y criticaba las masacres. Además de sus rebeldes homilías semanales, estaban sus programas de radio en donde decía que la Iglesia como seguidora de Cristo, tenía que ser solidaria y servidora de un pueblo perseguido y atormentado y que estaba llamada a compartir el sufrimiento, la persecución y la muerte de los desposeídos.

Eso sonaba a puro comunismo. Pero lo que más enfurecía a los tres militares era el poderoso influjo que ejercía Gerardi sobre toda la población del Quiché. No hacía mucho, un indígena sospechoso de ser guerrillero, confesaba que Gerardi lo había ayudado a escapar de manos del Ejército, brindándole protección. Huyendo del Ejército, había llegado una tarde a la casa parroquial.

Gerardi se encontraba descansando de la intensa labor del día, sentado en un sillón en el corredor de la casa. Dos aldabonazos sonaron en la puerta. Al abrir, un indígena harapiento le había dicho desesperado:

—Ayúdame, por el amor de Dios, padre.
—Entra, entra, hijo, pero ¿qué te pasa?

Al verlo malherido, Gerardi lo tomó del brazo y lo llevó a su salita. Ahí le obligó a sentarse. Él se sentó enfrente y tomándole las manos trataba de calmarlo.

—¿De quién huyes?

—De los ejércitos, padre, de los soldados que me quieren matar.

El hombre lloraba amargamente y apenas si le salían las palabras.

—Me mataron a mi mujer y a mis hijos. Yo me escondí en la troja, padre, por eso no me vieron. Pero cuando le prendieron fuego, tuve que salir corriendo. Me huí hacia la montaña.

Todo su cuerpo temblaba. En ese momento Gerardi le vio los pies heridos, llenos de sangre y lodo. Tenía ampollas infectadas que supuraban.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó.

—Hace como cinco días. Los ejércitos entraron en la aldea y empezaron a matar. Creo que sólo yo logré escapar. Pero tengo mucho miedo, padre. Yo no quiero morir. No quiero que me maten. Ayúdame, padrecito, ayúdame.

—Está bien, está bien. Pero antes te vamos a curar esos pies.

Gerardi llamó a una monja para que le curara las heridas. Al poco rato, después de la curación, la monja le vendaba los pies. El indígena parecía más sosegado.

—¿Por qué venís hasta ahora?

—Acaso podía salir de la montaña, pues, los ejércitos y los comisionados andaban matando a cuantos encontraban.

—Esa es una denuncia muy seria. ¿Cómo te llamás?

—Me llamo Calixto Rax.

—Bueno, Calixto, ¿qué te parece si vamos juntos a presentar la denuncia al destacamento?

—Padrecito, por favor, no, no, no me llevés ahí, que me matarán. Ellos no perdonan. Ni yendo contigo. Mejor me llevás a la Capital donde tengo parientes que me pueden esconder.

Después de calmarlo, Gerardi lo llevó al comedor y le dio de comer. El indígena, hambriento, devoró cuanto comida le puso enfrente. Luego, Gerardi le llevó a un cuarto y arreglándole un catre, lo obligó a acostarse. Le prometió que al día siguiente lo enviaría a la Capital, pero antes le iría a comprar ropa, porque no podía ir con esos andrajos. Al día siguiente, el Obispo compró ropa, como había prometido, e hizo que se cambiara Rax. Ya listo, lo colocó en una camioneta rumbo a la capital, no sin antes haberle dado algún dinero.

Desgraciadamente, en el camino a la Capital, la camioneta en que viajaba Calixto Rax fue detenida para su registro y alguien le reconoció. Unos soldados se lo llevaron... Después de torturarlo y antes de matarlo, Calixto confesó que Gerardi lo había ayudado.

Para salvar su conciencia, finqueros y empresarios, que se decían católicos pero que en realidad eran enemigos de cualquier cambio social que significara pérdida en sus ganancias millonarias, afirmaban que *la Iglesia estaba haciendo las cosas mal, ya no estaba predicando el evangelio sino que también metiéndose en la política, por el hecho de motivar a la gente a trabajar unidos...* Gerardi oía tales comentarios y no les daba importancia, al contrario, frente a la militarización creciente y encabezando a los Obispos, lanzaba constantes críticas al gobierno militar y a los terratenientes a través de pastorales y comunicados.

Con disgusto leía Lucas las declaraciones de los Obispos. Ante la imposibilidad de callarlos, no quedaba otra sino implementar el terror y nada atemorizaría tanto como darle muerte a un Obispo.

—*El programa de radio del Obispo del Quiché nos está chingando* —les había dicho una y otra vez a Lobos Zamora y a Callejas, con los que acostumbraba reunirse periódicamente. También les había pedido a Donaldto Álvarez Ruiz, Ministro de Gobernación, y al General Mendoza Palomo,

Jefe del Estado Mayor de la Defensa, que se hicieran presentes, porque quería pedirles su opinión sobre qué hacer con Gerardi. En la sala presidencial, cómodamente sentados, una tarde de los primeros días del mes de julio del 80, los cinco militares discutían las prioridades del terrorismo del Estado puesto en vigencia.

—A los comunistas y guerrilleros hay que demostrarles de lo que somos capaces. Lo primero, joderlos sembrando el terror. A eso se llega no sólo matando sino torturando. La tortura es eficaz en todo momento, sobre todo ahora que esos mierdas se están propagando por todas partes. Llegan a las aldeas y empiezan a convencer a la gente para que se meta a la guerrilla. Alguna semilla dejan cada vez que salen de un poblado, porque por más que matemos, siempre surgen otros y otros-. una fuerte gripe le impedía a Callejas hablar sin dejar de toser.

Lucas, que lo escuchaba atentamente, se dirigió a Lobos Zamora:

—Date cuenta que tanto el Departamento del Quiché como el de Huehuetenango están invadidos por guerrilleros. Cada vez conquistan más y más adeptos entre la indiada. Es ya casi imposible señalar exactamente quiénes y cuántos guerrilleros hay entre los ishtos cerotes. La única forma eficaz de acabar con ellos es eliminando poblados enteros. Sembrar el terror y continuar arrasando aldeas que apoyan a los guerrilleros, no nos queda otra. Pero también tenemos que eliminar a los intelectuales comunistas y a esos condenados curas que se andan metiendo de shutes en donde no les corresponde. Ya se ha desaparecido a la comunista cabrona Alaíde Foppa, ¿cuándo desapareceremos o matamos a ese Obispo hijo de la gran puta que vive escribiendo y dando sermones en contra de nosotros? Ahí está la radio Tezulutlán que día a día hace oír su voz en todos los poblados.

—Señor Presidente, vamos por partes —le interrumpió Lobos Zamora. Primero establezcamos qué aldeas hemos de

arrasar para que el comunismo no se esparza por toda la región. Luego, yo me encargo de darle muerte al tal cura Gerardi. Mis soldados ya están debidamente entrenados y dispuestos a realizar ambas cosas. Aunque, como sabe, ya hemos hecho mierda varios poblados.

Donaldo escuchaba atentamente.

—Pero también —continuó Lobos Zamora— es importante capturar a algunos de esos cerotes vivos, para que nos informen de sus operaciones. Por experiencia sé de la eficacia de la tortura. Los más gallitos siempre terminan cantando. A veces parece que van a resistir, pero por fin se acaban cagando en los pantalones y nos dicen más de lo que pensábamos. Por medio de estas revelaciones sabremos cuáles son las prioridades a la hora de las matanzas. Quién jodidos va primero, y quién jodidos después.

Al dejar de toser Callejas, creyó oportuno hablar del apoyo de los gringos:

—Acaban de regresar de la Escuela de las Américas algunos de nuestros militares. Es bueno consultarles. Venidos de Vietnam, los militares gringos saben cómo entrenar a los soldados y combatir la guerrilla. Tienen sobrada experiencia en este tipo de trabajo y nuestros militares vienen bien alleccionados.

El General Mendoza Palomo, que había permanecido callado, creyó oportuno intervenir:

—No hace mucho, di personalmente la orden de arrasar una aldea y todo fue un éxito. Para sembrar el terror no hay como violar a las indias, sacarles el hijo a las embarazadas y matar a los chirices. Son procedimientos cabrones para ganar la guerra. Después de una operación semejante, nadie querrá irse con la mierda de la guerrilla.

Por fin acordaron proceder en contra de Gerardi. El Coronel Lobos Zamora, asesorado por Callejas, estaría a cargo del atentado. Una vez establecido el plan, Lobos Zamora se dirigió al Quiché. Ya en el Destacamento, mandó llamar al capitán Ramírez para que, bajo sus instrucciones, se hiciera cargo de la operación. Pequeño de estatura y rechoncho, el capitán tenía una cicatriz que le surcaba la cara. Venido del Petén, acababa de llegar al Quiché y de inmediato se había presentado a las oficinas del Destacamento.

—Encargate vos mismo de que no quede vivo el cura Gerardi y se te premiará. Quizá hasta sugiramos tu nombre para la Escuela de las Américas —le había dicho Lobos Zamora al capitán.

Al capitán le brillaron los ojos. Él también quería aprender con los militares gringos el arte de matar, torturar o desaparecer comunistas. Reunió de inmediato una patrulla y dió las órdenes pertinentes.

El sargento Pedro Arcaj, en quien confiaba Ramírez, estaría a cargo de la operación y debía ir con una patrulla que, asimismo, había sido debidamente entrenada por el Capitán.

Un día antes, el sargento Arcaj había pasado con su patrulla enfrente de la iglesia. Gerardi, que en ese momento se dirigía a la misma, los vio pasar en silencio; se le notaba cansado y triste. No podía apartar de su mente los asesinatos y amenazas en contra de sacerdotes y catequistas que aumentaban de día en día. Además, a menudo indígenas como Calixto Rax llegaban a pedirle ayuda y le contaban los horribles crímenes y masacres en pueblos y aldeas, cometidos por el Ejército.

Capítulo II

Desde la muerte del padre Guillermo Woods en 1976, la represión del gobierno militar del General Romeo Lucas García se había incrementado de manera feroz. Tenía Gerardi dos años de haber sido nombrado Obispo de la diócesis de Santa Cruz del Quiché, cuando se dio la muerte de su amigo gringo, ese sacerdote Maryknoll que había forjado las Cooperativas en Ixcán. Intrépido, audaz, desprendido, generoso, a veces rudo y demasiado exigente, Woods era, sin embargo, amado por los indígenas. Hablar del Ixcán Grande era hablar de Guillermo Woods. Ixcán y Woods eran dos nombres que quedaban unidos para siempre en la historia de Guatemala, pensaba Gerardi, porque todos cuantos habían llegado a colonizar las tierras de la selva del Ixcán, se sentían profundamente unidos a él.

Allá por los años 50 no se conocía dónde quedaba el Ixcán. Cuando el presidente Juan José Arévalo hablaba de la "colonización de tierras" para resolver el problema del campesinado, pensaba que la solución estaba en el Petén. Moverse en el Ixcán por los años 50 y 60 era una aventura plena de riesgos. La naturaleza, la selva tropical impenetrable, el ardiente clima, la falta de caminos, los animales, las plagas de zancudos y las constantes lluvias torrenciales hacían de ese lugar una muralla de contención que, sin embargo, parecía ofrecerse a los desposeídos como una tierra virgen, hosca y salvaje, pero llena de promesas. No es sino hasta la década de los 60 que el gobierno de Méndez Montenegro inició un programa que permitiría a campesinos pobres colonizar el Ixcán. Por entonces, los sacerdotes Maryknoll, radicados en Huehuetenango desde 1943, decidieron asumir, como propias, las necesidades imperantes de la gente sin tierra que habitaba Huehuetenango, donde tenían su misión. En 1966, surge el proyecto de las cooperativas en Ixcán con el padre Eduardo Doheny.

La preocupación y el deseo de los sacerdotes Maryknoll era ofrecer a los campesinos indígenas mejores condiciones de vida, rescatándolos de los salarios de hambre y los trabajos estacionales en la Costa Sur o Boca Costa de la región del Pacífico guatemalteco, en las grandes fincas de café, algodón y caña de azúcar. Hasta allí llegaba el indígena del altiplano a ofrecer su fuerza de trabajo, para luego regresar a sus comunidades aún más empobrecido y con enfermedades. Terminar con este ciclo de miseria y muerte parecía tangible para los Maryknoll, sobre todo porque el Ixcán era una tierra salvaje y hundida en la selva, en la que nadie estaba interesado.

Ante la idea de colonizar el Ixcán, muchos campesinos se entusiasmaron y se aferraron al proyecto de colonización como una nueva vida llena de esperanzas. Se les ofrecía, por fin, cultivar su propia tierra. Lejana quedaba la reforma agraria de 1952. Así que no tenían nada que perder, pues no eran dueños de nada. Y creció la imagen del Ixcán como futuro prometedor. Sin embargo, no dejaba de haber cierto temor por el hecho de dejar la tierra de origen y lanzarse a lo desconocido. De todas formas, el Ixcán parecía ser la herencia para los condenados de la tierra. Se empezaba, entonces, a hablar de ese Ixcán situado al norte del Quiché, que yacía despoblado, solitario, ensimismado en su profunda selva virgen, distanciado de toda civilización. Ajeno a Huehuetenango, separado por la cordillera de los Cuchumatanes de más de 3000 metros de altura, de donde se desprenden tres grandes ríos que determinan las fronteras de la región: el río Ixcán, el río Xalbal y el río Chixoy. Surcada, además, por muchos ríos menores y arroyos.

Con la creación del proyecto de colonización y luego de la Cooperativa, impulsada por los padres Maryknoll, llegaron al Ixcán familias de diversos pueblos del altiplano guatemalteco, sobre todo del departamento de Huehuetenango, en particular de Todos Santos, San Idefonso Ixtahuacán, Chochal (Chiantla), Santa Eulalia, Barillas,

Soloma, San Miguel Acatán, San Pedro Necta. También llegaron del Quiché y de otros lugares. De modo que confluyeron diversas etnias y lenguas: kanjobales y mames de Huehuetenango, Ixiles del norte del Quiché y qeqchíes.

El proyecto de los Maryknoll en el Ixcán Grande se ubicaba entre los márgenes de los ríos Ixcán y Xalbal, al norte de los departamentos del Quiché y Huehuetenango. Cabalmente, por esta época, se celebraba en Roma el Concilio Vaticano II (1962- 1965), en donde la Iglesia ratificaba su preferencia por los pobres. Los Maryknoll habían atendido a este llamado y, de inmediato, sintieron la necesidad de revisar el trabajo pastoral que estaban promoviendo, tratando de adaptarse a los signos de los tiempos (1966). Luego había tenido lugar la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Medellín en 1968. La teología de la liberación estaba en pleno auge. El problema de la pobreza y la miseria atañía también a la Iglesia. Gerardi y Woods eran, entre otros, hijos de esta nueva visión pastoral a favor de los desposeídos.

Siendo muy joven y recién ordenado sacerdote, Woods había llegado a Guatemala en 1958. Se le conoció, desde un principio, como "el vaquero tejano al servicio de Cristo", amaba la aventura y estaba lleno de entusiasmo por ayudar a los campesinos indígenas desamparados. Pleno de vitalidad, se desplazaba a caballo, en motocicletas, jeeps y avionetas para visitar aquellas áreas de Ixcán en donde tenían su proyecto los Maryknoll. Era alto, rubio, un poco corpulento, de facciones pronunciadas. Su mirada era clara y directa y sus movimientos rápidos y, a veces, violentos. Se había apasionado por aquel Ixcán perdido en la jungla.

La miseria que había descubierto por esas tierras, le hicieron pensar que, por fin, había encontrado su misión: trabajar en esos lugares salvajes, paradisíacos e infernales a la vez, y luchar por los indígenas mayas que parecían olvidados del resto de la humanidad.

El padre McCarthy -otro sacerdote Maryknoll- recuerda cómo era Woods al relatarnos una experiencia a su lado, cuando realizaron juntos un viaje a Barillas, donde Woods tenía su parroquia. Sabía que, para llegar a Barillas, se necesitaban catorce horas a caballo por el terreno montañoso de ese Ixcán agreste y salvaje. Sin embargo, aceptó gustoso la invitación de Woods y se preparó para salir. En sendos caballos se dirigieron, primeramente, a una parada en Santa Eulalia, luego se internaron en la espesa selva tropical.

El camino era abrupto e inseguro. Ya llevaban horas de caminar y los caballos, cansados, avanzaban despacio, tropezando una y otra vez. El calor era intenso, una nube de mosquitos y zancudos los acosaba sin descanso. Era tarde y empezaba a anochecer. McCarthy, agotado y angustiado, estaba arrepentido de haber emprendido el viaje. Sólo un loco podía arriesgarse por aquellos parajes olvidados de Dios, y sin duda, él estaba tan loco como Woods. La noche se anunciaba amenazante con relámpagos que iluminaban de cuando en cuando la espesa jungla. Pronto empezó a llover a cántaros. La lluvia inclemente no les dejaba avanzar. Los caballos caminaban con dificultad y resbalaban con frecuencia, haciendo a los jinetes tambalear. La primera vez que cayó su caballo, el padre McCarthy se incorporó pronto. Pero cuando el caballo cayó sobre él por segunda vez, ya no soportó más e increpó a Woods.

—En dónde me has metido, Guillermo. Por Dios, en qué estás pensando al arriesgarte por estos caminos olvidados de toda civilización.

Impasible y, como si no fuera con él, Woods prendió su linterna y observó en silencio a su amigo por los suelos, al lado del abatido caballo. Llovía a torrentes y McCarthy sentía ahogarse. Pero Woods parecía insensible.

—Caballo maldito —dijo por fin— hijo de la gran...

Claro, sus insultos eran en inglés. Woods tenía fama de ser muy mal hablado cuando estaba de mal humor. Furioso, empezó a golpear al pobre animal hasta lograr levantarlo. Luego hizo que McCarthy se montara en su caballo y, enrollando la cola de la bestia del amigo en una mano, retomó las riendas del suyo e impasible prosiguió la marcha. La noche era profundamente oscura y caminaban por un angosto sendero en plena montaña. Montados ambos en el mismo caballo, McCarthy, que iba en la parte delantera, difícilmente podía detener la montura del caballo que se resbalaba, sobre todo, cuando iban cuesta abajo. No era propiamente un vaquero como Woods. Maldiciendo a las bestias, Woods iba montado, pegado a McCarthy, halando al otro animal. La cabalgata duró toda la noche. McCarthy pensó morir ahí mismo. En el alba, continuaba la lluvia. Por fin, agotados y con hambre, llegaron a una parroquia donde los habitantes del lugar —que los esperaban desde un día antes— salieron a encontrarlos con muestras de alegría. A pesar de la lluvia torrencial, los campesinos llevaban antorchas e iban cantando. Una escena conmovedora que hizo que Woods se reconciliara con los caballos y que el padre McCarthy ya no maldijera tanto su decisión de seguir a Woods.

Después de haber descansado y comido algo, continuaron su viaje a Barillas. Llegaron el sábado por la tarde. Como no era día de trabajo, los indígenas les dieron una recepción muy animada, con marimba, cohetes y cantos. Tiene razón Wood de estar enamorado de esta gente sencilla y amable, pensó McCarthy.

En otra oportunidad, Woods volvió a invitar al padre McCarthy. Esta vez para concelebrar una misa con él y con otros dos sacerdotes. Una choza servía de iglesia. Como de costumbre, llovía a cántaros. La choza estaba repleta de gente acalorada que sudaba y despedía un olor acre que se difundía por todo el recinto. La lluvia se colaba por el techo y el piso era puro lodo. Sin embargo, obviando todas las

incomodidades de la improvisada iglesia, Woods, imperativo y prepotente, se alzó ante los otros sacerdotes y les dijo sin remilgos:

—Aquí, yo soy el concelebrante más importante, por lo que a mí me toca la casulla.

La misa fue magnífica, recuerda McCarthy:

—Estábamos todos amontonados, sudados, llenos de lodo, pero la iglesia tenía vida y la alegría reinaba en los corazones.

Pronto Woods fundó en Barillas una Cooperativa de tallado en madera. Se tallaban artículos religiosos y otras artesanías. Y empezó a buscar compradores en los Estados Unidos. Pero la Cooperativa de tallado en madera era solo una pequeña parte de los infatigables esfuerzos que Woods realizaba para ayudar a la gente. Sin ser médico, abrió una clínica y trataba de curar males menores. Podía suturar una herida sangrante causada por cortada de machete, extraía dientes y no había problema de salud que no intentara resolver. En una ocasión hubo de utilizar un radio transmisor de onda corta, que había instalado con un generador eléctrico de gasolina, para comunicarse con Nueva York. Lograda la comunicación, habló con un doctor y éste le dio indicaciones para tratar el problema del enfermo.

Consciente de que los campesinos desconocían las formalidades legales en cuanto a la posesión de la tierra concernía y de que sus pequeñas parcelas podían ser pronto usurpadas por gente de dinero que se las comprara a precios miserables e injustos, Woods decidió obtener los títulos de propiedad conforme a la ley. A invitación suya vino el abogado tejano Callan Graham para asesorar a los Marykknoll. Graham escogió a un abogado guatemalteco como asistente. Entonces la gente de las cooperativas recibió parcelas individuales de igual tamaño, pero los títulos de

propiedad debían ser registrados a nombre de la Cooperativa. Para Woods la modalidad cooperativa era la más conveniente porque así se haría imposible que, cuando la tierra estuviese cultivada, los ricos terratenientes les compraran la tierra a los campesinos. Tampoco les podrían robar la tierra por medio de la intimidación, la violencia o las deudas. Sin embargo, había campesinos que querían la tenencia privada de la tierra. Esto los hizo rebelarse en contra de Woods — que, sin duda, siempre actuaba de manera autoritaria— e ir a hablar con los Superiores de los Padres Maryknoll para pedir que lo cambiaran.

Acto seguido dichos campesinos fueron al INTA en Guatemala, pero al ir al Departamento de Cooperativas se dieron cuenta de que desde septiembre de 1970 estaba registrada la Cooperativa en el Ixcán, por lo que no pudieron hacer nada.

Al enterarse de lo sucedido, el padre Woods llegó a Ixcán y, como siempre, se impuso con su recia personalidad autoritaria. Algunos directivos de la Cooperativa fueron destituidos, pero otros se resistieron. También políticos de Huehuetenango se pusieron a favor de los inconformes y contra Woods. Los pleitos con el padre subieron de tono y hubo amenazas. Muchos se salieron del proyecto y otros hasta cambiaron de religión. Hubo momentos críticos para Woods. En 1974, campesinos de Mónaco, en Ixcán, llevaron un memorial de acusaciones contra el padre y lo presentaron al presidente de entonces, el General Arara Osorio. Se acusaba a Woods de querer desalojar a ciertos campesinos de sus tierras y de sustraer piezas arqueológicas de un sitio recientemente descubierto. En el diario La Nación de Quetzaltenango apareció, el 3 de junio de 1974, el titular: "Campesinos de Ixcán presentan una seria denuncia contra sacerdote católico extranjero". La respuesta del padre Woods no se hizo esperar y el 5 del mismo mes y año salió en dicho diario una carta aclarando su situación como Cura Párroco de Santa Cruz Barillas y misionero asesor en los programas de colonización en Ixcán Grande.

Pronto la Cooperativa empezó a dar espléndidos resultados lo que llenó de satisfacción a Woods y de envidia a los vecinos terratenientes. Pero la vida era difícil, sobre todo, para aquellos campesinos de tierra fría que sufrían las inclemencias de un clima cuya temperatura llegaba a los 43 grados centígrados. Las distancias por tierra eran muy grandes. No había carreteras para vehículos. Cuando llegaban las lluvias, los nuevos pobladores tenían que cargar la cosecha durante dos o tres horas con el lodo hasta las rodillas hasta llegar a la pista acondicionada para que pudieran aterrizar y despegar las avionetas. Para llegar a Barillas se necesitaban dos días de camino a pie. Con todo, valía la pena enfrentarse a tantas adversidades porque por fin los campesinos tenían su propia tierra donde cultivar, aunque fuera un título colectivo el que tuvieran de la misma.

En 1974, la Cooperativa había crecido considerablemente. Para 1976, Woods tenía tres avionetas Cessna 185s que daban servicio a cinco cooperativas del Ixcán. Él y sus allegados habían realizado más de dos mil viajes de ida y vuelta al área. Aproximadamente dos mil familias se habían establecido en la montaña conformando cinco aldeas o centros. Cerca de ocho mil campesinos estaban viviendo de forma mucho más digna, en una tierra que consideraban suya. Se construyeron cinco escuelas en las que trabajaban trece maestros. Cada una de las cinco cooperativas tenía su propia clínica, atendida por un total de quince paramédicos titulados y dos enfermeras.

Periódicamente se llevaban médicos guatemaltecos en avioneta y estudiantes de medicina de la Universidad de San Carlos de Guatemala hacían visitas regulares como parte de su programa de entrenamiento. Se estableció un servicio aéreo de ambulancia para emergencias médicas. Dos agrónomos a tiempo completo apoyaban las cooperativas. Se abrieron guarderías y se introdujeron nuevos cultivos. El proyecto tenía más de mil cabezas de ganado. Producía anualmente ochenta mil quintales de maíz, diez mil de frijol, quinientos de café y doscientos de cardamomo.

En 1973 cuando las compañías petroleras se dieron cuenta de la prosperidad de las cooperativas del Ixcán y debido al aumento en el precio del petróleo, decidieron explorar y explotar la región. Ya por los años 50 las compañías petroleras sabían que en el Ixcán existían reservas subterráneas de petróleo, pero debido al bajo precio del combustible no les interesó.

En 1974, los partidarios de la candidatura a presidente de Kjell E. Laugerud García, que ya le habían echado el ojo al Ixcán, prometieron a sus habitantes construir una carretera si ganaban las elecciones. Al ganarse las elecciones, la promesa no se cumplió.

Pronto el gobierno estuvo en condiciones de dar concesiones a las compañías petroleras en tierras del Ixcán. Entonces terratenientes y militares empezaron una serie de escaramuzas para apoderarse de ese territorio. El general Romeo Lucas García, Ministro de la defensa por aquel entonces, adquirió más de 300 kilómetros cuadrados en la llamada Franja Transversal del Norte, en Alta Verapaz. El Ixcán se había convertido, así, en un lugar apetecido por los buitres de siempre: gobernantes y terratenientes.

Por otro lado, desde 1972, la guerrilla incursionaba en las montañas del Ixcán y en la región Ixil. En 1975, Luis Arenas Barrera, finquero del norte del Quiché, fue asesinado por guerrilleros. Arenas era dueño de la gran finca La Perla, al norte de Nebaj, que estaba muy cerca del proyecto de la Cooperativa del Ixcán Grande. Era conocido como el "Tigre de Ixcán" por el mal trato que daba a sus trabajadores. Sus posesiones llegaban hasta San Luis Ixcán, en donde tenía una gran pista para las avionetas. Además, la guerrilla asesinó a Guillermo Monzón, un ladino de Xalbal, dirigente del proyecto de colonización. Se le consideraba un "oreja", muy cercano al Ejército.

Éste fue el inicio de la represión en contra del Ixcán. A la semana siguiente de tales hechos, cuatro aviones militares transportaron al Ixcán a más de cien soldados. Entonces empezaron a arrestar gente y a llevársela en helicópteros.

El Ejército secuestró a dieciséis cooperativistas del Ixcán, a quienes se les acusaba de colaborar con la guerrilla. Los soldados se habían internado por las plantaciones y habían llegado a las aldeas. Con lujo de fuerza, fueron capturando a cuanto hombre encontraban. Los amarraban y se los llevaban arrastrando. Atrás las mujeres y los niños los seguían con gritos de súplica. De los secuestrados sólo uno fue liberado posteriormente, según testimonio de Woods. Acosados por el miedo, muchos parcelistas miembros de las cooperativas dejaron a sus mujeres e hijos y se refugiaron en la montaña, esperando a que se retirara el Ejército. Se castigaba a los acusados sin averiguar antes si realmente eran culpables; bastaba la simple sospecha de que algunos parcelarios estaban colaborando con la guerrilla, para proceder contra ellos.

Por aquel tiempo, Woods escribe lo siguiente: *“Durante el mes de junio el Ejército estuvo rondando en el área de Xalbal (Ixcán). El día 10 el helicóptero bajó en Xalbal y se llevaron para interrogatorio a Miguel Sales Ordóñez, un promotor de salud que trabajaba en el proyecto. Hasta la fecha (14 de enero de 1976) nunca más se ha vuelto a saber de él. Ante esta situación, empecé a buscar abogados preguntándoles cuáles eran nuestros derechos y cómo podríamos averiguar lo que le había pasado a la gente. Fui a Santa Cruz del Quiché, centro de operaciones del ejército y pedí hablar con el jefe. Me remitieron con el segundo al mando, y después de haberle explicado la situación, me contestó que no me metiera en lo que no me importaba, que me ocupara de mis propios asuntos y que me dedicara a predicar el amor a Dios. La actitud fue amenazante, insolente e irrespetuosa hacia la religión. Posteriormente*

fui a ver a un abogado en Quetzaltenango, quien me aconsejó que enviara un telegrama al juez de primera instancia en Santa Cruz del Quiché, pidiéndole un recurso de habeas corpus. También fui a visitar a los obispos de Huehuetenango y Quiché y les expliqué la situación. Ellos me indicaron que yo no debía tener nada que ver con la situación, que dejara que la gente lo manejara. Regresé al Ixcán y les pedí a las esposas de los hombres desaparecidos que escribieran los telegramas, los cuales llevé en avioneta a Huehuetenango para que fueran enviados. Cuando iba de salida de Huehuetenango, me di cuenta de que se me había olvidado enviar los telegramas, así que decidí aterrizar en Quiché y dárselos a alguien para que los enviara. El jefe del cuartel militar estaba en la pista y me vio aterrizar. Al día siguiente el jefe de aeronáutica civil me informó que mis aviones ya no podían volar pues representaban un peligro para la vida y propiedades de los habitantes. El telegrama vino del comandante militar en Santa Cruz, Quiché. Inmediatamente le envié un mensaje al Presidente de la República y en menos de dos días la orden había sido revocada... De las gentes capturadas, liberaron a un hombre que vino a contarme sus experiencias. El hombre había perdido más o menos 30 libras de peso, tenía dos costillas rotas y decía que tenía flojos los dientes de adelante. Más o menos el 10 de junio se lo llevaron en helicóptero hacia una pista de aterrizaje cercana en donde lo interrogaron. Él dice que el objetivo principal del interrogatorio era averiguar cómo estaba yo involucrado en las actividades guerrilleras. Lo golpearon y finalmente lo llevaron a Quiché. Ahí lo encerraron en un cuarto oscuro por tres días, —cree él—, sin que le dieran agua ni comida. Después lo golpearon otra vez, lo interrogaron y, después de unas pocas semanas en Quiché, lo llevaron en helicóptero de regreso al área y le dieron un uniforme verde. Se adentró en la montaña con un pequeño grupo de soldados... Este hombre estuvo prisionero durante dos semanas y fue obligado a llevar la carga de los soldados. Lo dejaron libre finalmente y regresó caminando a Xalbal. No nos pudo dar ninguna información sobre los ocho o diez hombres del proyecto que aún seguían desaparecidos...”

Años más tarde, Woods recordaría vivamente aquel día del mes de marzo de 1976, cuando el coronel Reyes, en el cuartel Central del Ejército en Santa Cruz del Quiché, había convocado a 200 maestros para reunirse con él en ese lugar. Aquel día estaba especialmente caluroso. Los maestros fueron llegando en pequeños grupos y empezaron a ocupar el gran patio del cuartel. Como no había sillas, hubieron de esperar parados como dos horas bajo el sol intenso. Algunos llevaban sombreros de petate, otros, con la cabeza destapada, tenían el rostro enrojecido y los ojos llorosos por la polvareda que se levantaba bajo el fuerte viento. Alguien le había dicho a Woods que sería conveniente que él estuviera presente en la reunión, porque había un mensaje de parte del Ejército que debía escuchar. Por ello, en medio de los maestros, estaba él también en espera de la llegada del coronel Reyes. Tenía ya más de una hora de haber llegado y hablaba animadamente con los maestros. El tema de conversación era siempre el mismo: el Ejército y los terratenientes de la región habían emprendido una cruel represión contra cooperativistas y catequistas, a quienes consideraban aliados de la guerrilla. Los maestros habían sido advertidos de no entablar relaciones con ésta. También se les había aconsejado no tener más libros para enseñar que los que el gobierno les proporcionaba. Especialmente prohibida era la Biblia.

Se les había citado a las diez de la mañana, pero el coronel Reyes no apareció sino hasta las doce. Alrededor de diez soldados que le acompañaban, se situaron en lugares estratégicos para controlar a los maestros. Entonces, el coronel empezó a hablar:

—Estamos aquí reunidos para hacerles serias advertencias a todos los maestros de la región. Como ustedes saben, los delincuentes subversivos han estado cometiendo asesinatos y otros actos vandálicos por toda el área del Quiché. Y nosotros no estamos dispuestos a seguirlos soportando. Las órdenes son específicas, catequista o

cooperativista sospechoso de colaborar con la guerrilla, dese por muerto...

Y, luego, venían aquellas palabras que Woods había grabado en su mente: *Si quieren mantenerse en sus puestos, apártense de la política; si quieren estar vivos y no ser secuestrados o asesinados, apártense de la Iglesia, pues el Ejército ha decidido barrer a esa mierda de Guatemala.*

Woods tenía conocidos por todas partes. Aunque los terratenientes le tenían recelo, no podían menos que dejarse conquistar por este hombre emprendedor que le hacía frente a las adversidades con un valor inusitado, sin embargo, con la creación de las cooperativas la Iglesia había empezado a resentir los primeros enfrentamientos con el poder estatal, dominado por terratenientes, empresarios y militares, los cuales se oponían a la posibilidad de una vida mejor para la gente secularmente hundida en la pobreza. Las Cooperativas habían permitido mejoras considerables en la calidad de vida de muchos campesinos y establecían las bases de una sólida organización popular. Eso no era del agrado de los finqueros. Con acusaciones absurdas empezaron a atacar a aquellos sacerdotes que trataban de rescatar a los campesinos de la pobreza. Se les acusaba de hacer campaña política desde el púlpito y, que eran comunistas.

Tanto los sacerdotes Maryknoll como los Misioneros del Sagrado Corazón, que hacían una labor social extraordinaria en los Departamentos de Huehuetenango y Quiché, eran considerados por el gobierno militar como comunistas. Pero también había dentro de los sacerdotes católicos muchos que no comulgaban con la teología de la liberación, dada a conocer en Medellín y Puebla, y que abogaba por los desposeídos.

—Es que parecen inclinarse más por la política que por la religión —decían muchos de estos sacerdotes, que gozaban de la amistad de terratenientes y militares.

También se criticaba el hecho de que la Iglesia respetara las creencias, cultura y costumbres de los indígenas. Ante semejantes ataques, hubo sacerdotes y catequistas que se decidieron por la guerrilla y se alistaron en sus filas. No había otra opción: o se estaba con la guerrilla o con el Ejército. Quienes se alejaban de una y otra postura extrema, como Woods y Gerardi, eran vistos como sospechosos por el simple hecho de entregarse al rescate de los indígenas campesinos.

Pero había otra forma de hacerle la guerra a la Iglesia. Desde mediados de los 60, empezó la penetración de sectas fundamentalistas protestantes, las cuales serían una respuesta del Departamento de Estado norteamericano a la postura de la Iglesia católica que se afanaba por hacer llegar la justicia social a los campesinos indígenas guatemaltecos, meta que también perseguía la guerrilla y el comunismo.

Con las sectas protestantes, que tenían un amplio respaldo financiero de parte de Washington, se trataría de "sustituir a los católicos con protestantes conservadores". Frente a la actitud de cambio promovida por algunos miembros de la Iglesia católica que trataban de despertar el sentido de la justicia social entre el campesinado, se daba la actitud de resignación predicada por los pastores protestantes. Pero la resignación no era sino un arma en contra de cualquier proyecto de transformación estructural dentro de la sociedad guatemalteca.

Capítulo III

Gerardi rayaba en los cincuenta años cuando fue elegido tercer Obispo de la diócesis del Quiché. Alto, blanco de tez, nariz aguileña, cabellos castaños, sus facciones reflejaban una belleza física que se empezaba a extinguir. Sus ojos eran de mirada dulce y profunda. De joven había sido delgado, pero con el correr de los años su constitución física había cambiado. A partir de los cuarenta años se mostraba fornido y corpulento. Por los años 50 se le recordaba siempre vestido de negro, luciendo una figura más esbelta. Desde que le nombraron Obispo de Verapaz había abandonado el traje negro y vestía de manera informal, sobre todo para ir al campo. Entonces usaba pantalones caqui y ocasionalmente suéter o chumpa. Cuando hacía mucho frío, ambos. Era sencillo y amable, aunque tímido y dado a la soledad. En reuniones, gran platicador y contador de chistes. Reía espontáneamente y gozaba de las cosas simples de la vida. Su calidad humana conquistaba a cuantos trataba. Más que hablar, tenía el don de saber oír. Escuchaba en silencio a todos, como si estuvieran en confesión. Y sólo al final, cuando el interlocutor había terminado lo que tenía que decir, daba su opinión. Y lo que decía valía oro. Sobre todo en el momento de la toma de decisiones. Medía los pros y los contras y siempre buscaba el justo medio, la medida, el equilibrio. Un gran coordinador a la hora de las discusiones. Al final, él tenía siempre la última palabra, jamás despreciable, por cierto. Por ello había sido nombrado presidente de la Conferencia Episcopal desde 1972.

Hasta 1974 fue Obispo de Verapaz, donde desempeñó una labor ejemplar como religioso y como pastor de la gente sencilla y humilde, a quien amaba de todo corazón. A través de la radio, la emisora Tezulutlán, difundía la palabra de Dios, pero también dejaba oír su voz de protesta en contra de la injusticia social, sobre todo en sus homilías

dominicales. Como no todos hablaban castellano, se usaba la lengua de la región, que era la maya keqchí. Así su mensaje podía llegar a las comunidades más recónditas como la voz de la esperanza. Logró, de esta manera, el despertar de la conciencia e identidad keqchí.

Su nombramiento como Obispo de Verapaz se había dado el 9 de mayo de 1967, dos años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, que motivó a Gerardi a escribir, en 1968, la Carta Pastoral: "A la luz del Vaticano II. Diócesis, comunidad viva y operante", en donde daba a conocer, por primera vez, su lucha por qué llegara a establecerse la justicia social en Guatemala. Hablaba del "hombre concreto" y de la necesidad de conocer la realidad humana. Por primera vez en Guatemala, un Obispo empezaba a hacer hincapié en el conocimiento de las necesidades y condiciones sociales en que viven los guatemaltecos. "...el tiempo que hemos permanecido en la diócesis lo hemos dedicado, hasta hoy, a observar la realidad, a estudiar las diversas situaciones y necesidades (del hombre concreto), y de acuerdo a ellas elaborar un plan de trabajo pastoral". Era la época en que empezaba a surgir en Latinoamérica la teología de la liberación.

Gerardi reconocía el espíritu de renovación de la nueva Iglesia, que consiste no sólo en predicar para la otra vida sino en tratar de rescatar a los pobres de las situaciones infames en que viven. Pero, como la teología de la liberación era vista por los gobiernos dictatoriales como aliada del comunismo, creía oportuno aclarar que esta teología no implicaba ni revolución ni subversión, "ni mucho menos una oposición sistemática, abierta o solapada, a las instituciones eclesiales tal y como Cristo las quiso y las fundó". Sin duda, el señalamiento de que la Iglesia debe de participar en los problemas relacionado con la posesión de riquezas materiales, fue lo que más inquietó a los gobernantes militares de aquella época, que estaban al servicio de terratenientes y empresarios.

En 1973, siendo aún obispo de La Verapaz, publicó otro documento que toma como punto de partida la "II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Medellín" (en donde se establecía que "Dios quiere salvar al hombre entero, alma y cuerpo" y cambiar las condiciones de vida de menos humanas a más humanas). Este segundo documento se denomina "Expectativas de la Iglesia de Verapaz. Su ministerio con los grupos indígenas". Entre otros puntos señalaba que la Iglesia se sentía hondamente cuestionada ante la realidad y situación de explotación, de marginación, de analfabetismo, de enfermedades endémicas, pobreza y hasta miseria. Hasta entonces, la Iglesia en Guatemala se había preocupado tan sólo del aspecto espiritual. Es más, se la acusaba de ser aliada de los poderosos finqueros, capitalistas y hasta del Ejército. Pero la situación empezó a cambiar desde 1968. Ahora un Obispo se atrevía a hacer señalamientos a los gobernantes y poderosos que abandonaban y explotaban a los indígenas: "a través de los acontecimientos, el sufrimiento de los explotados, la miseria de los oprimidos, la negación de sus derechos fundamentales como personas humanas, Dios nos está hablando claramente...". Palabras que hacían temblar a los victimarios y opresores dueños del poder. Sobre todo cuando exponía que la "misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente, requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora en su existencia terrena, porque es la persona del hombre uno y total, cuerpo y alma".

También en 1973, Gerardi presenta en la reunión del Episcopado de Guatemala, el documento titulado "Pastoral indigenista: doctrina y organización", que ahonda más en el tema indigenista, pero de manera tolerante y amplia, exponiendo que se deben respetar las creencias y tradiciones de las etnias, aunque no pertenezcan a la Iglesia Católica. Una nueva evangelización, en donde se respeta la cultura del individuo: "Una cosa es poderse comunicar con el indígena en su propia lengua, otra es aceptarlo tal como

dominicales. Como no todos hablaban castellano, se usaba la lengua de la región, que era la maya keqchí. Así su mensaje podía llegar a las comunidades más recónditas como la voz de la esperanza. Logró, de esta manera, el despertar de la conciencia e identidad keqchí.

Su nombramiento como Obispo de Verapaz se había dado el 9 de mayo de 1967, dos años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, que motivó a Gerardi a escribir, en 1968, la Carta Pastoral: "A la luz del Vaticano II. Diócesis, comunidad viva y operante", en donde daba a conocer, por primera vez, su lucha porque llegara a establecerse la justicia social en Guatemala. Hablaba del "hombre concreto" y de la necesidad de conocer la realidad humana. Por primera vez en Guatemala, un Obispo empezaba a hacer hincapié en el conocimiento de las necesidades y condiciones sociales en que viven los guatemaltecos. "...el tiempo que hemos permanecido en la diócesis lo hemos dedicado, hasta hoy, a observar la realidad, a estudiar las diversas situaciones y necesidades (del hombre concreto), y de acuerdo a ellas elaborar un plan de trabajo pastoral". Era la época en que empezaba a surgir en Latinoamérica la teología de la liberación.

Gerardi reconocía el espíritu de renovación de la nueva Iglesia, que consiste no sólo en predicar para la otra vida sino en tratar de rescatar a los pobres de las situaciones infames en que viven. Pero, como la teología de la liberación era vista por los gobiernos dictatoriales como aliada del comunismo, creía oportuno aclarar que esta teología no implicaba ni revolución ni subversión, "ni mucho menos una oposición sistemática, abierta o solapada, a las instituciones eclesiales tal y como Cristo las quiso y las fundó". Sin duda, el señalamiento de que la Iglesia debe de participar en los problemas relacionado con la posesión de riquezas materiales, fue lo que más inquietó a los gobernantes militares de aquella época, que estaban al servicio de terratenientes y empresarios.

En 1973, siendo aún obispo de La Verapaz, publicó otro documento que toma como punto de partida la "II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Medellín" (en donde se establecía que "Dios quiere salvar al hombre entero, alma y cuerpo" y cambiar las condiciones de vida de menos humanas a más humanas). Este segundo documento se denomina "Expectativas de la Iglesia de Verapaz. Su ministerio con los grupos indígenas". Entre otros puntos señalaba que la Iglesia se sentía hondamente cuestionada ante la realidad y situación de explotación, de marginación, de analfabetismo, de enfermedades endémicas, pobreza y hasta miseria. Hasta entonces, la Iglesia en Guatemala se había preocupado tan sólo del aspecto espiritual. Es más, se la acusaba de ser aliada de los poderosos finqueros, capitalistas y hasta del Ejército. Pero la situación empezó a cambiar desde 1968. Ahora un Obispo se atrevía a hacer señalamientos a los gobernantes y poderosos que abandonaban y explotaban a los indígenas: "a través de los acontecimientos, el sufrimiento de los explotados, la miseria de los oprimidos, la negación de sus derechos fundamentales como personas humanas, Dios nos está hablando claramente...". Palabras que hacían temblar a los victimarios y opresores dueños del poder. Sobre todo cuando exponía que la "misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente, requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora en su existencia terrena, porque es la persona del hombre uno y total, cuerpo y alma".

También en 1973, Gerardi presenta en la reunión del Episcopado de Guatemala, el documento titulado "Pastoral indigenista: doctrina y organización", que ahonda más en el tema indigenista, pero de manera tolerante y amplia, exponiendo que se deben respetar las creencias y tradiciones de las etnias, aunque no pertenezcan a la Iglesia Católica. Una nueva evangelización, en donde se respeta la cultura del individuo: "Una cosa es poderse comunicar con el indígena en su propia lengua, otra es aceptarlo tal como

dominicales. Como no todos hablaban castellano, se usaba la lengua de la región, que era la maya kekchí. Así su mensaje podía llegar a las comunidades más recónditas como la voz de la esperanza. Logró, de esta manera, el despertar de la conciencia e identidad kekchí.

Su nombramiento como Obispo de Verapaz se había dado el 9 de mayo de 1967, dos años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, que motivó a Gerardi a escribir, en 1968, la Carta Pastoral: "A la luz del Vaticano II. Diócesis, comunidad viva y operante", en donde daba a conocer, por primera vez, su lucha porque llegara a establecerse la justicia social en Guatemala. Hablaba del "hombre concreto" y de la necesidad de conocer la realidad humana. Por primera vez en Guatemala, un Obispo empezaba a hacer hincapié en el conocimiento de las necesidades y condiciones sociales en que viven los guatemaltecos. "...el tiempo que hemos permanecido en la diócesis lo hemos dedicado, hasta hoy, a observar la realidad, a estudiar las diversas situaciones y necesidades (del hombre concreto), y de acuerdo a ellas elaborar un plan de trabajo pastoral". Era la época en que empezaba a surgir en Latinoamérica la teología de la liberación.

Gerardi reconocía el espíritu de renovación de la nueva Iglesia, que consiste no sólo en predicar para la otra vida sino en tratar de rescatar a los pobres de las situaciones infames en que viven. Pero, como la teología de la liberación era vista por los gobiernos dictatoriales como aliada del comunismo, creía oportuno aclarar que esta teología no implicaba ni revolución ni subversión, "ni mucho menos una oposición sistemática, abierta o solapada, a las instituciones eclesiales tal y como Cristo las quiso y las fundó". Sin duda, el señalamiento de que la Iglesia debe de participar en los problemas relacionado con la posesión de riquezas materiales, fue lo que más inquietó a los gobernantes militares de aquella época, que estaban al servicio de terratenientes y empresarios.

En 1973, siendo aún obispo de La Verapaz, publicó otro documento que toma como punto de partida la "II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Medellín" (en donde se establecía que "Dios quiere salvar al hombre entero, alma y cuerpo" y cambiar las condiciones de vida de menos humanas a más humanas). Este segundo documento se denomina "Expectativas de la Iglesia de Verapaz. Su ministerio con los grupos indígenas". Entre otros puntos señalaba que la Iglesia se sentía hondamente cuestionada ante la realidad y situación de explotación, de marginación, de analfabetismo, de enfermedades endémicas, pobreza y hasta miseria. Hasta entonces, la Iglesia en Guatemala se había preocupado tan sólo del aspecto espiritual. Es más, se la acusaba de ser aliada de los poderosos finqueros, capitalistas y hasta del Ejército. Pero la situación empezó a cambiar desde 1968. Ahora un Obispo se atrevía a hacer señalamientos a los gobernantes y poderosos que abandonaban y explotaban a los indígenas: "a través de los acontecimientos, el sufrimiento de los explotados, la miseria de los oprimidos, la negación de sus derechos fundamentales como personas humanas, Dios nos está hablando claramente...". Palabras que hacían temblar a los victimarios y opresores dueños del poder. Sobre todo cuando exponía que la "misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente, requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora en su existencia terrena, porque es la persona del hombre uno y total, cuerpo y alma".

También en 1973, Gerardi presenta en la reunión del Episcopado de Guatemala, el documento titulado "Pastoral indigenista: doctrina y organización", que ahonda más en el tema indigenista, pero de manera tolerante y amplia, exponiendo que se deben respetar las creencias y tradiciones de las etnias, aunque no pertenezcan a la Iglesia Católica. Una nueva evangelización, en donde se respeta la cultura del individuo: "Una cosa es poderse comunicar con el indígena en su propia lengua, otra es aceptarlo tal como

él es, apreciar sus valores, entablar con él un verdadero diálogo en que se da y recibe”.

Se encontraba Gerardi todavía en Verapaz, cuando la contrainsurgencia empezó a atacar la población civil. Frente a la primera masacre, se reunieron los dominicos encargados de la parroquia con Gerardi y emitieron lo que se llama “el primer documento profético de la Iglesia de la Verapaz”. Esta masacre fue el bautismo para Gerardi y el primero para la Iglesia de La Verapaz. Con este documento se inicia Gerardi en la defensa de la vida humana.

Una mañana del año 1974, Santa Cruz del Quiché se encontraba de fiesta. Se había nombrado a Juan Gerardi tercer Obispo de esa diócesis. Era un radiante día de mayo y toda la población esperaba su llegada al pueblo. Se quemaban bombas, la marimba dejaba oír sus alegres sonos y la iglesia estaba bellamente adornada con pino, flores y frutos. Los patojos corrían por el parque y las señoras se sentaban a vender tamalitos, chuchitos, elotes y atol. Todas se habían puesto sus mejores huipiles y lucían espléndidas, aún las que ya estaban entradas en años. Hacía tiempo que no había una fiesta en el pueblo. Nadie se había quedado en casa y todos iban y venían por las calles y el parque. Al llegar la comitiva que traía a Monseñor, todo el mundo se aglomeró en el atrio de la iglesia para verlo entrar. Lo recibieron con aplausos y gritos de alegría. ¡Viva Monseñor Gerardi! ¡Viva! Monseñor caminaba radiante de alegría, saludando a todo el mundo con la mano.

Nunca olvidaría ese maravilloso día, esa mañana soleada llena de vida. Desde entonces, se enamoró de aquel lugar en donde pasaría los años más angustiosos de su vida. La alegría primera se disipó cuando le tocó presenciar, en diciembre de 1974, las terribles confrontaciones del conflicto armado. La lucha del Ejército contra la guerrilla se volvía cada día más cruel y violenta y la Iglesia empezaba a sufrir las consecuencias. Cientos de catequistas y directivos de las comunidades cristianas, casi todos mayas, eran

asesinados o desaparecidos. Gerardi se erguía, entonces, como el más ardiente defensor de los campesinos indígenas y de los agentes de pastoral. A pesar de las amenazas, seguía con sus homilías e iba personalmente a hablar con las altas autoridades del gobierno. Pero los años pasaban y la situación se complicaba cada vez más.

Cuán diferente había sido el papel que jugó la Iglesia en 1954, cuando el gobierno de Estados Unidos dio un golpe de Estado al presidente revolucionario Jacobo Árbenz, quien apoyaba las conquistas sociales que habían permanecido en el olvido. Entonces, los yanquis, el Ejército y la Iglesia eran las tres columnas que sostenían el nuevo gobierno anticomunista MLN. Monseñor Mariano Rossell, Arzobispo de Guatemala que temía y odiaba el comunismo, había dado su apoyo incondicional al gobierno de la Liberación, comandado por Carlos Castillo Armas. Sin embargo, más tarde, en 1962, el mismo Arzobispo Rossell había transformado su pensamiento frente a las nuevas ideas de la religión católica que se sustentaban en el *Rerum Novarum* y el Concilio Vaticano II. Fue así como volvió sus ojos hacia las clases más necesitadas en Guatemala, hundidas en la miseria y el abandono.

Gerardi había trabajado desde 1959 con Monseñor Rossell en el cargo de Canciller de la Curia Eclesiástica Metropolitana, por lo que apoyó la Carta del Episcopado Guatemalteco escrita por Rossell: *Sobre los problemas sociales y el peligro comunista en Guatemala*, del 15 de agosto de 1962, en la que apuntaba que las raíces de la injusticia social en Guatemala eran un mal de siglos. Parece que Gerardi había aprendido de Rossell su integridad personal, eclesiástica y política, su nacionalismo patriota y su deseo y entrega por construir una nueva Iglesia guatemalteca.

Y ahora, veinte años más tarde, la Iglesia era acusada de influir en el recrudecimiento del conflicto armado. Se la acusaba de contribuir al crecimiento de la guerrilla en las

comunidades indígenas, las cuales estaban cobrando conciencia del abandono y miseria en que yacían hundidas. Muchas diócesis, parroquias y congregaciones católicas habían emprendido desde tiempo atrás un trabajo de sensibilización, capacitación y organización de los indígenas.

Gerardi, más que ninguno, se daba cuenta de la explotación sin límites a que eran sometidos los campesinos. Esto lo indignaba, sobre todo cuando observaba que las clases pudientes de Guatemala, principalmente los terratenientes, administraban sus fincas cual feudos y no tenían empacho en llamarse católicos.

Entre 1979 y 1981, la confrontación armada cobraba más y más víctimas dentro de sacerdotes, catequistas y campesinos. Se hacía realidad lo dicho por Gerardi, esto es, que *No había espacios para tercerismos*. Muchos sacerdotes y religiosas abrazaron abiertamente la opción revolucionaria, aunque una minoría se inclinaba por el Ejército. Lo que más le dolía a Gerardi era que esta minoría se comportaba cual Judas, al entregar listas de catequistas y sacerdotes, sospechosos de colaborar con la guerrilla: *Hubo quienes abandonaron a la gente de distintas formas —se decía— hubo quienes entregaron listas de catequistas y otros revolucionarios. Están los que encubrieron o legitimaron el accionar.*

Pero también estaban aquellos religiosos y religiosas que, sin inclinarse hacia ideología alguna, optaban por los pobres. Desgraciadamente, ellos también eran víctimas de la represión del Ejército.

A finales de los 70 y principios de los 80, las operaciones guerrilleras se intensificaron. Asesinaban a finqueros y a miembros de la empresa privada. Dentro de las ejecuciones llevadas a cabo, estaba el asesinato de Enrique Brol, finquero de la zona Ixil y de Alberto Habie, presidente del CACIF. También, como un acto de terrorismo,

colocaron una bomba frente al Palacio Nacional, que provocó varias muertes de inocentes. Comandos urbanos atacaban puestos de Policía y realizaban acciones de sabotaje. Tanto por el lado del Ejército, como por el de la guerrilla, se estaba creando un clima de espanto.

Las operaciones contrainsurgentes empezaron a generar, por esa época, miles de desplazados, refugiados y exiliados. Se había violentado y roto el tejido social: familias, comunidades y organizaciones yacían en el caos. Guatemala se encontraba hundida en la peor guerra que haya sufrido Latinoamérica.

En las zonas de mayor conflicto, como el área del Quiché, muchos niños ingresaban en las filas de uno y otro bandos. El Ejército llevaba a cabo reclutamientos forzosos de niños mayores de 12 años. Lo mismo la guerrilla, aunque en la mayoría de casos, los indígenas se iban con los guerrilleros como una forma de salvaguardar sus vidas, luego de perder a sus familias. Vivir en la montaña significó adoptar a la guerrilla como su familia, con todos los riesgos que ello implicaba y someterse a los rigores militares que regían en los campamentos guerrilleros.

A su vez, las niñas eran víctimas de violaciones sexuales de parte del Ejército. Era otra manera de implantar el terror.

Gritaban las pobres mujeres en manos de ellos, como si ya fueran caballos, ya no respetaron a las mujeres. (Remhi, Tomo I, p. 108).

Cuando las trajeron al grupo de las mujeres, sacaron aparte a las patojas y las violaron, y a las demás las trajeron primero y las menores las trajeron de último, y las violaron. (Remhi, Tomo II, p. 13).

Me capturaron, me llevaron al destacamento en Huehuetenango. Es vida muy triste, yo estuve diez días.

Me torturaron con mis manos atrás, todo yo hinchado esperando que me maten. Yo viendo la pobre gente como la torturan; las mujeres con sus niños. Los niños los dejan por un lado y las madres en un cuarto comienzan a violar el sexual, lo hace delante de otras mujeres, parece animal sin respeto. Eso lo hace de día y a media noche los matan. Yo estoy viendo cuando agarron con cuchillo en su cuello, así lo matan y luego todos los muertos los meten en un carro, no se sabe a donde los llevaron. (Remhi, Tomo II, p. 52).

En el área rural, muchas de esas torturas tuvieron el carácter público o fueron publicitadas por soldados y patrulleros. Era una forma de demostrar su poder e impunidad y humillar a las víctimas y familiares.

Frente a esta dolorosa situación, Gerardi luchaba por sus altos ideales de índole religiosa y social. Pero sobre todo, trataba de salvarles la vida a sacerdotes, catequistas e indígenas. La única forma era enfrentarse a los militares mismos. Al toro por los cuernos, se decía a sí mismo. Por eso, un día, poco antes del atentado en contra de su persona, decidió visitar al Ministro de Gobernación, Donaldo Álvarez Ruiz y al Jefe del Estado Mayor de la Defensa, General Mendoza Palomo para aclararles la posición de la Iglesia en el Quiché. Nada mejor que enfrentarse a estos monstruos, pensaba el Obispo; aclararles mi postura religiosa en defensa de los campesinos.

A los ocho días de haberles pedido audiencia, Mendoza Palomo le dio cita para un lunes por la mañana. Le estaría esperando en las oficinas del Ministro de Gobernación, en el Palacio Nacional. Gerardi había venido a la Capital un día antes. Estaba instalado en casa de su madre y desde ahí se había dirigido, con puntualidad al Palacio. Era un día despejado, azul, un tanto caluroso. Aprovechando el buen tiempo, dispuso irse a pie. Atravesó la sexta avenida y el parque centenario y entró al Palacio. Un militar lo recibió y lo condujo a la oficina de Mendoza Palomo.

Ahí le esperaban no sólo Mendoza Palomo, sino Álvarez Ruiz. De pie en diferentes ángulos de la oficina había tres militares. Gerardi entró decidido, saludó a todos y tomó el asiento que le ofrecieron.

—Un gusto de tenerle por aquí, Monseñor —le dijo con una sonrisa forzada Mendoza Palomo.

—Gracias, igualmente —repuso Gerardi, también sonriente.

Donaldo Álvarez Ruiz lo saludó con gesto adusto. Su mirada le pareció a Gerardi siniestra. No soportaba a ese hombre a quien consideraba un ser desalmado. Sin embargo, tragó saliva y dio inicio a la conversación.

—Estamos a sus órdenes, Monseñor, diga en qué podemos servirle —Mendoza Palomo lo miró fríamente.

—La verdad, necesitaba hablarles urgentemente. La situación en el Quiché se ha vuelto insoportable, diariamente hay asesinatos, masacres y desapariciones. Lo peor es que parecen ensañarse en contra de la Iglesia católica porque múltiples son los catequistas asesinados. Ha poco, como ustedes saben, mataron a dos sacerdotes amigos míos. Por eso me he atrevido a venir para solicitarles su ayuda, aunque a veces pienso que no se han enterado de la violencia que azota el Departamento del Quiché. Por un lado la guerrilla, por otro, el Ejército y el pueblo indígena en medio. Cada vez hay más crímenes. Pero más que a la guerrilla, es al Ejército al que se le imputa mayor número de víctimas y la gente está hundida en el terror —Gerardi hablaba despacio, pero con aplomo.

—Seguramente serán comunistas los que cometen tantos crímenes o inventan tales historias —le respondió Mendoza Palomo— El ejército lo único que hace es velar por la seguridad nacional. El objetivo que persigue es la eliminación del comunismo, de la subversión armada y de

todas aquellas organizaciones paralelas. Nuestra labor es patriótica y estamos cumpliendo con nuestro deber.

—No son historias inventadas, General Mendoza, es una realidad que se vive día a día. Sería bueno que se dieran cuenta de lo que allá acontece —la voz de Gerardi se mostró enérgica.

—Monseñor, Monseñor —por fin habló Álvarez Ruiz—. Usted sabe que por esa zona abunda la guerrilla, la cual asesina a finqueros y hace actos de sabotaje, además de enrolar en sus filas a los indígenas jóvenes, tanto hombres como mujeres.

—Más bien es el Ejército, señores, quien pone en práctica el reclutamiento forzoso. Por esa razón, muchos indígenas jóvenes prefieren huir y buscar alguien que los ampare. Entonces se van a la montaña y se encuentran con que la guerrilla los acoge y defiende sus derechos.

—¿Pero es que no se ha dado cuenta, Monseñor —le interrumpió Mendoza Palomo— que la guerrilla está utilizando no sólo a los indígenas sino a usted mismo, junto a otros sacerdotes y a la Iglesia católica?

—Lo siento, Señor Ministro, pero a mí no me utiliza nadie. Yo estoy al servicio de Dios y de la Iglesia y, créame, la Iglesia es ajena a manejos políticos o de cualquier otra índole. Como cristianos que somos, nos toca defender a los desvalidos, si no ¿quién por ellos? Estar al servicio de los pobres, es algo que el verdadero cristiano no puede evadir. ¿Es que acaso ustedes no tienen temor de Dios?

—Pero Monseñor —le atajó Álvarez Ruiz— hay muchos curas que están trabajando con la guerrilla; eso usted lo sabe muy bien, pero, ¿por qué la Diócesis del Quiché no colabora con nosotros?

—No lo he pensado —le respondió Gerardi— Pero la respuesta es un "no". Mientras el ejército esté haciendo lo que hace, no se pueden justificar tantas barbaridades... más aún, me parece que la guerrilla no mata de la misma forma que lo hacen ustedes, porque políticamente no les conviene; y la gente cree que la guerrilla es su amiga y el ejército su enemigo.

Por fin se había atrevido a decirles en su cara lo que tanto deseaba. Gerardi respiró hondo y miró a los ojos de Álvarez Ruiz, quien bajó la mirada. Mendoza Palomo no pudo contener un gesto de cólera. Frunció el ceño y dijo bruscamente:

—Basta, Monseñor, deje de estar atacándonos a nosotros que defendemos la patria.

—¿La patria de quién, se puede saber Señor Ministro?

—La de los guatemaltecos verdaderos, enemigos del comunismo— La voz de Álvarez Ruiz subió de tono. Estaba rojo de la rabia.

—Monseñor Gerardi —dijo conciliador Mendoza Palomo— siempre hemos deseado charlar con usted, sobre todo para solicitarle su colaboración en el área del Quiché en donde abundan los guerrilleros.

—Mucho me temo —le respondió Gerardi— que los militares combatiendo la guerrilla van a quedar fuera de la ley...y atacando tanto a la población civil, ustedes están haciendo e incrementando la guerrilla.

—Es una lástima, Monseñor, que no podamos llegar a un acuerdo —Mendoza Palomo había logrado dominar su ira y parecía querer terminar con la entrevista.

A su vez, viendo que ya no quedaba nada por decir, Gerardi se puso de pie y, logrando recuperar la calma, trató de despedirse amablemente:

—Espero que algún día recapaciten sobre lo que le están haciendo al pueblo de Guatemala. Yo no puedo hacer otra cosa que estar al lado de los indígenas perseguidos, al lado de los sacerdotes y catequistas que están siendo víctimas de la violencia que tanto la guerrilla como el ejército lleva a cabo.

—Monseñor —le respondió secamente Álvarez Ruiz— esperamos cambie algún día de opinión y apoye la labor patriótica de nuestro Ejército.

—Buenos días, Señores. Gracias por haberme recibido.

Gerardi les tendió la mano y, después de despedirse de los tres militares que habían permanecido en silencio, salió de la oficina. Al atravesar nuevamente el parque centenario, respiró profundamente. Estaba un poco alterado, pero satisfecho de cuanto había dicho.

Cuando el Presidente Lucas se enteró, por boca de Mendoza, de las palabras de Gerardi, montó en cólera. Dirigiéndose a Álvarez Ruiz y a Mendoza Palomo, los increpó:

—¿Y a ustedes que les pasa con ese cura? ¿Le tienen miedo? ¿Por qué no han desaparecido a ese cerote de mierda?

Capítulo IV

El día de la emboscada, Gerardi, después de una noche atroz, se había despertado a las 5 de la madrugada. Se sentía cansado. Con todo, se levantó rápidamente y se fue a la iglesia. Como siempre, estuvo unos momentos en el atrio, frente a la puerta de la iglesia, para esperar a los fieles. Fue entonces que vio pasar, lo mismo que el día anterior, a la patrulla que, sin saberlo él, lo iría a atalayar para darle muerte. Dentro de su programa de actividades, tenía apuntado ir a San Antonio Ilotenango a impartir el sacramento de la confirmación. Sin embargo, después de decir la misa y tomar el desayuno, decidió, antes de ir a Ilotenango, hacer una larga caminata para relajarse un poco. Eso le calmaría, le ayudaría a pensar más serenamente y le disiparía la angustia que lo embargaba y no le dejaba conciliar el sueño. Se puso la chumpa y el sombrero y salió a la calle. El pueblo se encontraba tranquilo, como ajeno a los terribles sucesos que pasaban alrededor. Más indígenas que ladinos transitaban por los caminos ya lejos del pueblo. Y todos le saludaban respetuosamente:

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo. Buenos días, hija—. Su voz era ronca.

Su estado de ánimo no era el mismo de antes. Rehuía a la gente y ya no bromeaba como antes. Se sentía en medio de una guerra infame, en donde cada vez caían más víctimas inocentes. ¿Qué hacer? En vano visitaba a militares para suplicarles parar las matanzas. En vano escribía comunicados, en vano daba sermones clamando por la paz y la justicia. Sus palabras caían en el vacío.

Había tomado un sendero casi paralelo a la carretera. La lluvia que había caído durante la noche, había disminuido

pero los árboles dejaban caer gruesas gotas de agua sobre su sombrero. Le gustaba el campo, el contacto directo con la naturaleza, la soledad. Así se sentía mejor consigo mismo y con Dios. Aunque le habían dicho que no se arriesgara a caminar solo por lugares desiertos, él no hacía caso. Tenía necesidad de respirar profundamente el aroma de los pinos y oír el canto de los pájaros. Pero le seguía atormentando lo que estaba sucediendo en su diócesis. Cada vez más asesinatos de catequistas, cada vez más acoso contra los sacerdotes.

Entonces se le vino a la memoria cómo, pocos años atrás, el 2 de febrero de 1976, se había reunido con el Obispo de Huehuetenango para tratar el problema del secuestro de dieciséis cooperativistas del Ixcán, según petición del sacerdote Guillermo Woods. Desde entonces las cosas habían ido de mal en peor. Esto ya lo había comentado días antes con Monseñor Víctor Hugo Martínez, Obispo de Huehuetenango, quien era un buen amigo. A ambos los unían los mismos ideales y el mismo fervor hacia la Iglesia y hacia los pobres. Gerardi le llevaba a Martínez ocho años de edad y no se habían conocido hasta que este último se ordenó sacerdote. Pero su amistad se había estrechado desde que Gerardi fuera nombrado obispo de Santa Cruz del Quiché, quedando vecino de la diócesis de Huehuetenango a cargo de Martínez. Habían compartido muchos proyectos y muchas inquietudes y ambos se animaban y apoyaban en el trabajo pastoral. Igual confianza tenía en Monseñor Próspero Penados, Obispo de San Marcos, un poco más lejos del Quiché.

Mientras caminaba, Gerardi se hundió aún más en un mundo de recuerdos. Surgieron en su mente aquellos acontecimientos de 1976 que culminaron con la muerte de Woods. El día 3 de febrero de ese año se había reunido con su amigo el Obispo Martínez. El padre Woods les había solicitado a ambos obispos que fueran con él al Ixcán para hablar con la gente y calmar a los parientes de los dieciséis campesinos secuestrados por el Ejército. Ambos habían acordado

reunirse en el Quiché y allí esperar a Woods, quien llegaría en avioneta por ellos.

Por la mañana había llegado Víctor Hugo al Quiché. Ya Gerardi lo estaba esperando y lo recibió calurosamente. Después de un cálido abrazo, se dirigieron a la salita, cercana al comedor.

—Tu güisquito, como siempre, Víctor— le preguntó Gerardi a su amigo, antes de sentarse a la mesa a almorzar.

—Claro, claro, pero tú también me acompañas.

La salita era sencilla pero confortable. En la pared de fondo, un Cristo antiguo resaltaba el ambiente de claustro religioso.

—Las cosas se ponen cada vez más feas, Víctor. La guerrilla no cede en nada, continúa con sus actos de sabotaje y provoca aún más al Ejército asesinando prominentes finqueros.

Gerardi después de hablar, se bebió de un solo trago el güisqui. Martínez dio un trago antes de contestarle.

—Sí, pero el Ejército no se queda atrás y con un terrateniente que maten, barre con veinte campesinos y, antes, los tortura. Para colmo este Woods como siempre, atrevido y rebelde.

No había Martínez terminado la frase cuando Gerardi le interrumpió:

—Y orgulloso, además de prepotente.

—Yo también he tenido con él algunos roces, pero por fin me convence por sus buenas intenciones, entusiasmo y espontaneidad. Hay de todo dentro de los misioneros de Maryknoll, pero este Woods es algo excepcional, capaz de lanzarse a cualquier aventura. Amante de lo desconocido y de toda clase de proyectos utópicos. Un hombre activo, más

que contemplativo pero no por ello deja de vivir plenamente su identificación con Cristo. Siempre se muestra alegre, jovial, dueño de sí. No se cansa de hacer bromas y de romper la seriedad en los momentos más inoportunos.

—Pero tú tuviste ya un problema serio con él —le interrumpió Gerardi.

—Sí, por lo mismo de los dieciséis desaparecidos. Imagínate que Woods me envía a sus parientes después de que éstos ya habían ido a hablar con el presidente Laugerud. Ya Laugerud los había atendido y les había respondido por medio de una carta. Ante esto, ¿qué podía hacer yo?

Mientras avanzaba la mañana, la conversación siguió girando en torno a los padres Maryknoll y de todos los males que estaban sufriendo. Recordaron que no hacía mucho el gobierno había expulsado a varios misioneros: uno de Quiché y tres de Huehuetenango.

—Ya en esa ocasión tuvimos que movilizarnos ambos para evitar la expulsión de otros sacerdotes, aunque no con todos los misioneros tuvimos éxito —Martínez apuró el resto de su trago.

—Sí, Juan, y pensar que dos de ellos no fueron expulsados, no por intervenir nosotros, sino por tener amistad con personas influyentes dentro del gobierno. ¡Ah!, ¡el cuello!, ¡cuánto se gana teniendo cuello!

Gerardi le sirvió otro trago a Martínez, luego se sentó cómodamente en el sofá.

—Lo que no me pasa son las traiciones internas dentro de la misma Iglesia. No concibo cómo muchos sacerdotes justifican la acción del gobierno, argumentando la participación política de los misioneros... ¡Y más que participación política es ayuda desinteresada a los campesinos desamparados!

Martínez, a su vez, sonrió tristemente, al ver que su amigo sentía lo mismo que él.

Habían hecho juntos varios viajes al Ixcán y se habían dado cuenta del éxito que estaban alcanzando las cooperativas. En aquel lugar perdido en la selva, se habían levantado aldeas que, aunque humildes en extremo, eran prósperas por la actividad que había en ellas. Hombres, mujeres y hasta niños trabajaban con ahínco la parcela que habían adquirido de parte de la Cooperativa. Todos parecían felices de trabajar por fin en algo propio. Había escuelas y centros de salud. También una pequeña iglesia y casas para los curas. Y la selva se veía animada por el transitar de campesinos en sus afanes agrícolas.

Gerardi continuó la conversación:

—La colonización del Ixcán ha sido algo notable, sobre todo por la labor de los Padres Maryknoll.

—Sí, Juan, ante todo, por la ayuda de este cura loco, de este gringo aventurero y vaquero que ha hecho tanto porque las Cooperativas salgan a flote.

Juan terminó su trago. Lo que ahora los reunía era un asunto sumamente grave: ver qué podían hacer por los dieciséis cooperativistas que habían sido secuestrados por el Ejército en Ixcán. Desesperado por su propia impotencia, el padre Woods más que requerir, exigía la ayuda de ambos Obispos. Quizá era la primera vez que Woods se encontraba sin armas frente a la adversidad, ya que siempre se las ingeniaba para resolver los más difíciles problemas que afectaban a los nuevos colonos del Ixcán. Los familiares de las víctimas, acostumbrados a esta ayuda, habían acudido a Woods una vez más para solicitarle su asistencia. Con las manos atadas por sus malas relaciones con el Ejército, lo único que les recomendó Woods es que fueran a Huehuetenango a hablar con Monseñor Martínez, quien a su vez pediría ayuda a su homólogo en el Quiché, Monseñor Gerardi.

Capítulo V

A las dos de la tarde, en su avioneta, había llegado Woods al Quiché a recoger a los dos Obispos. De ahí partirían de inmediato al Ixcán. Ya antes les había planteado la dramática situación en que se hallaban los parientes de los dieciséis cooperativistas desaparecidos. Sin embargo, ahora se mostraba más excitado y más que pedir, parecía ordenar. Gerardi trató de calmarlo y propuso un plan para la búsqueda de los desaparecidos.

—Antes que nada, busquemos al abogado asesor de Santa Cruz y le pedimos que presente un recurso de "habeas corpus". Ése, el primer paso legal. Luego, que las mismas familias de los secuestrados se interesen directamente por ellos, visitando las instancias correspondientes, además de la plática que tuvieron con Laugerud. Ahora bien, si con estos pasos no se logra nada, entonces los Obispos haremos valer todo el poder moral que podamos tener para exigir la liberación de los cooperativistas.

—Estoy de acuerdo contigo, Juan —le dijo Víctor Hugo Martínez.

También Woods aceptó y pareció calmarse. Luego partieron en la avioneta. A las tres de la tarde llegaron al Ixcán. Ese mismo día tuvieron reunión con la gente. El lugar de encuentro había sido la plaza, enfrente de la iglesia. Ahí llegó un grupo de campesinos. Algunas mujeres lloraban en silencio. La presencia de los dos obispos pareció calmarlas, pero no decían palabra. Martínez —quien no había recibido bien a la primera comitiva que había ido a visitarlo días antes— les aclaró que se había molestado porque no le habían informado de su visita a Laugerud.

—Pero, ¿por qué creen ustedes que han sido secuestrados los compañeros? ¿Ha habido alguna denuncia dentro de las mismas comunidades? —les preguntó Gerardi.

Un profundo silencio fue toda la respuesta. El Padre Woods se movía de un lado a otro, inquieto. Por fin habló.

—No tengan cuidado, haremos cuanto esté a nuestro alcance para que esto se resuelva favorablemente... En una u otra forma, exigiremos la liberación de los secuestrados.

Ciertamente la reunión no fue lo que Woods esperaba. Cuando por fin estuvieron solos Gerardi, Martínez y Woods, este último increpó a Martínez.

—Si no somos nosotros, ¿quién ayudará a estos infelices? A esta hora ya deben haber sido torturados y asesinados, y todo, por nuestra culpa, por no hacer nada, absolutamente nada. ¿Es que somos unos cobardes? —Y se desató en un mar de palabrotas en inglés. Martínez, que trataba de no dejarse llevar por su enojo ante la actitud de este cura vaquero, no pudo contenerse y le respondió también con palabras soeces.

Gerardi intervino. A nada llegarían discutiendo y reclamándose uno al otro. Ya había sido acordado qué se haría y lo único que tenían que hacer era esperar el resultado de la petición del "habeas corpus" y de las instancias que llevarían a cabo los familiares de los secuestrados.

Los tres se retiraron cansados a sus habitaciones. Era el 3 de febrero de 1976. En la madrugada del 4 los despertó el terremoto. Gerardi se despertó sobresaltado ante las fuertes sacudidas del catre, pero por el movimiento de la tierra, apenas si podía levantarse y ponerse de pie. Por fin, cuando aún continuaba el sismo, salió tambaleante al patio. El corazón le latía fuertemente. Con los nervios destrozados y con pavor, salió de su habitación el Padre Woods diciendo a gritos que toda Guatemala estaba por los

suelos... Martínez, en cambio, más tranquilo, parecía no tomar en serio el terremoto y trataba de hacer bromas. Pero cuando ese mismo día regresaban en avioneta del Ixcán, observaron cómo muchos pueblos estaban en ruinas. Gerardi trataba de calmar a Woods, pero él mismo se encontraba hundido en la más profunda depresión. El dolor, la ira y el espanto le arañaban el alma. La Radio de las cooperativas del Ixcán no funcionaba. Hasta después del despegue, ya en el aire, pudieron escuchar alguna de las estaciones de radio de la capital, donde se daba cuenta de la terrible catástrofe que golpeaba a Guatemala, sobre todo, a los más pobres. Las escenas de dolor, muerte y destrucción eran pavorosas. Para colmo, el Arzobispo Casariego, al dar sus declaraciones por la radio, repetía que el terremoto era castigo de Dios. Eso disgustó mucho a los Obispos, quienes pronto enmendaron lo dicho por Casariego.

Ese año de 1976, desde antes del terremoto, había principiado el drama de Ixcán. Dos meses después del terremoto, el abogado de Santa Cruz, al que se habían encargado los trámites para el "habeas corpus" de los cooperativistas secuestrados, le envió una carta al Obispo en la que le decía claramente que después de consultar con las altas esferas del gobierno y del Ejército, no había nada que hacer...

El Padre Woods se sentía acorralado. ¿Cómo salvar a su gente? Pero el Ejército se mostraba cada vez más intransigente y prepotente. Lejos estaban aquellos años felices, cuando se sentía dueño de sí y podía volar por los aires del Ixcán con toda libertad.

El acoso del Ejército contra Woods se incrementó. Se desconfiaba de este gringo que vivía entre los indígenas trabajando en las Cooperativas que cada vez tenían más éxito, lo cual no era bien visto por los terratenientes que perdían trabajadores. Al padre, entonces, se le prohibió volar y se le vigilaba día y noche. Desde 1974, el Ejército y

el Gobierno habían tomado medidas drásticas contra algunos sacerdotes Maryknoll. Pero ahora Woods los retaba. Imperativo y atrevido, había instalado, sin tener la autorización de la radiodifusora nacional, su propia emisora. Había violado también, más de una vez, las leyes de aduana, volando de los Estados Unidos directamente al Ixcán. El Ejército, que le seguía los pasos, le acusaba de no respetar las leyes de Guatemala. Todo esto iba creando entre la gente del Ejército y los terratenientes un entorno hostil contra Woods.

Poco después del terremoto, murió el papá de Woods. Por tal motivo éste viajó a su casa en Bellaire y en nombre de su fallecido progenitor recolectó ayuda para las víctimas del terremoto. Reunió entre 18,000 y 20,000 dólares. A su regreso a Guatemala fue nombrado como uno de los cuatro miembros del comité de los Padres Maryknoll. Dicho comité tenía como objetivo distribuir más de un millón de dólares en láminas para las víctimas que se habían quedado sin vivienda. También empezó a hacer planes para desarrollar un proyecto en las afueras de la ciudad de Guatemala, en Guajitos, Zona 12.

Ya Woods se estaba convirtiendo en leyenda: un cura que, además, era vaquero y defensor de los pobres del campo y de la ciudad. Los poderosos empezaban a percibir al dinámico sacerdote como una fuente de problemas, por lo que pensaron que lo mejor era alejarlo del territorio guatemalteco. Asimismo, tanto el Ejército y los terratenientes empezaban a verlo como "comunista".

En noviembre de 1976, Woods fue a pasar las vacaciones con su familia en Houston, Texas. Por entonces se reunió con el Padre McCarthy. De la última conversación que tuvieron, McCarthy recuerda que Woods le informó de las dificultades que tenía. Concretamente le dijo que en abril, durante la Semana Santa, lo habían llamado de la Embajada de los Estados Unidos. El embajador, Francis E.

Meloy le había advertido, entonces, del peligro que corría si seguía viviendo en el Ixcán.

—No puedo vivir en la Capital porque me necesita la gente del Ixcán —le había dicho Woods a McCarthy.

De modo que en vano el Embajador le había aconsejado y advertido del peligro que corría. Woods se había enamorado de la gente pobre y a ella pertenecía. Era una especie de amada que le tiraba del corazón y a quien nunca podría abandonar. Se le había advertido de tres enemigos poderosos: el general Romeo Lucas García, Ministro de la Defensa, el coronel José Sandoval Torre, Comandante militar del Quiché y general Fausto Rubio Coronado, Ministro de Agricultura. Él sabía, pues, los riesgos que corría.

Ante esto, el 17 de mayo de 1976, Woods dispuso escribir al mismo presidente, el General Laugerud, a quien el Obispo Víctor Hugo Martínez había visitado para informarle sobre el trabajo de las Cooperativas y la labor que realizaba la Iglesia, tratando de aclarar que nada tenían que ver con la guerrilla, mucho menos con el comunismo.

He aquí la carta:

"Estimado Sr. Presidente:

Le estoy escribiendo esta carta para solicitarle su ayuda, ya que no sé qué hacer y necesito el apoyo del gobierno de Guatemala y en especial, su ayuda personal. Durante la Semana Santa, el Embajador de Estados Unidos me pidió que lo visitara y platicamos durante cuatro horas sobre el trabajo que he hecho durante los últimos 18 años en Guatemala. Me preguntó qué hacía yo en la región del Ixcán, cuáles eran mis relaciones con la guerrilla y cuáles eran mis ideas políticas. Yo le contesté a todas sus preguntas, indicándole que nunca he tenido ninguna relación con los guerrilleros y que no tengo ideales políticos. Después de escuchar lo que tenía que decir...él me dijo dos cosas. Primero que él tenía una buena impresión del Proyecto Ixcán

y que, personalmente, haría todo lo que pudiera para ayudarme, y segundo, que tenía razones para temer por mi seguridad personal. Él juzgaba que había algunos altos funcionarios del gobierno, probablemente también miembros de las Fuerzas Armadas, quienes estaban en contra mía y de mi trabajo. Esto me preocupa bastante, no sólo personalmente, sino por el efecto que esto podría tener sobre mi trabajo."

En seguida describe el proyecto en Ixcán, y le da a conocer un altercado que tuvo con varios militares a causa de que uno de sus pilotos estaba llevando a siete trabajadores del INTA, cuando la capacidad del avión era de cinco pasajeros. Luego, continúa:

"Yo amo a Guatemala y en especial a esos campesinos que están haciendo tanto esfuerzo para desarrollar una vida en la Zona Reina. Me rompería el corazón tener que dejar el país. Repito que mi único interés es ayudar a que los campesinos sean mejores cristianos, mejores guatemaltecos y así ayudarlos a que produzcan más para sí mismos y para su país.

Señor Presidente, el Proyecto Ixcán y yo necesitamos la ayuda del gobierno de Guatemala, en especial la suya...Estoy seguro de que si Usted pudiera ver personalmente los logros del Proyecto estaría de acuerdo en que no puede ser abandonado. Por ello le hago la más cordial y sincera invitación a que nos honre con su visita en el Proyecto Ixcán.

Esperando su pronta respuesta, me pongo a su disposición para ofrecerle mayor información si así lo requiere Usted.

Atentamente suyo,

Padre Guillermo Woods"

Se sabe que había una primera carta —que Woods no se atrevió a enviar— en donde señalaba al Presidente que

quien lo amenazaba directamente era el Ministro de la Defensa, el general Lucas García. Por precaución rompió la primera carta y le envió la que copiamos.

Quien respondió la carta no fue el Presidente Laugerud, sino su hermano Hans Laugerud, quien era el segundo funcionario más alto del INTA, ente estatal encargado de la distribución de tierras. En la carta, Hans Laugerud le recomendaba a Woods *...que en el proyecto de colonización desalojara a su gente de ciertas áreas que estaban siendo designadas como reservas forestales.*

Woods no tomó en cuenta esta advertencia, en cambio respondió al INTA que él estaba en Ixcán para velar por las necesidades espirituales de la gente y que era la Cooperativa la encargada de tomar la decisión de desalojar a la gente. Además le decía que no deseaba ser utilizado para fines políticos y le reclamaba el que a sus avionetas no se les permitía volar.

En el mes de septiembre de 1976, Woods se fue de vacaciones para los Estados Unidos. En octubre tuvo noticia de que había sido levantada la suspensión para volar a su línea aérea y que le habían restituido la licencia a su piloto comercial. Después de haber visitado a su amigo John McCarthy, regresó al Ixcán el 5 de noviembre del mismo año.

Capítulo VI

Los días que siguieron al terremoto, habían sido especialmente tensos para Gerardi. Una mañana, después de su acostumbrada caminata por los alrededores del Quiché, había salido rumbo al destacamento militar. Iba nuevamente a hablar por su gente, víctima de la violencia del Ejército. Pero sobre todo, para aclarar que los sacerdotes de su diócesis no tenían nada que ver con la guerrilla, como tampoco la mayor parte de catequistas y campesinos. Le había atendido un teniente mal encarado, diciéndole que no estaba el jefe del destacamento. Algo que lo había irritado mucho, pues momentos antes había visto a Lobos Zamora a lo lejos. De regreso a casa, había almorzado solo, casi sin apetito, a pesar de haberse tomado su güisquito que le tranquilizaba un poco. Con más cansancio espiritual que físico, se había ido a recostar para hacer una siesta. Empezaba a conciliar el sueño, cuando tocaron la puerta. Era su amigo, Monseñor Víctor Hugo Martínez. Por el semblante que llevaba, supo que traía malas noticias.

—El padre Woods ha muerto. Su avioneta se estrelló.

Gerardi apenas si pudo reaccionar. Se puso pálido y dio dos pasos atrás. Quiso decir algo, pero la voz no le salía. Hacía pocos días habían estado con Woods discutiendo acerca de las necesidades de la Cooperativa en Ixcán. Quería mucho a este cura gringo, con quien había establecido una entrañable amistad.

Víctor Hugo siguió informándole:

—El sábado 20 de noviembre, desayuné con él en la casa Maryknoll de la zona 10. Lo vi un poco nervioso, pero siempre animado y sin perder su optimismo. Hablaba sin parar y casi no escuchaba lo que le decíamos.

—El gobierno está empeñado en que me aleje de la Cooperativa del Ixcán —había dicho— y parece que ustedes también. Algo imposible para mí. Tú sabes, Víctor Hugo, que todo mi ser gira alrededor de la Cooperativa. Mi vida tiene un objetivo: continuar la lucha por sacar a la gente del Ixcán de la pobreza, verla crecer con dignidad, lejos de la miseria y el hambre. De regreso a Ixcán, volará conmigo John Gauker, que como sabes, es un especialista en construcción. Con él estamos ideando hacer viviendas para la gente pobre en Guatemala. Pero si bien es cierto que me interesa el proyecto de vivienda en la ciudad de Guatemala, esto no quiere decir que renuncie a vivir en el Ixcán que es donde más me necesitan. También volarán con nosotros Selwyn Puig, Ann Kemdt y Michael David Okado. Selwyn quiere tomar fotos de nuestro proyecto para ilustrar la revista Maryknoll, lo cual me parece estupendo porque así se divulgará la labor que estamos haciendo en el Ixcán y la necesidad de ayuda económica del extranjero. Ann Kernt, colabora con la Fundación Direct Relief y ha sido designada para trabajar en el Ixcán. Este será su primer vuelo a la zona. Con ella viaja el médico Michael David Okado, americano de origen japonés, quien también está deseoso de conocer el Ixcán y saber en qué puede ayudarnos.

Después de una pausa, Woods había continuado exponiéndole cuáles serían sus proyectos con la ayuda de estos extranjeros:

—Como ves, Víctor Hugo, todos ellos quieren colaborar para el mejor desarrollo de nuestra Cooperativa. Aunque les conozco poco, tengo fe en ellos y sé que si se deciden a quedarse en Ixcán, harán un buen trabajo.

Habían terminado de desayunar. Woods fue al teléfono. Quería averiguar a qué hora estaría lista la avioneta. El día estaba espléndido, sin una sola nube. Un día antes habían revisado, él y su mecánico, la avioneta. Acababa de ser reparada y se convencieron que todo estaba bajo control. Entró al comedor el hermano Bob Butsch.

—¿Listo Guillermo? Ya tus otros acompañantes están esperándote en el Aeropuerto.

Guillermo fue en busca de su chumpa de cuero y un sombrero. Y dirigiéndose a Víctor Hugo:

—Ojalá nos visites pronto. Sería bueno que te vieran por allá, tu presencia anima a la gente.

—En cuanto salga de los compromisos más apremiantes, me dejaré caer en tus tierras, Guillermo, pero dame tiempo.

Gerardi lo escuchaba conmovido.

—Si yo hubiese sospechado algo, no dejo ir a Guillermo.

Al Obispo Víctor Hugo se le llenaron los ojos de lágrimas; se le oía profundamente apenado. Juan le escuchaba en silencio. A pesar de la depresión en que estaba hundido, pudo balbucir :

—¿Estás seguro de que fue accidente?

—No lo creo, Juan, Woods volaba muy bajo, era fácil derribarlo. El avión se estrelló justo cuando terminaba de bordear el último cerro a través del cañón que enfila hacia la selva del Ixcán, apenas a unos 150 pies arriba de la cima. En la Cooperativa, todos estaban preocupados por la tardanza de Guillermo. Al no llegar el avión, temieron lo peor. Los Maryknoll de la zona 10 supieron de un accidente de avioneta. Llamaron, entonces, para informar a los de la Cooperativa que el avión había salido hacía seis horas. Pasó ese día sin que supiéramos nada. Fue hace pocas horas que el coronel Roberto Salazar, comandante de la Fuerza aérea guatemalteca, nos comunicó que había estado en el lugar del accidente en el que habían perdido la vida Woods y sus acompañantes. Entre otras cosas nos dijo que el padre Woods era temerario y que estaba acostumbrado a volar aun cuando se le advertía del mal tiempo. Ahora, sin duda,

había atravesado una nube y se había estrellado directamente contra la montaña.

—Conozco a Salazar, es un militar de línea dura. No creo en sus palabras, Víctor Hugo.

—Lo extraño, Juan, es que otros testigos afirmaron que el cielo estaba despejado y claro. Otro piloto, ha confirmado que ese día el voló también por esa área y que no había visto nube alguna en el azul del cielo.

—No queda más —dijo Gerardi— que enfrentar al coronel y preguntarle por qué ha dado la versión del mal tiempo, cuando se puede comprobar que no es cierto. Por otro lado, el padre Hennessey me contó que cuando una vez el gobernador de Huehuetenango tenía que hacer un viaje al Ixcán, recibió indicaciones de este coronel de no hacerlo con Woods. Lo mismo les advirtió a quienes trabajaban con la Fundación Direct Relief. Cuando funcionarios de la Fundación le respondieron que ya se habían hecho arreglos para el 1 de noviembre y que algunos de sus colaboradores volarían con Woods desde Guatemala a Huehuetenango, el coronel permitió de mala gana que el vuelo se realizara.

—Pero hay otras claves que nos hacen pensar en que intervino mano criminal.

Víctor Hugo se recostó apesadumbrado en el sofá.

—Por un lado, no nos avisaron del accidente hasta un día después, por otro lado, los Maryknoll me informaron que averiguaron que el ejército había llegado al lugar del desastre, muy cerca de San Juan Cotzal, unas pocas horas después de que la avioneta se estrellara y que en vez de esperar que un juez competente visitara el lugar del accidente y reconociera los muertos, los cadáveres habían sido retirados por los soldados.

—Pero eso constituye una clara violación de las leyes guatemaltecas —se atrevió a interrumpir Gerardi.

—¡Ay!, Juan, tú sabes que las leyes son letra muerta y que acá gobierna la más completa impunidad.

—Otra pista que se ha de tener en consideración,

Víctor Hugo —continuó Gerardi— la dio el mismo padre Woods cuando, estando de vacaciones en Houston, le reveló a su hermana que si algún día pensaran matarlo, apostarían soldados en el último risco de la montaña, desde donde su avioneta, volando a baja altura, sería un blanco fácil.

—¡Y dicho y hecho! —exclamó Víctor Hugo— ¿Hasta dónde llegará el odio de los militares hacia nosotros?

Por entonces, el Ejército les seguía la pista a todos los sacerdotes que se inclinaban por los pobres y trabajaban por salvar de la miseria al campesinado indígena. Tenían en la mira, además de los Maryknoll, a las monjas del Monte María y del Belga, a los Misioneros del Sagrado Corazón, y ¡quién sabe a cuántos más!

La tarde había caído. Las sombras empezaban a invadir la casa parroquial del Quiché. Los dos Obispos, sentados en la salita, yacían callados, hundidos en la tristeza y meditación.

Con el asesinato de Woods, el gobierno concluía sus ataques en contra de los sacerdotes Maryknoll. Concretamente, lo que rechazaba de ellos era que, con la creación de las cooperativas en el Ixcán, el campesinado tenía una progresiva toma de conciencia de sus derechos. Se habían multiplicado los comités de mejoramiento y las ligas y asociaciones campesinas. Los animadores de las comunidades cristianas —entre ellos, sacerdotes y catequistas— eran a menudo los impulsores de otras cooperativas, como las de crédito y ahorro, así como de comités de unidad campesina, comités locales y parroquiales, comités de consumo, de producción artesanal, ganadería y cursos de alfabetización y promoción. Todo lo cual ayudaba al campesinado a encontrar una mejor vida y era visto, por lo tanto, como revolucionario.

No era entonces extraño que, ante proyectos de tal índole, Mario Sandoval Alarcón (uno de los líderes del MLN —Movimiento de Liberación Nacional— que había

contribuido a la caída de Arbenz) alzarla, en 1977, la voz de alarma, diciendo que *La Iglesia favorece y estimula el comunismo...* y que en el Quiché y en otras regiones, las comunidades católicas se reunían para reflexionar y celebrar los sacramentos de manera clandestina: *hay que decir -afirmaba- que la Iglesia católica ha creado confusión ideológica y que está inclinándose al comunismo.*

Por aquel entonces, Monseñor Próspero Penados, Obispo de San Marcos, dio una respuesta enérgica a Sandoval Alarcón en una carta pública en donde defendía a la Iglesia en los siguientes términos: *¿Es comunismo preocuparse por la educación de un pueblo, del cual más de la mitad de sus habitantes son analfabetos? ¿Es comunismo el que la Iglesia se preocupe por proporcionar mejor salud a un pueblo que tiene elevadas tasas de enfermedades endémicas y mortalidad infantil? ¿Es comunismo el esfuerzo de la Iglesia por desarrollar programas encaminados a aliviar el hambre, la miseria de los pobres? ¿Es comunismo denunciar el desempleo, los bajos e injustos salarios de los obreros en las fábricas y de los campesinos en las fincas, las condiciones de trabajo inhumanas y las discriminaciones por motivos de raza, lengua, vestido o posición social? ¿Es comunismo educar a nuestro pueblo para que tome conciencia de su dignidad y derechos? ¿Es comunismo denunciar las torturas, la desaparición y la muerte de tantos inocentes? ¿Es comunismo que la Iglesia dé su apoyo moral a organizaciones y movimientos que persiguen una vida más digna y más humana para nuestro pueblo? Si Ud. entiende por comunismo todo esto, licenciado Sandoval Alarcón, somos comunistas desde su Santidad Paulo VI, con su maravillosa encíclica "Populorum Progressio", hasta los obispos de Guatemala que firmamos el documento eclesial "Unidos en la esperanza". Esta respuesta salió publicada en el Diario El Imparcial, Guatemala, el 19 de mayo de 1977.*

Con la llegada al poder, a mediados de 1978, del general Romeo Lucas García, la escalada represiva en contra

de la Iglesia y organizaciones campesinas alcanzó su más alto nivel. En 1979, los representantes de las comunidades del norte, en la diócesis del Quiché, buscaron a Gerardi para solicitar que *la Iglesia nos ayude a organizarnos para defender nuestras vidas.*

"General, ametrallar las casas de la gente es delito", le dije. "No sólo se mata con balas, también con ideas", me respondió. Le dije al general Mendoza Palomo: "ustedes hacen la guerrilla". "¿Por qué no nos ayudan?" -me preguntó. "No puedo poner la diócesis a su servicio. Yo no tendría agua bendita para bendecir lo que ustedes hacen...". (Obispo Gerardi, Remhi, Tomo III, p. 139).

Gerardi sentía, una vez más, que estaba llamado a apoyar y defender a los campesinos indígenas que luchaban por superarse y hacerse justicia. Es la justicia cristiana, se decía, la justicia que Cristo vino a enseñar. Redimir al ser humano que yace hundido en la pobreza en esta vida y prepararlo mejor para alcanzar la otra vida, después de la muerte.

Fue así que trató de fortalecer, en lo que podía dentro de su diócesis, las diferentes organizaciones populares que formaban las Comunidades Eclesiales de Base.

Capítulo VII

A finales de enero de 1980, se dio en Panajachel, junto al lago Atitlán (Departamento de Sololá), la IV Reunión Latinoamericana de los Misioneros del Sagrado Corazón. A ella acudieron cincuenta y tres sacerdotes de varias nacionalidades y procedencias: españoles, salvadoreños, nicaragüenses, irlandeses, norteamericanos, holandeses, belgas, austriacos, alemanes, italianos, peruanos, dominicanos, canadienses, australianos. La I Conferencia se había celebrado en Lima, en 1973, la II en Sao Paulo, en 1975, la III en Santo Domingo, en 1977.

Los días eran un poco fríos y el lago se veía azotado por un fuerte viento. Por las calles de Panajachel se veía a sacerdotes ir y venir. Entusiasmados, los curas extranjeros compraban artesanía indígena. Las sesiones tenían lugar de ocho a trece horas. Luego, estaban libres y, después de almuerzo, salían a pasear y conocer los alrededores. Estaban más que admirados de la belleza del lago y de la sencillez de su gente. Sin embargo, los sacerdotes guatemaltecos no parecían compartir esos momentos agradables. Les preocupaba las horribles masacres, asesinatos y torturas que sufría, sobre todo, el pueblo del Quiché. Para eso se reunían y para estudiar la forma de poner fin a tan lamentables sucesos. Su compromiso era con los pobres y sobre todo con las víctimas de la violencia. Ahí se encontraban Gerardi y José María Gran. A las horas de descanso se iban a caminar a orillas del lago y, a veces, a nadar. Sin embargo, Gerardi parecía no ser el mismo de siempre, se mantenía en silencio y se hallaba hundido en una profunda depresión.

—¿Qué te pasa? —le preguntó José María Gran.

—Nada, nada, es que no puedo olvidar la situación de la gente y tanta persecución ¿por qué en el Quiché? Quisiera estar aquí y allá, al mismo tiempo. Los periódicos

nada dicen de las masacres, tampoco la radio y televisión. Todo el mundo calla, pero lo que se está dando es espantoso.

José María trataba de calmarlo y distraerlo, pero al mismo tiempo le informaba de las cosas en Chajul, de donde era párroco.

—Mira que nunca se han reunido tantos sacerdotes y de tantas partes del mundo. Ellos ayudarán. Por lo menos, de regreso a sus tierras, denunciarán lo que aquí sucede.

Gerardi, casi siempre optimista, seguía siendo víctima del pesimismo. Una oleada de tristeza le oprimía el pecho. Parecía revivir aquel intenso dolor de su niñez, cuando le informaron que su padre había muerto.

—En vano —contestó a su compañero— aquí todo permanece en el más absoluto silencio. Cuanta noticia se da es restringida por el gobierno, sin contar con los medios de comunicación que siempre han estado al servicio de los poderosos.

En la Reunión se trató de las conclusiones de Medellín y Puebla. Eso alentaba a Gerardi. Las propuestas pastorales tenían un hondo contenido social, revolucionario. Su opción era declaradamente a favor de los pobres. El gobierno veía todo lo que era promoción humana o pastoral como algo que favorecía al comunismo. Y había comenzado a asesinar sacerdotes. Se recordaba al padre Hermógenes López, asesinado en San José Pinula, el 30 de junio de 1978. También se recordaba la muerte de Woods y los muchos catequistas muertos y torturados. ¿Quién sería el próximo?, se preguntaban.

De pronto, tuvieron que interrumpir la Reunión ante una noticia que los dejó paralizados: la Embajada Española había sido asaltada e incendiada por el Comando 6 de la policía nacional. El saldo era de treinta y nueve cadáveres calcinados, cuya mayoría era indígena de la diócesis del Quiché.

Gerardi se estremeció de espanto. No en vano estaba tan tenso. Decidió regresar de inmediato al Quiché. Desde ahí escribió un comunicado en el que denunciaba la represión, la violencia y la voluntad del gobierno de aterrorizar al pueblo. Pero, sobre todo, se refirió a los campesinos del Quiché. Desde antes había tenido conocimiento del grupo de quichelenses que se había dirigido a la Embajada Española con el fin de hacer las denuncias de las masacres ante el mundo entero. Que estas fueran conocidas a nivel nacional e internacional. Ahora esos campesinos yacían calcinados. Sólo uno había escapado con vida al lado del Embajador Cajal, pero había sido torturado y asesinado a los pocos días, cuando aún se recuperaba en el hospital.

En nombre de la diócesis de Santa Cruz del Quiché, emitió un comunicado en el que condenaba la masacre de la Embajada. Y aquello que había sido silenciado de manera siniestra, fue expuesto por Gerardi claramente:

Desde hace cuatro años, pesa sobre el Quiché una situación de violencia extrema, agravada por la ocupación militar de la Zona Norte, y otras medidas que de hecho golpean al pueblo, en beneficio de unas minorías. Como causa de fondo, descubrimos un esquema de desarrollo económico, social y político en una doctrina de la Seguridad Nacional, que somete a las personas a un régimen de terror. La falta de libertades que el pueblo soporta, lo coloca en una situación de desesperación, que se traduce en rebeldía y estalla en violencia.

Denunciamos la violencia de la represión y la voluntad de atemorizar al pueblo. La masacre de nuestros feligreses en la Embajada de España. El sistema económico, social y político injusto. El hecho de que el peso de la crisis económica descargue en los hombros de los sectores populares. Por esta razón, hacemos nuestra denuncia de los campesinos que murieron, por el pueblo del Quiché, en la Embajada de España...

Indignado, como estaba Gerardi, hacía énfasis en lo que otros callaban. Se enfrentaba, así, una vez más a los poderes infernales.

El 3 de febrero, al final de la asamblea, los sacerdotes se trasladaron a Chichicastenango, donde iban a celebrar los veinticinco años de la presencia de los misioneros españoles del Sagrado Corazón.

Como todos los días de fiesta, el mercado de Chichicastenango lucía lleno de actividad. Muchos sacerdotes iban y venían, comprándoles a los indígenas artesanías. Más de alguno entablaba conversación con ellos. Asombrados los pobladores se decían que nunca antes habían visto reunidos a tantos sacerdotes, ni siquiera cuando la diócesis había celebrado las bodas de plata de la Acción Católica.

—Mirá vos —decían los patojos— que montón de padrecitos.

—Y hay muchos gringos.

—Mirá, allá, el que está en medio es Monseñor. Ése también parece gringo.

En ese momento, Gerardi, acompañado por los padres José María Gran y Faustino Villanueva, entraba en la iglesia. Los cofrades iban detrás, elegantemente vestidos con sus trajes de ceremonia y sus varas de plata. Los cohetes de bomba estallaban uno tras otro y la marimba tocaba alegremente un son.

Sin embargo, Gerardi se sentía hundido en la angustia y tristeza. Y no era para menos, la terrible masacre en la Embajada de España se había convertido en su pesadilla, un golpe muy duro para todo El Quiché; una premonición más de que lo peor estaba por venir. Ahora sabía que gobierno y Ejército estaban dispuestos a todo, con tal de derrotar a la guerrilla. Para colmo, la guerrilla seguía atacando de manera repentina, donde nadie se imaginaba. Y los que pagaban eran los campesinos indígenas, simpatizaran o no

con ellos. A Gerardi no le agradaban, en absoluto, los guerrilleros. En sus políticas seguían siendo partidarios de ideologías foráneas, ajenas a la cultura del pueblo guatemalteco. Además, propugnaban el ateísmo. La guerrilla pensaba que la victoria de la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Si bien era verdad que interpretaban las esperanzas de un sector grande de la población campesina, a veces, con sus provocaciones y atentados terroristas dejaban a la gente a la intemperie. Luego llegaba el Ejército y arremetía contra ellos. Además había tenido noticia de las violaciones cometidas por la guerrilla. Gerardi sabía cómo la guerrilla también realizaba masacres y ejecuciones extrajudiciales, aunque no en tan alta escala como el Ejército.

Entonces yo en ese momento lo sentí mucho, porque también lo conocí mucho, porque andaba junto a nosotros, me puse a llorar y dije entre mí: por qué si ellos tanto hablan del derecho humano, por qué ellos dicen que estamos luchando por una paz, que estamos buscando una igualdad, por terminar la injusticia, por qué ahora no respetaron el derecho de ese muchacho, por qué ellos lo asesinaron. Ese muchacho había pasado tres o cuatro años arriesgando su vida, aguantando hambre, lluvia, todos los sentimientos que hay en la montaña los aguantó, los sufrió, con la dicha de que hay que luchar por los hijos y la familia y por el pueblo, ¿por qué no respetaron el derecho de él? ¿Para qué vamos a luchar más? (Remhi, Tomo I, p. 45).

Capítulo VIII

El 19 de julio de 1980, cuando el sargento Arcaj salió con su patrulla del destacamento militar para tenderle la emboscada a Gerardi, aún no alumbraba el Sol. Arcaj recordaba cuando lo habían reclutado. Ya tenía 18 años, pero por entonces temía tanto al ejército como a la guerrilla.

"En aquel tiempo eran obligados a patrullar hasta los niños. Mi hijo decía: mamá yo quiero salir de la patrulla, porque no quiero salir con esa gente a patrullar porque me puede matar la guerrilla, porque cuando fui a patrullar la primera vez, vi doce muertos (después lo mataron)". (Remhi, Tomo I, p. 90).

Pero a él, a Arcaj, no lo habían matado. Hacía tres años que trabajaba con el Ejército y ahí estaba vivo y coleando, convertido en sargento a quien le daba gusto matar. ¿Era una manera de superar el miedo? Aguardaba ahora, oculto en la maleza, que pasara el jeep de Gerardi. Tenía soldados distribuidos a lo largo del camino para que dieran aviso inmediato en cuanto divisaran el jeep. Para eso tenían radios. Sin embargo, ya llevaban más de medio día y el jeep no se asomaba. Lobos Zamora llamaba cada hora por radio para saber del éxito del atentado. Sus órdenes eran específicas: no moverse hasta cumplir con la misión.

Arcaj se mostraba impaciente. Prefería las otras operaciones, aquellas en que se internaban en las aldeas, violaban mujeres, mataban a todos y luego prendían fuego a cuanta choza y sembrado encontraran. Sobre todo, porque les daban bastante guaro y unas pastillas que dicen que quitaban el miedo. Matar curas o aprehender catequistas para que fueran torturados, no le proporcionaba mayor placer que violar a mujeres y niñas. Le había tomado amor a la sangre y eso lo excitaba.

Estar atalayando al cura sin hacer mayor cosa, le aburría. Pasaban las horas y nada. El cura no se asomaba. ¿Qué le pasaría al condenado? Arcaj se llenaba de odio e impaciencia. El resto de la patrulla también parecía desesperar. Sobre todo porque tenían hambre. Apenas habían llevado raciones para la mitad del día y a las dos de la tarde ya no tenían ni pan ni agua.

Desde el destacamento lo llamó por la radio Lobos Zamora. También éste desesperaba porque Gerardi se retrasaba. Lo quería muerto lo más pronto posible. Lo que más le molestaba eran aquellas palabras pronunciadas por el Obispo la última vez que fue citado a la zona militar. En esa ocasión Gerardi se plantó ante los oficiales cuando le reclamaron que por qué no ayudaba al ejército. Sus palabras aún retumbaban en sus oídos:

—Ustedes son los que asesinan, ustedes son los enemigos del pueblo. Nosotros tenemos que estar con el pueblo, por lo tanto, estamos al lado opuesto de ustedes. Mientras ustedes no cambien, no puede haber diálogo, no se puede establecer un puente de comunicación, no puede haber acuerdos entre nosotros y ustedes. (Remhi,, III tomo, p. 135).

Por eso era que, a partir de mayo de 1980, el Ejército decidió atacar directamente a los religiosos. El día 8 se encontraban en el convento de Uspantán sacerdotes y hermanas. Por la noche llegó un grupo de soldados que rodeó el convento y lanzó bombas y granadas en el patio interior de la parroquia. A los pocos días rodearon nuevamente el convento y entonces descargaron ráfagas de metralla. Fue entonces cuando los agentes de la pastoral decidieron salir de inmediato. Lucas había conseguido lo que quería: dismantelar la zona de Uspantán, Chicamán y Cunén.

De mediana estatura, delgado, algo calvo, barba espesa y ojos profundos, como de poeta, al Padre José María Gran no le costó adaptarse a la realidad guatemalteca. Le gustaba Guatemala mucho, su gente, su clima, sus paisajes. Pero, sobre todo, se había enamorado, como otros sacerdotes, de la población: esa gente sencilla, humilde, que sufría calladamente, hundida en la pobreza más despiadada. De sus cinco años misioneros en el Quiché, desarrolló su trabajo pastoral en tres parroquias: Santa Cruz, Zacualpa y Chajul. En Santa Cruz había conocido a Gerardi, recién electo, en 1974, tercer Obispo de la Diócesis del Quiché. Se habían vuelto buenos amigos. Compartían los mismos ideales, la misma fe y el mismo amor por los pobres. José María se mostraba siempre desenvuelto, entusiasta, cercano, sincero, lleno de entrega y fe.

En las tardes en que se reunían a tomar café, Gerardi le había contado algo de su vida. Generalmente no hablaba de sí mismo, pero con José María se sentía en confianza y sabía que lo comprendía. Sus relatos se remontaban a su niñez. Cuando niño, había perdido a su padre el mismo día de su Primera comunión. Eso le había causado un dolor intenso que aún revivía en momentos difíciles. Días antes, su padre, Manuel Gerardi, le había prometido que el día de su primera comunión se tomaría fotos con él. Eran las cinco de la mañana cuando los fueron a despertar a él y a sus hermanos. La casa ya estaba en movimiento. Gente que salía y entraba. Su madre sollozaba amargamente. Angustiado, no entendía lo que pasaba. Al asomarse a la alcoba de sus padres, vio a su padre acostado, lívido, con un pañuelo sosteniéndole la quijada y un crucifijo en el pecho. Alguien le explicó que había muerto. Le vistieron con el mismo traje de su primera comunión, pero en lugar de la moña blanca le pusieron una cinta negra.

—¿Qué le pasó a mi papá? —No entendía lo que era la muerte— Pero si él me dijo que se tomaría una foto conmigo.

En vano, nadie le oía. Todos vestidos de negro, se deslizaban silenciosamente por los corredores y patio de la casa. A cada momento entraban coronas y flores. También sus tías estaban llorando. Él no sabía qué hacer. ¿Estaba muerto su padre? Ese color ceniza, esos ojos cerrados.

—Mi foto, quiero mi foto con mi papá —gritaba sollozando.

Le sacaron del cuarto y se fue a esconder debajo del lavadero de la pila. Allí se puso a llorar en silencio. No quería llamar la atención. Mejor estar solo que con su madre que sollozaba desconsolada. No supo en qué momento se quedó dormido hasta que oyó su nombre.

—Juan, Juan, ¿dónde te has metido?

Entonces salió y corrió a abrazar a su madre que ya estaba más calmada después del entierro. Ésta lo llevó consigo a la sala, donde estaba el sacerdote y otros familiares. Asustado aún, interrogó con la mirada. El sacerdote le dijo, entonces, que su verdadero padre era Jesucristo y que él no lo abandonaría nunca.

Gerardi no olvidó las palabras del párroco. Por las noches, cuando sentía miedo, pensaba: ahí está Jesús, él no me abandonará como mi papá. Y se ponía a platicarle a ese Jesús que desde algún lugar le oía. Le contaba sus cosas. Con el tiempo se acostumbró a mostrarle afecto sólo a él. Con frecuencia reunía a sus hermanos para jugar de sacerdote y, subiéndose a una silla, en prédicas infantiles, hacía sus primeras experiencias como futuro cura. Porque ya estaba decidido, cuando fuera mayor, se haría sacerdote y se entregaría en cuerpo y alma a un padre que jamás lo abandonaría.

—Aunque mis tías, mis tíos y mi mamá no quieran que me haga sacerdote, yo quiero ir al seminario —solía decir.

Cuán lejanos quedaban aquellos años en el Seminario Conciliar situado en la 10 avenida y primera calle de la zona l. vivió su adolescencia sin penas ni glorias. En ese entonces, le gustaban, sobre todo, los domingos, cuando su madre llegaba con sus hermanos a visitarlo. Estaban siempre puntuales, a la una de la tarde. Entonces almorzaban las viandas que su madre preparaba. Además, estaban los días de descanso y feriados, cuando iba a la casa de sus tías, en donde vivían su madre y sus hermanos. Le encantaban los raviolos que ella hacía. Y reían a carcajadas de los chistes que él contaba. Porque desde entonces era chistoso, era su manera de aliviar cierta tristeza innata. Después del almuerzo, se retiraba a una habitación del tercer patio, en donde había un pequeño gallinero. Cerraba los ojos y oía el canto del gallo que le producía cierta melancolía, quizá porque le hacía recordar cuando su padre jugaba con él en ese mismo patio, cuando iban a visitar a sus tías. Ahí estaban aún la gran pila, cuyo lavadero le servía de refugio, y el árbol de cerezas, cuyos frutos su padre cortaba para dárselos a él. El dulce sabor de las cerezas también le hacían evocar aquella figura masculina con la que se identificaba. ¡Era tan grato estar solo con sus recuerdos!

Al finalizar los estudios de filosofía en el Seminario de Guatemala, le otorgaron una beca para proseguir los estudios de teología en el Seminario diocesano de New Orleans. Calmó sus ardores juveniles con duchas frías y lecturas piadosas. Además, nadaba, corría y jugaba tenis.

Como en un sueño, recordaba aquel día de su ordenación de sacerdote el 21 de diciembre de 1946. La catedral estaba llena de gente. Una gran fiesta para él y toda su familia. Los cánticos y la música del órgano llenaban todas las naves de la Catedral. Acostado en el suelo, boca abajo, ahora se entregaba de lleno a ese otro Padre que amaba tan intensamente. Entonces en la misa se acostumbraba todavía el latín como lengua de la liturgia. A lo lejos recordaba el día de su primera comunión. Un

sentimiento de angustia y felicidad le cerraba la garganta. Pero éste era un mejor día. Se enlazaba profundamente a quien no lo abandonaría nunca. Le ordenó Monseñor Mariano Rossell y Arellano, por entonces arzobispo de Guatemala.

Alto, delgado, buen mozo, siempre serio y vestido de negro, más de alguna jovencita suspiró por él... Pero su amor al Padre era más intenso que cualquier tentación.

Un poco tímido, rehuía las muestras de cariño exageradas. Él era como su padre, reservado en las manifestaciones de su amor. Los siguientes veinte años, Juan Gerardi empezó a conocer más el campo. Fue entonces cuando se dio cuenta de la vida miserable de los indígenas. Sirvió como párroco en lugares como Mataquescuintla (actualmente Jalapa), Tecpán, Patzicía, San Pedro Sacatepéquez y Palencia. Tenía gran capacidad para adaptarse a cualquier situación. Llegaba a pie, en mula, a caballo o en jeep a las aldeas. Ahí compartía con los indígenas y muchas veces se quedaba a dormir en sus chozas, sobre un petate en el piso cubierto con pino. Su mejor pasatiempo era leer. Leía siempre todo lo que cayera en sus manos. Más adelante, estando en Cobán recibió un curso de lectura rápida. Eso le había proporcionado mayor cultura. Leía novelas, pero también tratados de economía y sociología. Se reafirmó su fama de intelectual, lo que no le impidió tener relaciones cordiales con la gente humilde, por quien sentía profundo afecto.

Luego, en la capital, fue capellán de Santa Clara, párroco del Sagrario y de Candelaria. También fue canciller de la curia y pro vicario general, primero con Monseñor Rossell y después con Monseñor Casariego. Con este último las relaciones eran distantes. Casariego pertenecía al lado de la Iglesia que favorecía a la clase capitalista. Él mismo era un hombre de mundo que gozaba en las recepciones diplomáticas y demás reuniones sociales en donde se codeaba con la alta clase social: finqueros, empresarios, políticos,

eclesiásticos diplomáticos... Gerardi lo respetaba, pero sufría mucho a su lado. Si Gerardi era visto como comunista, Casariego era visto como anticomunista. En absoluto estaba Casariego de acuerdo con las declaraciones de Medellín y Puebla. Asimismo, era amigo de los altos jefes militares, con quienes se reunía a menudo. Todo el mundo sabía que visitaba con frecuencia a los altos mandos militares, con quienes tenía una cordial relación.

Capítulo IX

El padre José María Gran escuchaba a Gerardi sin interrumpirlo. Mucho tenía que aprender del Obispo. Entonces también él se desahogaba y le contaba de su vida. En 1965, allá en España, le había confesado a su madre que tenía vocación para sacerdote. Quería ser misionero del Sagrado Corazón. Sus padres lo habían apoyado y es así como se inició en el Noviciado MSC. A los quince días de estar en el seminario, escribió a sus padres de lo feliz que estaba: "Ya estoy por completo acostumbrado a esta nueva vida, que es de lo más fantástico; no os puedo decir que lo paso bien, pues esta expresión se queda corta. La tranquilidad, alegría y confianza en Dios es inexplicable." Así su vocación había sido, desde un principio, tan sólida como la de Gerardi.

Pero en las últimas reuniones que Gerardi había tenido con José María Gran, su tema de conversación era distinto. La tensión militar en el norte del Quiché se había extendido al resto de la diócesis tras la masacre en la Embajada de España. En marzo, escuadrones de la muerte habían colgado de las rejas de la ventana en la casa de la radio Quiché los cadáveres mutilados de dos catequistas.

A través de comunicados públicos, la diócesis acusó directamente al Ejército. Pocos días después varios dirigentes y maestros de la zona Ixil aparecieron muertos. De nuevo Gerardi, al frente de la diócesis, denunció el hecho. La hostilidad entre las autoridades militares de la zona y Gerardi fue en aumento.

El 2 de marzo de 1980, se produjo una matanza en Nebaj: varias mujeres fueron asesinadas en la plaza. José María Gran, párroco de Nebaj, había oficiado una misa por ellas y Gerardi, al frente de sacerdotes, religiosos y religiosas

de la diócesis del Quiché hizo un comunicado en que denunciaba al Ejército:

El domingo, día 2 de marzo, sin previo aviso, los elementos militares del destacamento de NEBAJ, principiaron a pedir una tarjeta de control militar, sin la cual no se podía salir del pueblo. Por ser día de mercado, se provocó una aglomeración de gente, resultando una situación anormal, ya que la gente de las aldeas no estaba preparada para quedarse en el pueblo. Dicha situación de tensión se agravó por la desaparición de algunos hombres de la localidad.

El lunes, 3 de marzo, un grupo de mujeres reclamó la exhibición personal de sus esposos desaparecidos, y el cese de la situación injusta. El ambiente de tensión ocasionó un altercado entre mujeres y soldados, llegándose al extremo de que las mujeres apedrearon a los soldados. Estos respondieron ametrallando a la multitud. Saldo triste de esta acción violenta, hasta el día de hoy, es de 10 campesinos muertos, incluyendo seis mujeres, una de ellas menor de edad. Posteriormente llegaron a NEBAJ más elementos militares, dando origen a una situación insoportable de terror.

✓ Frente a estos hechos, nos sentimos obligados, como cristianos comprometidos con el pueblo, a elevar nuestra más enérgica protesta.

Pero no conforme con semejantes palabras, Gerardi agregó estas otras que debieron enfurecer y exasperar a sus enemigos:

✓ DENUNCIAMOS: la prepotencia de los militares, que ha originado esta masacre. El uso de armas sofisticadas contra campesinos indefensos. La detención y malos trato de los campesinos. La exigencia arbitraria de nuevos papeles de identificación, que discrimina a los guatemaltecos de Nebaj. ✓

Luego terminaba el comunicado con esta cita bíblica:

Así dice Yahvé: a ti, rey, a tus ministros, y a tu pueblo: practiquen el derecho y la justicia, libren al oprimido de manos del opresor, y no atropellen al forastero, al huérfano, ni a la viuda. No hagan violencia ni derramen sangre inocente...

Desde antes de 1976, se había intensificado la acción pastoral de sacerdotes, catequistas y otros miembros de la Iglesia. Una mística profunda invadía a todos cuantos participaban en la pastoral. Mística nacida del amor a Dios y a los pobres. Éstos, totalmente desamparados, no tenían a quién acudir. Y ahí estaban ellos, los sacerdotes que querían imitar en todo a Jesucristo. Puede que la represión sexual exaltara aún más sus sentimientos místicos. Los pobres, los miserables indígenas, eran la amada. Ellos, el esposo, quien guiaría sus pasos.

Claro que no todos los sacerdotes profesaban el mismo ideal. Había muchos que seguían la postura tradicional de la Iglesia que apoyaba a los ricos y se hacía de la vista gorda ante los crímenes de los gobiernos militares. Para ellos la teología de la liberación era sinónimo de comunismo y desconocían la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Colombia en 1968; asimismo, no comulgaban con la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla en 1979. Entre ellos estaba el arzobispo metropolitano, Monseñor Casariego, amigo personal de Lucas y de los terratenientes.

Por el contrario, Gerardi estaba muy identificado con las conclusiones de ambas Conferencias, en donde se hacía la denuncia de la servidumbre y explotación que se daba en Latinoamérica, de parte de un Estado al servicio de los ricos. Creía que vivía una época histórica que avizoraba el inicio de una nueva sociedad, regida por los principios éticos y religiosos de la teología de la liberación.

Las Conferencias de Medellín y Puebla hablaban de dos Iglesias: la "institucional" u "oficial", calificada de alienante; y la "popular" que nace del pueblo y se concreta a los pobres. Las Conferencias se inclinaban por la segunda Iglesia, lo mismo que Gerardi, quien hacía suyas las siguientes palabras de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Puebla:

Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas... Comprobamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos, expresada, por ejemplo, en mortandad infantil, falta de vivencia adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas...

Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque también otras causas de miseria. Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos en las estructuras que respondan a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social; cambios que o no se han dado o han sido demasiado lentos en la experiencia de América Latina.

Países como los nuestros en donde con frecuencia no se respetan los derechos humanos fundamentales -vida, salud, educación, vivienda, trabajo... están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona.

A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios

desproporcionados, torturas, exilios. Angustias de tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada, tal como lo indican los Sumos Pontífices de la Iglesia.

Angustias por la violencia de la guerrilla, del terrorismo y de los secuestros realizados por extremismos de distintos signos que igualmente comprometen la convivencia social.

Gerardi también hacía suya la crítica a la ideología del libre mercado que causa el distanciamiento entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. Lo cual no quería decir que estuviera de acuerdo con el comunismo. Contra el materialismo y el consumismo alegaba la vigencia de sistemas económicos que no consideraba al hombre como centro de la sociedad y que no realizaba cambios profundos y necesarios para una sociedad justa. Asimismo, hacía la crítica al ateísmo y al motor de su dialéctica a través de la lucha de clases y el establecimiento de la dictadura del proletariado.

Pero a Gerardi le esperaba una noticia más, que lo hundiría en el dolor: el padre José María Gran fue asesinado por haberse atrevido a celebrar la Santa Misa en Nebaj, después del ametrallamiento de las mujeres. El 4 de junio de 1980, cuando regresaba a Chajul, después de una larga gira, fue muerto junto a su fiel sacristán Domingo del Barrio Batz.

Capítulo X

Desde la tragedia de la Embajada de España en enero de 1980, Gerardi llevaba meses de martirio psicológico. Por la noche le era imposible conciliar el sueño. Y cuando por fin lograba dormirse, se despertaba sobresaltado. La visión de los cuerpos de los catequistas despedazados y colocados en las rejas de la casa donde estaba la radio que dirigía, le causaba pánico. A ello se sumaban los asesinatos y masacres de agentes pastorales y campesinos indígenas. En especial, le atormentaba la muerte reciente de su amigo el padre José María Gran. Nunca antes se había sentido tan golpeado. No podía estar tranquilo. La persecución contra la Iglesia se hacía cada vez más abierta e implacable. El gobierno militar de Lucas ya no distinguía entre guerrilleros y gente de la Iglesia. Ser catequista o sacerdote en el Quiché, se tomaba como una actitud de reto al Ejército, el cual parecía tener una consigna: acabar con aquellos curas que parecían comulgar con los comunistas y guerrilleros. ✓

✓El pánico se había apoderado de toda la gente del Quiché. Los catequistas enterraban las Biblias, los objetos religiosos, las imágenes, rosarios, catecismos, libros de cantos, de alfabetización, de salud. Y cada vez llegaban más y más al obispado los familiares de las víctimas a pedir que intercediera Gerardi por ellos o bien les diera su consejo. ✓

Cuando el 10 de julio de 1980 Gerardi supo que el Padre Faustino Villanueva, párroco de Joyabaj, había sido asesinado en su propio despacho parroquial, creyó desfallecer. Acababa de perder a su amigo el padre Gran y ahora perdía a este otro amigo del alma, con quien había compartido tantas alegrías y sinsabores. De pronto se sintió totalmente solo, indefenso, expuesto a los vejámenes más infames.

Al día siguiente de la fatal noticia, después de la misa en la que pronunció un sermón condenando el vil asesinato del padre Villanueva, salió de la iglesia y, antes de dirigirse a su casa, deambuló por calles y senderos desiertos. De pronto se encontró sollozando casi a gritos. Las lágrimas le caían abundantes y mojaban su ropa. Nadie lo oyó, nadie estaba ahí para consolarlo. Él estaba solo y al único que podía dirigirse y pedir ayuda era a Dios, ese Dios vuelto hombre que él amaba tanto. Empezó a hablarle, a suplicarle que hiciera algo por su pueblo... Y, de pronto, creyó que ese Dios, ese Padre celestial en quien confiaba tanto, le había abandonado igual que lo había hecho su padre. El 19 de julio, día de la emboscada, volvía a su paseo con el fin de calmar su espíritu.

Al regresar a la parroquia, lo esperaban el padre Fernando Carbonell (Misionero del Sagrado Corazón y amigo del padre Villanueva), otros sacerdotes y varios catequistas. Por la expresión de sus rostros, supo que le venían a dar otra mala noticia. Los pasó a la salita y, después de ofrecerles asiento, les preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué están tan asustados?

—Monseñor, venimos a advertirle que no salga hoy para San Antonio Ilotenango —dijo el padre Carbonell—. Nos han informado que le tienen preparada una emboscada y lo quieren matar. Le venimos a pedir que se regrese a Guatemala.

Gerardi oyó como en una pesadilla las voces de sus amigos. No pudo contener la ira. Por unos segundos no pudo hablar. Sentía que no podía respirar, un nudo le apretaba la garganta y le dolía el pecho. Al fin, dijo:

—No me voy a regresar. Nada ni nadie me va a intimidar y hacer que abandone a mi gente. No creo que me vayan a matar, no se atreverían, por ser yo el Obispo que los vive cuestionando. Lo único que pretenden es

asustarme para que abandone la diócesis y renuncie a la pastoral indígena que es la razón más fuerte de mi ministerio. Es la razón de mi vida y seguiré adelante pese a quien le pese.

—Monseñor, no son bolas —insistió el padre Carbonell. Un grupo de catequistas que venía a Santa Cruz ha descubierto a los soldados en uno de los caminos que va a tomar.

—Es mejor que se vaya a Guatemala —le sugirió uno de los catequistas.

Cuando por fin le volvió la voz, Gerardi se levantó bruscamente del asiento. Ahora su acento era firme:

—Gracias, gracias, por avisarme, ahora déjenme solo.

Tomó el teléfono y le habló a su otro gran amigo, el Obispo de Huehuetenango:

—Víctor Hugo, ven, necesito hablarte.

—¿Te pasa algo? tu voz no se oye bien.

A las dos horas estaba ya Víctor Hugo en el Quiché. Gerardi sintió gran consuelo y le contó lo del posible atentado que se planeaba contra él. Ese mismo día planearon su regreso a Guatemala, sin que nadie más lo supiera. Gerardi debía ir disfrazado... Sin embargo, antes se sentó a redactar un comunicado de prensa en donde denunciaba los hechos atroces que estaba sufriendo el pueblo del Quiché, incluyendo la noticia de su atentado. El documento se titula "Al pueblo católico de la Diócesis del Quiché" y, al principio del mismo, hace alusión al Concilio Vaticano II y a las Conferencias de Medellín y Puebla y reafirma su "compromiso de amor y solidaridad con los hermanos, especialmente los más necesitados". Su denuncia es clara y directa:

TRÁGICOS ACONTECIMIENTOS.

El presente año de 1980 ha sido un calvario para el pueblo católico del Departamento del Quiché. No es suficiente excusa la ola de violencia que padece el mundo entero. En diversas oportunidades la Diócesis del Quiché ha alzado la voz reclamando justicia ante flagrantes violaciones de los más elementales derechos humanos. Era nuestro deber, como seres humanos, como cristianos y como guatemaltecos.

A. El mes de mayo del presente año, la Diócesis sufrió dos ametrallamientos del Convento de Uspantán. Los sacerdotes y religiosas de aquella Parroquia y de las Parroquias de Cunén y Chicamán, tuvieron que retirarse, vistas las difíciles condiciones de trabajo y la falta de seguridad personal.

B. El mes de junio nuestra Diócesis se vistió de luto, cuando el sacerdote Padre José María Gran Cirera y su sacristán fueron asesinados en Chajul, forzando la salida de los hermanos, religiosas y sacerdotes de las Parroquias de Nebaj, Chajul y Cotzal.

C. Todo el Norte del Quiché quedó sin asistencia espiritual. El Obispo de la Diócesis intentó un diálogo con las autoridades para exigir el respeto a la misión de la Iglesia y la seguridad física de los católicos. No se logró nada positivo.

D. En el mes de julio fue asesinado en su despacho parroquial, el sacerdote Padre Faustino Villanueva, Párroco de Joyabaj, como en los anteriores casos, esto obligó a la salida de las religiosas que trabajan en esta Zona.

En todos estos hechos no ha habido ninguna investigación de los crímenes hasta la fecha. Los asesinos pueden actuar con libertad. La violencia desatada en el Departamento del Quiché llegó a una situación

humanamente insostenible cuando se tuvo conocimiento de la preparación de un atentado contra la vida del Obispo de la Diócesis. Se suman a estos terribles hechos de sangre y violencia, la tragedia de tantas familias pobres de nuestra Diócesis que lloran la pérdida de esposos, padres o hijos, y las amenazas de muerte a varios sacerdotes y religiosas de los que todavía quedan en el Departamento, obligando la salida de todos, con el consiguiente cierre de parroquias, colegios, internados y demás obras asistenciales.

EVALUACIÓN Y DECISIÓN:

Los Agentes de Pastoral con su cabeza, el Obispo, meditaron a la luz de la fe, cuál sería el mejor camino para evitar la continuidad de esta represión, persecución y muerte de los cristianos. La fe católica, fiel seguidora del evangelio de Cristo, es la piedra de escándalo que provoca los ataques asesinos. Cientos de buenos guatemaltecos cristianos, han sido inmolados irracionalmente. Vidas útiles a la patria se han perdido por causa de calumnias y falsas interpretaciones de la Palabra de Dios. La Conferencia de los Obispos de Guatemala, ha intentado arreglar esta situación estableciendo contactos y diálogos con las autoridades. No se ha dado ninguna garantía de respeto y seguridad a la integridad física ni a la vida de los Agentes de Pastoral.

La conclusión a la que se ha llegado es que, en este trágico momento de la Historia de Guatemala, ya no se puede desarrollar ninguna clase de atención espiritual en la Diócesis del Quiché y, por lo tanto, era necesario un retiro temporal. El Obispo, sacerdotes y religiosas decidieron salir de la Diócesis en espera de unas condiciones favorables mínimas para volver. Esta ausencia forzada no significa renuncia ni abandono en el servicio al pueblo cristiano del Quiché. Ha sido un sincero discernimiento en la fe, el que nos ha indicado el único camino posible para ayudar a nuestro pueblo, como testimonio ante los cristianos guatemaltecos, de nuestra inconformidad con la situación actual, y nuestra

enérgica protesta ante las Autoridades, para que hagan todo lo posible para solucionar el problema que nos llena de dolor.

En su vida había pasado ratos amargos, pero todo era insignificante comparado con lo que ahora sufría al tener que dejar su diócesis. Gerardi empezó a empacar unas pocas pertenencias. Saldría del Quiché por la mañana, en cuanto amaneciera. Monseñor Víctor Hugo Martínez había quedado de pasar por él a las cinco de la madrugada. Antes, se había puesto una especie de disfraz para ocultar su identidad. Una vez vestido, se vio en el espejo. No parecía él mismo. Pero estaba bien así. Aún no quería morir porque sentía que tenía mucho que hacer.

Cuando Víctor Hugo llegó por él, se apresuró a salir de la casa y, tomando su pequeña maleta, entró al carro. Víctor Hugo lo condujo hacia un microbús de las hermanas dominicas. Cuatro de ellas lo acompañarían.

Al llegar a la capital, fue a casa de su hermana y desde ahí se pensó que sería mejor esconderle en un cuarto de la iglesia Santa Teresa, a cargo del padre Juan Pablo Mendoza que le tenía un gran aprecio. Ahí estaría como dos meses, antes de ir, en septiembre, a visitar al Papa. El padre Mendoza dispuso instalarlo en un dormitorio que quedaba arriba de la iglesia, a la par del campanario.

—Allí estará seguro. Nadie sino su familia y amigos cercanos sabrán de su paradero. Lo podrán venir a ver, pero de vez en cuando, para no despertar sospechas.

Frente a la habitación que le habían asignado a Gerardi, había otra, que albergaba al padre José, un anciano muy enfermo que ya casi ni se movía.

Una vez instalado en el cuartito de Santa Teresa, Gerardi respiró más tranquilamente. Rendido, se acostó en la cama sin desvestirse y se quedó profundamente dormido. Durmió como no lo había hecho durante meses.

A medida que pasaban los días, Gerardi se hundía en la añoranza. Le hacían falta sus largas caminatas por los campos aledaños al Quiché. Y recordaba el viento frío que por las mañanas le azotaba la cara y el intenso olor a pinos. Cerraba los ojos y se hacía nuevamente caminando por aquellos extravíos tan poco transitados. Al dejar la diócesis, parte de él murió un poco. Se había encariñado tanto con su gente y costumbres que le costaba trabajo pensar que nunca jamás volvería a vivir en la casa del párroco del Quiché. Durante sus últimos días ahí, era mucha la gente que llegaba a buscarlo para contarle sus desgracias:

—¡Ay, Monseñor!, que me quemaron a mis hijos, violaron y mataron a mi esposa y se llevaron cuanto teníamos...

O bien, llegaba una indígena deshecha en llanto por su hijo.

Tres días yo llorando, llorando que le quería yo ver. Ahí me senté abajo de la tierra, solo una tierrita para decir ahí está, ahí está la crucita, ahí está él, ahí está todo, ahí está nuestro polvito y lo vamos a ir a respetar, dejar una su vela...pero cuando vamos a poner la vela, ¿dónde vamos a...? No hay dónde. Yo siento que estoy con tanto dolor, cada noche me levanto a orar, cada noche, ¿por dónde podemos agarrar?. (Remhi, Tomo I, p. 27)

✓ Y, así, uno tras otro iban a contarle sus desgracias. Él los oía y trataba de consolarlos. ¡Pero era tan poco lo que podía hacer! Cada vez se incrementaba más el terrorismo, la más temible arma que el Estado utilizaba en contra de la insurgencia.✓

Fuera de sus familiares e íntimos amigos, nadie lo visitaba pues nadie sabía de su paradero. Muchos creían que ya había salido de Guatemala, lo cual lamentaban profundamente.

—Los días pasan, Hugo, y yo siento que fueran años los que llevo en este encierro. ¿Cómo está todo por allá?

Víctor Hugo le visitaba a menudo y le ponía al tanto de los acontecimientos en el Quiché. Aunque Gerardi leía diariamente los periódicos, su tiempo de meditación lo ocupaba para hundirse en los recuerdos. Separarse de la diócesis había significado una pérdida irreparable, tan dolorosa como cuando, de niño, había perdido a su padre. Y cuando no estaba hundido en sus tristes meditaciones — recuerdos—, se lo encontraba leyendo, pues la lectura era para él un alivio. Le gustaban las novelas latinoamericanas que en aquella época estaban tan de moda. El bueno de Víctor Hugo se encargaba de comprarle los últimos éxitos literarios.

Por fin llegó el mes de septiembre de aquel fatídico 1980. Como Gerardi era Presidente de la Conferencia Episcopal, le tocó realizar un viaje hacia Roma, junto con Monseñor Próspero Penados del Barrio, para asistir al Sínodo sobre la Familia. Al mismo tiempo quería informar al Papa sobre la realidad guatemalteca y especialmente sobre los acontecimientos del Quiché, junto con los diferentes comunicados de los Obispos, denunciando la violencia en que vivía Guatemala. Viajar con Próspero Penados, otro gran amigo del alma, le hizo recuperar su innata alegría de vivir. Con él y Víctor Hugo, se sentía Gerardi tranquilo y contento. Eran amigos bondadosos y fieles, como pocos. Gerardi había conocido al Papa Juan Pablo II cuando todavía no era la cabeza de la Iglesia Católica. Le tenía mucho respeto y admiración. Pero siempre se sentía inquieto ante Él. No sabía qué le ordenaría el Papa. Lo que menos quería era regresar al Quiché. Cuando pensaba en su retorno, le invadía el pánico. Era algo que no podía evitar.

El clima de Roma, durante el mes de septiembre, es bastante agradable. Aún hace un poco de calor, pero es soportable. Además es tan bella la ciudad y su gente tan

amable, que siempre encontraba placer en caminar por sus calles. Se hospedaba en una de las residencias del Vaticano. Una casa bella, rodeada de aquellos jardines y altos árboles que todavía adornan Roma.

Por entonces, Casariego era el arzobispo de Guatemala, quien no era de la simpatía ni de Gerardi ni de Penados. Por ser amigo de Lucas, no se podía confiar en él. ¿Qué le podía haber dicho Casariego al Papa con respecto a los hechos de violencia en el Quiché? Este pensamiento hacía temblar de congoja a Gerardi, pero debía reprimir ese sentimiento adverso y poco cristiano. Se repetía a sí mismo la pregunta: ¿Qué le habría dicho Casariego a su Santidad? Penados también se hacía la misma pregunta.

El Santo Padre los recibió al día siguiente de su llegada al Vaticano. Escuchó lo que Gerardi tenía que informar, pero por alguna razón o sinrazón, le ordenó regresar a la Diócesis. Gerardi esperaba algo distinto del Papa, jamás que lo enviara al matadero. Pero si el Papa así lo quería, qué se iba hacer sino armarse de obediencia y valor. Sabía que el Papa era consciente de la situación que se vivía en el Quiché, por lo que le costaba trabajo pensar que se le pidiera un sacrificio en tales circunstancias.

Con temor y tristeza, Gerardi aceptó la decisión del Papa.

Capítulo XI

Proveniente de Roma, el avión en que venía Gerardi hizo escala en Miami, donde éste decidió pasar unos días con familiares residentes en los Estados Unidos. Por fin, llegó a Guatemala un día por la tarde. En el Aeropuerto lo esperaban, entre otros, Monseñor Quezada Toruño, Monseñor Víctor Hugo Martínez, Monseñor Próspero Penados, el Secretario de la Nunciatura y su hermana.

Monseñor Víctor Hugo Martínez cuenta que, para entonces, ya se tenía planeado otro atentado en contra de Gerardi. Lo matarían en cuanto saliera del Aeropuerto, camino al centro de la ciudad. Pero esta segunda conspiración no funcionó por la oportuna intervención de los Obispos al llegar al Aeropuerto.

Gerardi había descendido del avión pensando que al día siguiente saldría para el Quiché. El Papa se lo había ordenado. No quería pensar en qué le podría pasar estando allá. Sabía que estaba condenado a muerte. Pero no se había atrevido a decírselo al Papa. Éste pensaría que tenía un miedo infundado. No había más remedio que obedecer... Sin embargo, su estado de ánimo estaba casi por los suelos. Se sentía angustiado. Regresar al Quiché... La sola idea le causaba desasosiego, más bien, pánico. Tratando de superar su crisis anímica, caminó hacia migración para presentar sus papeles. Para su alivio divisó a lo lejos a sus amigos los obispos.

Al llegar a migración para enseñar su pasaporte, vio también a lo lejos a su hermana y empezó a caminar papeles en mano hacia el mostrador de migración. Un hombre alto y fornido se le acercó:

—Lo siento, señor, está usted detenido. No puede entrar.

—Comuníquesele a los Obispos que me esperan —le replicó un poco airado Gerardi.

Asombrado, el hombre miró hacia el frente. Ahí, observándolo estaban los obispos.

—De todas formas, usted no tiene derecho de estar aquí.

Gerardi quiso replicarle, pero entonces dos hombres lo agarraron de los brazos y le dieron un empujón para que regresara a la pista. Jamás había sido tratado con tanta grosería. No pudo soportar el atropello y se le salieron las lágrimas. Le pidió a Dios fortaleza y paciencia. Sin embargo, no podía dejar de revivir aquel abandono de su infancia, cuando le comunicaron que su padre había muerto en el día de su Primera Comunió.

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado? —Se dijo a sí mismo. Se le nubló la vista. Lágrimas amargas le corrían por el rostro. Horas después fue colocado en otro avión rumbo a El Salvador.

Ya en la nave, se había sentido algo aliviado. Por lo menos había escapado de la muerte al alejarse del Quiché. Llamó a la azafata y le pidió un güisqui doble. Se lo tomó de un trago y respiró profundamente.

Pronto el avión aterrizó en San Salvador, pero al llegar a migración, no le permitieron permanecer en el país. El presidente Napoleón Duarte -para no contrariar al gobierno de Guatemala- había ordenado que no lo dejaran entrar porque era "prófugo político". Ahora sí que sintió que el mundo se le derrumbaba. No había nadie esperándolo y se sentía perdido. Más tarde supo que los Obispos de Guatemala intervinieron para que, por medio de la Nunciatura, se le diera residencia en Costa Rica. Después de una larga espera

Capítulo XI

Proveniente de Roma, el avión en que venía Gerardi hizo escala en Miami, donde éste decidió pasar unos días con familiares residentes en los Estados Unidos. Por fin, llegó a Guatemala un día por la tarde. En el Aeropuerto lo esperaban, entre otros, Monseñor Quezada Toruño, Monseñor Víctor Hugo Martínez, Monseñor Próspero Penados, el Secretario de la Nunciatura y su hermana.

Monseñor Víctor Hugo Martínez cuenta que, para entonces, ya se tenía planeado otro atentado en contra de Gerardi. Lo matarían en cuanto saliera del Aeropuerto, camino al centro de la ciudad. Pero esta segunda conspiración no funcionó por la oportuna intervención de los Obispos al llegar al Aeropuerto.

Gerardi había descendido del avión pensando que al día siguiente saldría para el Quiché. El Papa se lo había ordenado. No quería pensar en qué le podría pasar estando allá. Sabía que estaba condenado a muerte. Pero no se había atrevido a decírselo al Papa. Éste pensaría que tenía un miedo infundado. No había más remedio que obedecer... Sin embargo, su estado de ánimo estaba casi por los suelos. Se sentía angustiado. Regresar al Quiché... La sola idea le causaba desasosiego, más bien, pánico. Tratando de superar su crisis anímica, caminó hacia migración para presentar sus papeles. Para su alivio divisó a lo lejos a sus amigos los obispos.

Al llegar a migración para enseñar su pasaporte, vio también a lo lejos a su hermana y empezó a caminar papeles en mano hacia el mostrador de migración. Un hombre alto y fornido se le acercó:

—Lo siento, señor, está usted detenido. No puede entrar.

—Comuníquesele a los Obispos que me esperan —le replicó un poco airado Gerardi.

Asombrado, el hombre miró hacia el frente. Ahí, observándolo estaban los obispos.

—De todas formas, usted no tiene derecho de estar aquí.

Gerardi quiso replicarle, pero entonces dos hombres lo agarraron de los brazos y le dieron un empujón para que regresara a la pista. Jamás había sido tratado con tanta grosería. No pudo soportar el atropello y se le salieron las lágrimas. Le pidió a Dios fortaleza y paciencia. Sin embargo, no podía dejar de revivir aquel abandono de su infancia, cuando le comunicaron que su padre había muerto en el día de su Primera Comunión.

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado? —Se dijo a sí mismo. Se le nubló la vista. Lágrimas amargas le corrían por el rostro. Horas después fue colocado en otro avión rumbo a El Salvador.

Ya en la nave, se había sentido algo aliviado. Por lo menos había escapado de la muerte al alejarse del Quiché. Llamó a la azafata y le pidió un güisqui doble. Se lo tomó de un trago y respiró profundamente.

Pronto el avión aterrizó en San Salvador, pero al llegar a migración, no le permitieron permanecer en el país. El presidente Napoleón Duarte -para no contrariar al gobierno de Guatemala- había ordenado que no lo dejaran entrar porque era "prófugo político". Ahora sí que sintió que el mundo se le derrumbaba. No había nadie esperándolo y se sentía perdido. Más tarde supo que los Obispos de Guatemala intervinieron para que, por medio de la Nunciatura, se le diera residencia en Costa Rica. Después de una larga espera

en el aeropuerto de San Salvador, se le condujo para abordar un avión con rumbo a ese otro país centroamericano.

El calvario continuaba. Había salvado la vida, pero ahora se encontraba fuera de su trabajo pastoral, que tanto amaba, y lejos de su patria, sin saber cuándo lograría retornar.

Estando ya radicado en Costa Rica, Gerardi tuvo la oportunidad de leer la carta del Papa Juan Pablo II al Cardenal Mario Casariego y a los Obispos de Guatemala. Por fin, pensó, el Papa se daba cuenta del peligro que había corrido. He aquí la carta:

Las noticias sobre las condiciones de vuestra nación y en particular de vuestras comunidades eclesiales, encuentran en mi ánimo un eco profundo, que se hace plegaria y se traduce en el deseo de estar cerca de vosotros, de modo muy especial en vuestra misión pastoral, expresándoos confortamiento y aliento.

Conozco las preocupaciones que en más de una ocasión habéis manifestado, incluso públicamente, en estos últimos meses, por los muchos, ya demasiados actos de violencia que han perturbado el País, como también vuestras repetidas llamadas para que se pusiera término a lo que justamente habéis denominado "camino de autodestrucción", que viola todo derecho humano -primero entre todos el derecho sagrado a la vida- y que no ayuda a resolver los problemas sociales de la nación.

Comparto vuestro dolor por el trágico balance de sufrimientos y de muertes que grava, y no da señales de disminuir, sobre tantas familias y sobre vuestras comunidades eclesiales depauperadas no sólo de no pocos catequistas, sino también de sacerdotes, muertos en circunstancias oscuras, a veces de manera vil y alevosa.

Me entristece, en particular, la grave situación que se ha producido en la Diócesis de El Quiché, donde, a causa del multiplicarse de acciones criminales y de amenazas de muerte contra eclesiásticos, la asistencia religiosa a la comunidad eclesial sigue faltando del todo.

La raíz del malestar que turba la sociedad guatemalteca la habéis visto, Venerables hermanos, en una "crisis profunda de humanismo", que ha llevado a que fueran desplazados los valores del espíritu, dejando paso abierto al egoísmo, la violencia y el terrorismo.

En unión con vosotros y por medio de vosotros deseo exhortar y suplicar a cuantos tienen responsabilidad en el País a no omitir esfuerzo alguno para que se ponga remedio a esta oleada de discordia y de odio; hágase todo lo posible para asegurar tranquilidad y seguridad a los ciudadanos; se garantice a la Iglesia la posibilidad de desarrollar su misión evangelizadora, la cual se propone educar a todos para una profunda conversión interior y para la reconciliación de los ánimos.

Es un deseo general, desde hace tiempo, que se realicen las reformas sociales necesarias para una vida, en Guatemala, más justa y más digna de todo hombre. En armonía con estas aspiraciones ratifico lo que he repetido viarias veces, en mis viajes apostólicos: que la Iglesia debe animar a los responsables del bien común a emprender oportunamente tales reformas, con decisión y valentía, con clarividencia y eficacia, ateniéndose a criterios de justicia y a los principios de una ética social auténtica. Una vez más es el caso de recordar que la Iglesia quiere ofrecer su colaboración específica, en vistas a un progreso social que respete en el hombre las exigencias tanto espirituales como materiales. El camino que ella indica para lograr dichos objetivos es el del compromiso solidario de todos, para sustituir las ideologías del egoísmo, de prepotencia y de interés de grupos o de partes, con los valores genuinos de la fraternidad, de la justicia y del amor.

A los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los seglares comprometidos en los diversos sectores del apostolado, envío mi palabra de estímulo a actuar en estrecha unión con vosotros, Venerables Hermanos, para ofrecer el testimonio de fe y de unidad, de valentía y de abnegación, que debe caracterizar a todo discípulo de Cristo.

A los queridos hijos de la Iglesia de Guatemala, hago una llamada a la esperanza, que los sostenga en las difíciles circunstancias actuales y les ayude a permanecer fieles a su propia vocación cristiana.

Sobre todo invoco la asistencia y la ayuda de Dios, por intercesión de María, Madre de Cristo y de la Iglesia. A vosotros, Venerables Hermanos, a cuantos colaboran con vosotros en la actividad pastoral y a toda la comunidad eclesial, imparto de corazón mi paternal Bendición Apostólica.

Vaticano, 1 de noviembre de 1980. Joannes Paulus PP. II

Gerardi debió asilarse por un tiempo prudencial en Costa Rica. Tuvo la oportunidad de visitar con frecuencia la Nunciatura, donde Monseñor Ramiro Moliner le brindó su amistad. El Arzobispo de San José, Monseñor Arrieta, le ofreció que escogiera la parroquia en donde pudiera trabajar. Sin embargo, Gerardi no aceptó tal propuesta para no crear problemas. A cambio se fue como adjunto a la parroquia de San Juan de Tibás, donde dejó gratos recuerdos en su ministerio pastoral. Allí permaneció largos meses como compañero del párroco P. Jorge Fuentes Martínez.

Pero, a pesar de las nuevas amistades que pudo hacer en Costa Rica, su estancia allí constituyó una larga espera que lo hundió en la más cruel depresión. No podía dejar de pensar en su diócesis del Quiché ni en la labor que había que tener que interrumpir para salvar la vida. Una y otra

vez se le aparecía en sueños su gente que tanto lo necesitaba, sus amigos, sus familiares. Su afición al güisqui se intensificó. No podía dejar de tomar a partir de ciertas horas, cuando sentía que el mundo se le derrumbaba y que Dios lo había olvidado.

Lo que más lo alentaba eran las periódicas visitas de sus amigos guatemaltecos. Las cartas de su madre y familiares también lo aliviaban un poco. Pero no le gustaba escribir. Al fin y al cabo, no tenía mayor cosa que contar. Que la vida se deslizaba monótona, triste y sin sentido, a pesar de lo bien que lo había acogido ese país hermano.

✓ Más adelante, en 1989, Gerardi haría alusión a lo sufrido en el Quiché (durante 1970 y principios de los 80) en una entrevista en inglés realizada por Winona Edwards. Esta periodista afirma que *Gerardi no sólo hizo posible que los pobres se ayudaran a sí mismos, sino este hombre de apariencia delicada, de sesenta y pico años, con ojos perceptivos y amables, enfrentó a los militares guatemaltecos mientras perseguían a gente inocente. "Esto no puede ser", les dijo.* ✓

Cuando esta periodista le preguntó sobre si se había arrepentido de la decisión de retirar el clero del Quiché, a Gerardi pareció habersele abierto una herida aún no cicatrizada. ¡Cuánto le dolió y le seguiría doliendo de por vida esta etapa vivida en el Quiché en los años más infames del enfrentamiento armado! Su respuesta, nos dice Winona, fue "No". Un "no" suave pero firme. Luego, continuó diciéndole:

Tal vez puedo acusarme de no haber tenido tacto en la manera en que les hablé a las autoridades, pero no por lo que dije o lo que hice. ¿Entiendes? Quizás a veces fui demasiado directo. Hablé con líderes militares intentando aliviar la situación de la gente, pretendiendo que los militares vieran que estaban abusando de su autoridad, que gente buena –civiles– estaban sufriendo y siendo

perseguidos. Eso no podía continuar ahí. Se lo dije personalmente a algunos militares. Luego llegamos al punto en que yo no podía rendirme, porque habría estado en contra de mis principios y los de la Iglesia. Pero esto ya es historia. En Guatemala vivimos en una sociedad polarizada sin espacio para diferenciar posiciones.

Entonces si no estabas conmigo, estabas contra mí. ¡Así era! No podía estar de acuerdo con lo que hacía el ejército, pero no fue porque estuviera a favor de la guerrilla.

Ciertamente entendí que la guerrilla no era la solución de nuestros problemas. La violencia trae más violencia. Una revolución victoriosa no podía solucionar los problemas de nuestro país: la terrible situación de la gente indígena; toda la diversidad cultural. Y un triunfo de la izquierda podría terminar en marxismo como en Nicaragua. Pero sólo porque una persona se oponga a ello, no significa que esté a favor de todo lo que hace la otra parte. Para mí, ni la guerrilla ni los militares tienen toda la razón.

Ya que nuestra sociedad está polarizada, las cosas que se oponen al "statu quo", aunque no sean cosas relativamente más importantes, son señaladas de ser comunistas. Pero la pobreza no usa etiquetas de comunismo...

Monseñor Gerardi, continúa la entrevistadora, acepta que el retiro del clero del Quiché pudo haber favorecido el crecimiento de las sectas fundamentalistas en la diócesis. Es posible —responde— pero no es cierto que todo ese crecimiento se debe a esta situación, aunque no hay duda que posiblemente la ausencia de los sacerdotes por determinado tiempo tuvo influencia. Pero no creo que haya sido un factor decisivo.

Antes de que saliéramos del Quiché, algunas sectas ya estaban manipulando la situación. Las cosas eran tensas, difíciles, y estas sectas insinuaban que la gente moría y

sufría porque no nos alineábamos con el ejército. Estos grupos estaban con el ejército y no fueron molestados.

Durante la estancia de Monseñor Gerardi en Quiché, dice Winona, la Iglesia intentó, como diócesis, organizar a la gente para que ellos mismos buscaran soluciones para mejorar sus vidas. Esfuerzos importantes fueron hechos en la región Ixil, un área retirada y marginada en el Quiché. En Nebaj se organizó una cooperativa apícola:

Naturalmente —responde Gerardi— porque era una cooperativa de la Iglesia, los directores fueron perseguidos. También —escribe Winona— en el Triángulo Ixil, organizó un tipo especial de comunidad de base, involucrando a los catequistas y otros líderes comunitarios, con un enfoque tanto económico como religioso. Hubo comités de CARITAS, una organización católica humanitaria que trabaja en casi todo el municipio de Nebaj. Ahí la Acción Católica tuvo 50 mil miembros.

Gerardi cuenta, entonces, lo siguiente:

Una vez estaba en una aldea de Nebaj y tuve que dormir en la cárcel porque no había otro lugar para dormir. La cárcel era un cuarto muy pequeño y fue muy curioso, ¿no crees? Solo había unas barras de metal en la ventana, y en Nebaj hace mucho frío. Entonces, pusieron un pedazo de nylon rojo sobre la ventana para bloquear el viento. Y durante la noche, con mi pequeña vela encendida, una luz roja, se veía desde afuera. Una luz roja. El Obispo se ríe, gozando del recuerdo —continúa la periodista— De repente, nos dice, hay un cambio brusco de humor en Gerardi: En el Triángulo Ixil, hay situaciones inhumanas. En cualquier casa de los Estados Unidos, los perros viven mejor que la gente del Triángulo Ixil. Disculpa que hable tan fuerte.

Los perros comen mejor, tienen mejores viviendas y salud que esta gente. Y no hay voluntad de sacarlos de esa situación, porque son necesarios para el trabajo barato en

las fincas. A veces pienso que la función principal de los indígenas en nuestra sociedad es para mano de obra barata.

Pero la gente que los utiliza no se da cuenta que con el paso del tiempo, los indígenas se están dando cuenta de su situación, se están dando cuenta de la injusticia, y un día la bomba va a explotar. Y no es porque son comunistas. No lo son. Por detrás de la lucha contrainsurgente, aparece un propósito más profundo, no sólo erradicar la guerrilla, sino borrar la identidad cultural de la gente indígena. La violación de derechos humanos no es sólo la violación al derecho a la vida.

Gerardi —afirma la periodista— trata de comprender la cultura indígena en toda su extensión. Para evangelizarlos es necesario comprender su espiritualidad y sus costumbres. En lugar de atacar su identidad, se debe desarrollar el mundo espiritual que ellos ya tienen, respetar sus tradiciones y su cosmovisión religiosa: *Para ellos el mundo no sólo es material, sino también espiritual. Se sienten dominados, gobernados por el mundo, por la naturaleza... Todavía hay grupos aislados que conservan estas costumbres, y porque eso no tiene significado para nosotros ¿lo valoramos como anacrónico? Debilitamos su relación dependiente con su Dios, esta fidelidad a Dios, este deseo de hacer el bien. Lo que la gente cree, cómo se imaginan a Dios, cómo adoran a Dios, no es la misma manera en que yo lo adoro o que tú lo haces. Pero creo que debemos entender que esto también es una manifestación de Dios. Ellos realmente perciben la presencia de Dios en la naturaleza. Esto debe ser la base de su evangelización. Dialogando con ellos. Diles: este Dios que ustedes perciben, este Dios que ustedes ven en esta manera, es el que vengo a explicar. La buena noticia es la contribución que nos ha dejado la gente indígena. Valores que hemos perdido: la hospitalidad, la hermandad que existe entre ellos y les apoya. Es necesario cosechar los valores indígenas y tratar de desarrollarlos, porque ellos han desarrollado sus calidades humanas más profundamente, por ello son más humanos que nosotros.*

El tono de Monseñor era modulado, lento. Parecía hablarse a sí mismo. Se concentraba en cuanto decía y, en ese momento, no había otra cosa que le quitara la atención. Revivía dentro de sí el gran amor que le tenía a los indígenas. Eran sus ovejas, por quienes él tenía que velar. Pero ¿podría defenderlos del odio y del racismo?

Por fin, ya un poco cansado de la larga entrevista, con dulzura y sonriendo, le dijo a Winona:

—Bueno, ya hemos hablado bastante.

✓ Pero Winona había tocado un tema candente en su entrevista: la proliferación de las sectas fundamentalistas cristianas después de los años 60, las cuales se incrementaron en 1980. Por este año ya había 160 sectas, entre las cuales cabe mencionar la Iglesia del Verbo, la Iglesia de la Unificación (Moon), la Iglesia Niños de Dios, etc. ✓

✓ El Obispo de Verapaz, Monseñor Gerardo Flores, advertía que la penetración y proliferación de estas sectas, que estaban bien organizadas y disponían de enormes recursos económicos, era una respuesta del Departamento de Estado norteamericano a algunas opciones políticas de la Iglesia católica. ✓ En efecto, su amplio despliegue numérico y el gran respaldo financiero que poseían estas sectas, tenía su origen en un informe a Washington, elaborado por Nelson Rockefeller en 1969, al final de un viaje por América Latina. En este informe Rockefeller señalaba como algo necesario para el gobierno de los Estados Unidos, *sustituir a los católicos con protestantes conservadores*. No se trataba, entonces, de un problema religioso, sino de un problema político de graves consecuencias no sólo para Guatemala sino para todo el mundo latinoamericano.

Un informe por los años 80 de la Comisión de Ecumenismo de la Conferencia Episcopal de Brasil, enviado a la Santa Sede, señalaba incluso que había indicios de la actuación de la Central de Inteligencia de los Estados Unidos

(CIA) en estas sectas. Asimismo, el propio Consejo Mundial de Iglesias, con sede en California, era promotor de un gran número de sectas en muchos países del continente, sobre todo, en Brasil y Guatemala.

Frente a la actitud beligerante ante la pobreza que tenía la Iglesia católica, estas sectas predicaban *la resignación* como un componente importante dentro de su mensaje religioso. Algo que se oponía a la transformación estructural de la sociedad latinoamericana.

En Guatemala, muchas comunidades indígenas se vieron atraídas por estas sectas, tanto por la seguridad que les proporcionaban (de no ser víctimas de la represión gubernamental), como por la abundante ayuda financiera y material que ofrecían. Bajo el gobierno dictatorial de Ríos Montt, pastor de la Iglesia del Verbo, este fenómeno se incrementó.

Un sacerdote guatemalteco señala que había dos tipos de sectas por aquella época: una que trataba de sembrar la división en zonas indígenas de mayoría católica y otra que, cuando el ejército había sembrado el pánico y barrido con sacerdotes y catequistas, aprovechaba el ansia natural de trascendencia que tiene el pueblo humillado durante siglos.

Monseñor Dammert, Obispo de Cajamarca (Perú) decía: *la Iglesia latinoamericana es peligrosa. Entonces América del Norte nos envía sectas que tienen todas las facilidades financieras para dar limosnas a los pobres, mientras que, para nosotros, la ayuda internacional disminuye.*

En Guatemala, una serie de proyectos sociales y culturales, como la fundación de hospitales y escuelas en varios lugares del país, fue realizada por las sectas, con el apoyo de Washington. Era una manera no violenta e inteligente de convencer a la gente de abandonar el

catolicismo y seguir la religión de alguna secta cristiana. En 1983, un diario italiano señalaba que en Guatemala se habían construido 6,700 nuevos templos y se habían gastado 1,000 millones de dólares para la realización de sus actividades.

Estando Gerardi en San José de Costa Rica, la Iglesia católica guatemalteca divulgó la carta pastoral *Confirmados en la fe*, publicada bajo el régimen de Ríos Montt. En ella se manifestaba *la escala agresiva de numerosas sectas protestantes movidas por un tenaz empeño de hacer prosélitos*. También numerosos misioneros católicos, de origen extranjero, encontraban enormes dificultades para obtener el permiso de residencia permanente en el país, al contrario, una gran cantidad de pastores protestantes extranjeros, vinculados a estas sectas, gozaban de enormes facilidades para instalarse en el país, otorgadas por el régimen de Ríos Montt.

Capítulo XII

Un año y medio llevaba Gerardi viviendo en San José de Costa Rica, cuando un golpe de Estado derrocó al gobierno de Lucas García el 23 de marzo de 1982. Gerardi, como muchos otros, pensó que la situación en Guatemala iba a cambiar y que pronto podría retornar a su patria. Lo temible fue que el golpista que derrocó a Lucas era el general Efraín Ríos Montt, quien, al poco tiempo de gobernar, demostró la misma línea dura y dictatorial del gobierno anterior. El Quiché fue militarizado a tal grado que parecía que la guerra se concentraba fundamentalmente en esa región. Se llevó a cabo, entonces, la práctica de la tierra arrasada, de los polos de desarrollo y de las aldeas modelo, donde se pretendía "civilizar a la gente que está en la montaña". Los ataques en contra de la Iglesia católica continuaron.

Para luchar en contra de la guerrilla, Ríos Montt pensó que era necesaria la presencia militar en todo el país. Por tal razón se crearon nuevas zonas militares en todos los departamentos. Asimismo, creyó indispensable brindar protección a las fincas de algodón y caña de azúcar durante la época de la cosecha para controlar a los trabajadores que del altiplano bajaban a la costa sur.

Hasta Costa Rica le llegaban noticias a Gerardi de la guerra en Guatemala. Se enteraba, así, de las masacres y demás crímenes que realizaba el ejército en el área del Quiché. Cuando el Papa Juan Pablo II llegó a Guatemala, Gerardi leyó con avidez las noticias del periódico. Ahí se relataba cómo Ríos Montt había recibido al Papa con insolencia y desaire. Pero lo que más le dolió fue enterarse de que, a pesar del pedido del Papa para que perdonara a once condenados a muerte, poco antes de su llegada, se les fusiló. Para colmo, Ríos Montt era, asimismo, pastor de la Iglesia del Verbo y cada domingo, a través de la televisión,

se dirigía a todo el pueblo de Guatemala en unos sermones insulsos y moralizantes.

Así, pues, nada había cambiado en Guatemala con la caída de Lucas. Otro General idéntico o peor, ocupaba el poder. Lo único favorable era que quienes odiaban a Gerardi ya no gobernaban y, por tanto, el Obispo dejaba de ser perseguido.

Por el año de 1983, la madre de Gerardi, doña Laura, enfermó de gravedad. La arteriosclerosis que tenía se fue agudizando a tal grado que ya no se levantaba de la cama y no reconocía a las personas. Se creyó conveniente avisar a Gerardi para que regresara a Guatemala. La primera vez que se le llamó por teléfono no estaba en Costa Rica, andaba por Europa. A su regreso, el padre Fuentes, de la parroquia de San Juan de Tibás, le comunicó que se le requería en Guatemala por estar su madre gravemente enferma. En un principio se negó a regresar:

—Tengo pánico de regresar a mi tierra —le dijo— es algo que no puedo evitar. Aún revivo día y noche lo sufrido en el Quiché. Además, aún resiento que se me acuse de haber abandonado la diócesis; también me duele saber que ya no soy necesario y que, tal vez, ya no me quieren. ¿Por qué cree que vivo en el exilio?

Hubo de intervenir el Nuncio de Costa Rica para convencerlo. Le dijo que llegara a la Nunciatura porque tenía algo que comunicarle. Gerardi atendió de inmediato su llamado y el día indicado estaba puntual ante el Nuncio. Éste, después de saludarlo cordialmente, como siempre, abordó de inmediato el tema:

—Me parece que ya no debes sentir temor de regresar a Guatemala pues la gente que te hizo tanto daño ya no está en el poder. Ahora hay otro presidente que nada tiene en tu contra. Créeme, si es necesario yo pediré garantías

para ti, pero me parece conveniente que retournes a tu país ya que tu madre está muy mala.

Gerardi lo escuchaba como en sueños. Un sudor frío le bañaba la frente y no podía evitar un temblor casi imperceptible que le agitaba el cuerpo. Nuevamente la pesadilla haciéndose realidad. ¿Cuántas veces moriría antes de su verdadera muerte? ¿Por qué presentía lo peor? ¿Estaba condenado a un martirio sin límites? Acababa de regresar de Europa y la vida empezaba a sonreírle nuevamente. Al fin y al cabo, ya se estaba acostumbrando a su tranquila y pacífica vida en Costa Rica.

Pero las palabras del Nuncio eran como un mandato.

—Está bien —le dijo— regresaré a mi tierra, pero espero que usted haga realidad las gestiones necesarias para garantizar mi retorno.

De vuelta a su casa en San José, se dijo a sí mismo: no cabe duda de que mi lugar está en Guatemala. El Papa me lo urgió una vez; ahora me lo urge la enfermedad de mi madre. He de regresar, aunque presiento una muerte segura e infame.

Su regreso no fue nada agradable. El avión se había descompuesto y llegaría con retraso a Guatemala. Su hermana Carmen lo estaba esperando en el aeropuerto La Aurora, de la misma manera que en 1980. La angustia la invadía al ver que el Obispo no llegaba. Conjeturaba miles de cosas y tenía los peores presentimientos.

Cuando por fin el avión empezó a descender en el aeropuerto de Guatemala, Gerardi creyó que el pecho le estallaba. No podía respirar. La depresión era ahora peor que nunca. Se tomó de un trago el güisqui que la azafata le había llevado un poco antes y se sintió más aliviado. Por otro lado, pensaba, ¡veré a mi madre! Y con eso trataba de calmarse un poco.

Al descender del avión, no pudo dejar de revivir aquel deplorable regreso desde Roma. Todo parecía idéntico. Vio para todas partes. No estaban aquellos hombres que lo detuvieron entonces. Tal vez estaban escondidos. Nadie sabe... Una vez pasó por migración, miró a su hermana que lo estaba esperando afuera. La saludó de lejos. Cuando salió de la aduana y estuvo cerca de ella respiró profundamente y la abrazó. Hablaron poco y él le pidió descansar antes de ir a ver a su madre.

De joven, su madre había sido bella. Él siempre la había amado intensamente y jamás había estado mucho tiempo alejado de ella. Ahora volvía como un hijo pródigo, con los ojos bajos y el corazón entristecido.

—Mamá, soy yo, Juan.

Ella abrió los ojos y como reviviendo preguntó:

—¿Monseñor?...

—Sí, el mismo y he venido para estar con usted y no dejarla nunca...

Al decir esto, a Gerardi se le quebró la voz y no pudo contener las lágrimas. Se inclinó sobre el lecho de su madre y los dos lloraron abrazados por un largo rato. Este fue el mejor remedio para su depresión. Pasó el resto de la tarde y parte de la noche con ella hasta verla dormida.

A partir de entonces, la vida de Gerardi fue más tranquila. Por la mañana oficiaba misa en la iglesia de San José, luego regresaba a casa de su hermana (donde vivía), y después de desayunar se iba a la casa de su madre. Regresaba a almorzar y después de una pequeña siesta, volvía al lado de su madre para pasar con ella el resto de la tarde. Desde su retorno de Costa Rica, no ocupaba ningún cargo dentro de la Iglesia y tampoco tenía parroquia alguna. Por fin, cuando murió su madre, el Arzobispo Casariego se acordó de él y le ofreció la parroquia de Santa Rosa. Pero Gerardi

no la aceptó, pensaba que la parroquia debía de estar a cargo del padre Juan Manuel, quien había dado dinero para su reconstrucción después del terremoto.

Habiendo fallecido Casariego en junio de 1983, la Arquidiócesis quedó como sede vacante. El 1 de diciembre de ese mismo año, el Papa Juan Pablo II nombró a Próspero Penados del Barrio como cabeza de la Iglesia católica guatemalteca. Ello significó un gran cambio en la vida de Gerardi. Monseñor Penados, quien lo estimaba mucho, lo nombró Obispo auxiliar y Vicario General de la Curia. Era como una resurrección. Empezó, entonces, a trabajar al lado de Penados a quien quería como un hermano.

Por el año de 1987 se iniciaron las negociaciones de paz. Gerardi participó en la conformación de la Comisión Nacional de Reconciliación, presidida por Monseñor Rodolfo Quezada, a quien acompañaba en los diálogos previos a las negociaciones de paz, viajando a El Escorial y México como miembro de la Comisión Nacional de Reconciliación.

Al poco tiempo, se le ocurrió a Gerardi la idea de crear la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (ODHA). Con el apoyo del Arzobispo Penados, esta Oficina surgió en 1989. Ahora, más que nunca, la vida de Gerardi recobraba su antiguo y amado rumbo. Se le había encomendado la dirección de la Oficina y nada para él era tan grato como ayudar a las víctimas de la violencia en Guatemala y promover los derechos humanos. Como director de esta Oficina viajó durante varios años consecutivos a Ginebra, Suiza, con el fin de hacer las denuncias pertinentes ante de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

La ultraderecha guatemalteca no veía con buenos ojos el trabajo que estaba realizando. Nuevamente se le criticaba por inmiscuirse en aspectos de la vida política en lugar de dedicarse a la vida religiosa. Pero Gerardi ya estaba acostumbrado a tales críticas y no les hacía mayor caso. Se

sentía feliz consigo mismo y con Dios y eso le bastaba. Sabía que estaba haciendo lo correcto. Su misión resucitaba nuevamente; era como una continuación de su trabajo en El Quiché. Allí estaba otra vez la gente sencilla y humilde que tanto amaba y por quien estaba dispuesto a dar la vida. Su mayor satisfacción siempre había sido poder salvar las vidas de quienes lo buscaban porque se sentían perseguidos.

Sectores políticos y sociales hacían, a menudo, a través de los medios de comunicación, severas críticas contra la Iglesia de la liberación que defendía Gerardi. La ira de estos sectores se dirigía sobre todo a algunos obispos de la Conferencia Episcopal de Guatemala, de la cual había sido presidente Gerardi. Pero éste no les ponía mayor atención. "Déjenlos que digan...", respondía, sin hacer mayores comentarios. Además, agregaba, "no tiene la culpa el loro, sino quien le enseña a hablar".

La sola figura de Gerardi golpeaba a militares, terratenientes y empresarios. A raíz de la publicación de un folleto de la ODHA que llevaba por título "Los cristianos frente al neoliberalismo", en 1997, empezaron a llover publicaciones en contra de Gerardi, a quien se le acusaba de alentar la invasión de tierras. Gerardi se defendía, alegando que la Iglesia no alentaba las invasiones pero que era conveniente que "los miembros de la Cámara del Agro leyeran la Carta Pastoral EL CLAMOR POR LA TIERRA y la compararan con el Acuerdo Socioeconómico Agrario, firmado entre el Gobierno y la URNG, para que luego sacaran sus conclusiones".

Poco tiempo después otro columnista (Federico Bauwer Rodríguez) escribió una "Carta abierta al Nuncio Apostólico" (Siglo Veintiuno, 24 de octubre de 1997). En esta carta acusaba a los obispos Flores, Ramazzini y Gerardi de continuar caminando por "el falso sendero de la Teología de la Liberación", considerada como aliada del comunismo. Entre otros reclamos, decía: "Sabía usted, monseñor, que la ODHA con el aval de monseñor Juan Gerardi ha realizado

publicaciones que son una apología al socialismo y a la lucha de clases?”.

Sin embargo, Gerardi permanecía sereno y en paz, como quien está convencido de que la verdad se defiende sola, y continuaba con su labor en defensa de los derechos humanos que tanto enfurecía a cuantos ostentaban el poder. Además, recibía muchas cartas en donde la gente le manifestaba su apoyo en la labor que estaba realizando.

Si de algo estaba convencido era de la necesidad de un cambio de la Iglesia frente a los problemas sociales latinoamericanos. Se debía luchar por una sociedad más justa en este continente expoliado, en donde los oprimidos son abandonados a su propia miseria. Él, lo mismo que otros obispos de las regiones más miserables y explotadas, había comprendido que no podía permanecer callado ante las atrocidades que cometían aquellos que detentaban el poder. Así, pues, había denunciado lo más enérgicamente posible las injusticias de las que era testigo.

En cierta ocasión, un famoso columnista le acusó de promover el conflicto armado en Guatemala. La acusación era muy seria y Gerardi no podía permanecer callado.

—Es que ustedes —le había dicho un conocido empresario que tenía una columna en el periódico Siglo Veintiuno— Son fanáticos, integristas, totalitarios y quieren transformar la fe en una acción política violenta.

—¿Pero cree usted —le había respondido tranquilamente Gerardi— que no existe una violencia institucionalizada que hunde a Guatemala en la más honda crisis existencial? ¿Qué me dice de los terratenientes que se hacen millonarios a costa de la explotación de los indígenas que trabajan en sus fincas? ¿Es que ellos no están ejerciendo violencia en contra de sus trabajadores que más que trabajadores son esclavos? La violencia es aceptable cuando la utiliza el opresor para mantener el orden, y es mala cuando los oprimidos apelan a ella para cambiarlo. Además, luchar

por el cambio de estructuras injustas no implica necesariamente violencia.

—Pero, Monseñor, en 1980 apareció un catecismo hondureño titulado *Iglesia en tiempos de guerra*, en donde puede leerse que “matar al enemigo es un acto de amor cristiano profundo”.

—Que alguien que se diga ser parte de la Iglesia escriba semejante atrocidad, no significa que todos los sacerdotes que estamos de acuerdo en que nuestra evangelización concientizadora sea una forma de servicio y compromiso para con los desposeídos, seamos considerados fanáticos y totalitarios. La teología de la liberación no consiste, como usted dice, en ampararnos en el marxismo. Lo que nos fundamenta es, ante todo, la doctrina del evangelio, la cual es una reivindicación continua por el derecho de los pobres a hacer oír su voz. Los desposeídos son precisamente los sujetos hacia los que se dirige la acción evangelizadora.

—Durante años, Monseñor, he seguido a estos nuevos teólogos de la liberación en sus libros y declaraciones públicas. Pero lo que más me indigna es su radicalismo político, lo que más me molesta es su falta de honradez intelectual. Me parece que son maestros del doble lenguaje, ambivalentes y equívocos. Que elaboran un lenguaje cifrado para el connubio entre catolicismo y marxismo...

—Observo que usted no ha leído lo suficiente sobre la proyección de la teología de la liberación. Si hay algunos teólogos que se han radicalizado hasta el punto de abandonar su misión religiosa para entrar a formar parte de la guerrilla, no quiere decir que la totalidad de religiosos que la profesan sean unos ideólogos fanáticos o guerrilleros. En su mayoría son gente de fe que trata de luchar porque se dé una sociedad más justa, libre de la explotación y la miseria.

—Pero a decir verdad, Monseñor, la crisis del catolicismo se debe a este conflicto ideológico planteado por la teología de la liberación. El saldo y herencia del Vaticano II es un cisma no declarado, en donde se da un clero desobediente que se alza con sus nuevas posturas políticas más que teológicas. Menos mal que la teología de

la liberación entró en quiebra en 1989, cuando el socialismo real se derrumbó...

—Lo siento pero los planteamientos reales de la teología de la liberación no se reducen a una simple aspiración política, ni mucho menos a una hermandad con el marxismo. Desde San Francisco de Asís, que optó por la pobreza y por los pobres (y que por ello se plantó ante el Papa) hasta nuestros días, el verdadero cristiano siempre ha optado por el servicio a los sectores oprimidos de la sociedad. Es frecuente que quienes optan por tal servicio sean considerados como elementos subversivos. El cristiano que como Jesús se alza frente a los poderosos y los ricos, siempre será visto como un ser peligroso por aquellos que detentan el poder.

—De todas formas, Monseñor, me parece que los teólogos de la liberación han sido derrotados por el Vaticano. En la actualidad ya casi nadie lee ni edita sus libros... Para nadie es un secreto la política de Roma para silenciar la teología. Se ha dado a nivel del clero secular, de los obispos. La Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), fue intervenida por el Vaticano para imponer una determinada línea tradicional de la teología.

—Tarde o temprano se dará el renacer nuevamente en Jesús. Jesús continuará conquistando y enamorando con su doctrina y su vida ejemplar. En la Iglesia católica se pueden dar estos extremos que usted señala, pero la fe en Jesús y el amor hacia los pobres están más allá de todas las políticas del mundo. Y eso es lo que muchos de nosotros predicamos. En toda época y en cualquier lugar del mundo este amor y esta fe seguirá conquistando a aquellos seres humanos que claman por una sociedad más justa y equilibrada, que claman porque desaparezca la miseria y la explotación. Porque nos importa no sólo el otro mundo después de la muerte, nos importa también este mundo en donde ser cristianos significa tomar conciencia de la realidad social en donde estamos inmersos y del compromiso que tenemos con Dios, con nosotros mismos y con los demás.

Capítulo XIII

Sin embargo, Gerardi admitía que las violaciones de los derechos humanos se daban también del lado de la guerrilla. En el año 1982, estando aún en San José de Costa Rica, tuvo conocimiento de una barbarie cometida por los guerrilleros. Se trataba de la masacre en Txacal Tzé. En este lugar, formado por una gran mayoría de católicos carismáticos y evangélicos enemigos de la guerrilla, el gobierno había inaugurado la primera aldea modelo. Influidos por el ejército, pronto los carismáticos y evangélicos empezaron a actuar como fuerzas paramilitares. Además de las muchas bajas que sufría la guerrilla por sus ataques, una gran parte de la población, que no comulgaba con sus ideas, se vio obligada a emigrar a otros pueblos y montañas por las continuas persecuciones y abusos de que eran objeto.

Ante estos hechos, la dirección del frente guerrillero Ho Chi Minh y la jefatura militar empezaron a planificar una ofensiva contra los pobladores de Txacal Tzé que se habían convertido en un serio enemigo. Se quería, al mismo tiempo, dar una lección a aquellas otras poblaciones que se volvían reaccionarias y apoyaban al ejército. Dispusieron, pues, atrapar a uno de los hombres de la aldea para que les informara sobre los movimientos contrainsurgentes. El hombre se llamaba Pablo. Lo habían capturado una tarde, cuando iba camino a su rancho. No pasaba de los 25 años y tenía esposa y tres hijos pequeños: una mujer y dos varones. Hacía poco se había convertido al protestantismo, después de que el pastor le convenciera para que dejara la religión católica. Desde entonces se había hecho amigo de los paramilitares de la aldea, que en su mayoría eran evangélicos.

En el momento de la captura, iba montado en el único caballo que tenía. Los guerrilleros lo obligaron a bajarse y a punta de escopeta se lo llevaron a su campamento.

—¿Por qué me llevás, si yo no he hecho nada? —alegaba el infeliz, frente a los cinco guerrilleros que lo llevaban en silencio.

La tarde se había oscurecido de pronto y amenazaba lluvia. A lo lejos se oían los truenos y los relámpagos iluminaban la atmósfera.

Cuando llegaron al campamento, llovía a torrentes. Lo amarraron al tronco de un árbol y ahí lo dejaron por largo rato. La lluvia se le colaba por todas partes. Por fin apareció el capitán Sandor y ordenó que lo soltaran. Le ofreció un taburete y él se sentó enfrente.

—Si querés salir con vida de aquí, me tenés que informar cómo actúan los paramilitares en Taxcal Tzé, cuáles son sus líderes, dónde tienen escondidas las armas y cuáles son sus planes de ataque.

Pablo, pálido y sudoroso, apenas si podía balbucir palabra alguna. Sin embargo, respondió a todas las preguntas que se le hacían como mejor pudo, de lo cual tomaba debida nota un guerrillero. Estaba rendido y tenía hambre y sed. Pero lo único que le interesaba era que lo dejaran libre. Al terminar el interrogatorio, nuevamente y sin decir palabra, los cinco guerrilleros lo volvieron a amarrar al tronco del árbol y lo dejaron solo. En vano gritaba el infeliz que lo soltaran que ya había confesado todo lo que sabía. Imploraba, lloraba, gritaba.

—No podemos dejarlo vivo —dijo el capitán Sandor— Nos delataría de inmediato. Así que no hay más que ahorcarlo.

Los cinco guerrilleros lo fueron a traer y lo llevaron frente al capitán.

—Por favor no me matéis, capitán, ya te dije todo lo que querías. Te juro que no te delataré. Dejame ir, mirá que tengo mujer y tres hijos. Me necesitan. No tienen a nadie más que a mí. Por favor, no me matéis.

El capitán sólo lo vio y dio la vuelta, haciendo antes una señal a los cuatro guerrilleros. Entonces éstos le pusieron una soga al cuello y lo llevaron al árbol donde había estado amarrado.

—No me maten, no me maten —gritaba Pablo.

Le pusieron una mordaza para callarlo. Luego lanzaron el lazo a la rama más alta y gruesa del árbol y ahí mismo lo ahorcaron.

Después del asesinato de Pablo, ocurrido al principio de mayo de 1982, el resto de ese mes se estuvieron enviando comandos de reconocimiento a la aldea y sus alrededores. Por fin, una semana antes del operativo, se concentraron las fuerzas en Secoch. En total eran unos 300 guerrilleros, incluyendo unas 100 Fuerzas Irregulares Locales (FIL) y 150 de fuerzas regulares, el resto era personal de apoyo (correos, logística, abastos, cocineros). Se hicieron simulacros de cómo tomar la aldea.

Las personas que formaban por ese entonces el mando militar del frente guerrillero eran: los capitanes Sandor, Guayo, Alfredo, Alvaro, Carlos y el teniente Óscar. En el mando político estaban Rafael Enrique Sigüenza, Mario, Evaristo y Guevara.

Cuando había que tomar decisiones de combates con el Ejército, era la Plana Mayor quien definía qué acciones se realizaban y cómo. En el caso de la masacre de Taxcal Tzé, la decisión primero se tomó a nivel militar y luego se discutió a nivel político. A pesar de la incertidumbre y recelo sobre el justo del operativo, nadie rechazó su participación.

Mientras Alfredo, Sandor, Carlos y Guayo se quedaron en los alrededores de la aldea, Álvaro y Óscar iniciaron el operativo, siendo, así, los máximos responsables de cuanto sucediera. El jefe del operativo era Castillo y los principales torturadores de gente eran Roque, Iván y Patricio. (Este último, hermano de Roque, desde 1983 se fue a la G-2 en el área Ixil).

Era el 13 de junio de 1982. La mañana había amanecido despejada, después de los aguaceros de la noche anterior. Al mediodía se organizó la tropa e inició su caminata por senderos ocultos y con fuertes medidas de seguridad. Avanzaron hacia un área a dos horas de camino de Txacal Tzé, cuando ya era de noche. Ahí durmieron. A las tres de la madrugada del 14 de junio se dio la orden de levantada y se hizo la distribución de los guerrilleros por pelotón y unidades.

A las cinco de la mañana ya estaban cercadas todas las vías de acceso a la aldea. La orden había sido clara: todos los mayores de diez años debían morir. Cuando los más madrugadores salieron a la calle, fueron recibidos con la primera descarga de metralla. Unos cuantos que quisieron escapar fueron presos de inmediato y llevados a un rancho vacío.

—Si nos dicen dónde está el armamento, les respetamos la vida —les decían los guerrilleros.

Al poco rato aparecieron algunos moradores con machetes, palos y piedras, dispuestos a atacar, pero cuando vieron a los muertos tirados a media calle les dio miedo y salieron huyendo. Algunos fueron alcanzados por la metralla. Por todas partes se escuchaban gritos, maldiciones y alaridos. Los heridos se revolcaban en el suelo sin que nadie los atendiera. En eso, una mujer enloquecida salió de su casa y llena de rabia empezó a maltratar a los guerrilleros.

—Portate bien y no te haremos nada —le dijeron éstos.

Fuera de sí, la mujer sacó un cuchillo que llevaba en un delantal y se lanzó sobre uno de los guerrilleros, hiriéndolo. Al mismo tiempo los insultaba a todos y los escupía.

Los guerrilleros, enfurecidos, se lanzaron sobre ella. La tiraron al suelo y empezaron a patearla, luego la violaron y torturaron. Finalmente la mataron. Entre los guerrilleros más violentos estaban Patricio e Iván.

De otra casa salió un anciano de unos 80 años.

—No me maten —dijo.

—De acuerdo, abuelo —le respondieron los guerrilleros.

Pero en un descuido el anciano sacó una granada y se las tiró. Entonces los guerrilleros se fueron contra él, lo culatearon, lo patearon y finalmente lo descuartizaron.

A otro hombre, supuesto jefe reaccionario que guardaba armas, le prendieron fuego a su casa con él adentro.

La consigna era:

—No tiren, a puro machetazos, muchá...

Los niños corrían asustados de un lado a otro, no haciéndoles caso a sus madres que en vano trataban de contenerlos. Los que parecían mayores de diez años eran muertos a machetazos. El caos se había apoderado de la aldea. Por todas partes se oían alaridos de dolor y ráfagas de metralla.

Luego, los guerrilleros empezaron a quemar todas las casas. En el centro de la aldea había una escuela que había sido transformada en fortificación. Conforme avanzaba el ataque, la población fue tomando posiciones en la escuela y ahí se atrincheró. Cada vez que la guerrilla intentaba

acercarse, eran recibidos con descargas de ametralladoras. Muchos eran los guerrilleros que caían muertos. Decidieron, entonces, romper el techo de la escuela con piedras grandes. Una vez roto, lanzaron granadas y bombas al interior. Los que pudieron salieron huyendo. En medio de la trifulca, una mujer joven, en vez de huir, se acercó a un guerrillero y le dijo:

—No me matés y me vuelvo tu mujer.

El guerrillero lleno de furia le golpeó la cabeza y la mató. El ataque a la aldea duró cuatro horas. Terminó alrededor de las nueve de la mañana. Todo había quedado arrasado, en medio del humo y las llamas yacían destrozados cuerpos de hombres, mujeres y niños. Los guerrilleros, enloquecidos y llenos de euforia, celebraban su triunfo. Más adelante, un guerrillero que participó en la masacre pero que no quiso decir su nombre confesó que había contado 125 cadáveres. En la aldea no quedó nada. Se llevaron el ganado, el maíz y las armas que encontraron. Al final, todos estaban eufóricos. Los más borrachos eran los irregulares (FIL), quienes gritaban:

—Con la guerrilla no se juega, hay que respetar la revolución...

Durante los primeros días después de la masacre, persistía cierta euforia colectiva. Tenían la sensación de que habían cobrado lo que les debían. En el mes de agosto, la guerrilla realizó una asamblea que duró una semana. Se discutió la masacre y sus consecuencias. Rafael Sigüenza dijo que había sido una carnicería y que no estaba justificada. Pero lo único que se consiguió fue un pacto de silencio: no contar a nadie lo sucedido y no reivindicar la acción.

Capítulo XIV

Aunque Gerardi no prestaba mayor atención a las críticas que se le hacían culpándolo de ser comunista e inclinarse por la guerrilla, simplemente por involucrarse en todo lo relativo a la situación de pobreza en que se hallaba inmersa la mayor parte de la población guatemalteca, creyó oportuno dar a conocer su propia postura y la postura de la Iglesia latinoamericana. Esto lo hizo en 1997.

Así en el I Encuentro de Agentes de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Guatemala, desarrolló el trabajo que intituló *Qué es y cómo hace pastoral social la Iglesia*, en donde explicaba la amplia labor social que ésta realizaba o debía realizar. En primera instancia, creyó oportuno aclarar que la acción de la Iglesia nunca podía ser abstracta, sino directa y encaminada a una realidad concreta. Desde el Concilio Vaticano II "la vocación de la Iglesia es el servicio", enfatizaba. Su principal servicio se dirigía, pues, a los pobres: "no es el servicio a los poderosos, no es el servicio a los ricos". Ahora bien, esta Pastoral no era nada nuevo, sin embargo, no había sido dada a conocer hasta las declaraciones en Medellín en 1968 y más adelante en Puebla y Santo Domingo. Desde entonces el compromiso de la Iglesia estaba dirigido a solidarizarse con el pueblo pobre y oprimido. Desgraciadamente, aseguraba Gerardi, el que defiende a los oprimidos es señalado como comunista, porque "todavía se califica a las personas como de izquierda o derecha, como comunista o anticomunista". Y, aunque el continente latinoamericano había sido llamado el continente de la esperanza, por ser el que encerraba mayor número de católicos, Gerardi se atrevía a llamarlo "el continente de la injusticia, de la opresión, de la dominación".

Gerardi insistía en este último punto y aclaraba que "la pobreza no es una pobreza querida por Dios" sino una

pobreza provocada, por lo tanto, fruto de la injusticia. "Es una pobreza que es efecto de la impunidad y de la corrupción". "Pensemos: ¿por qué hay tanta gente que es pobre? Cuando tenemos gobernantes que se enriquecen, ¿de dónde salieron esas riquezas? ¡Ah! de quitarle el pan de la boca a la gente"; además, "las estructuras no dejan que las cosas prosperen. La sociedad está organizada de tal forma que el pobre no puede valerse por sí mismo".

Para Gerardi ya era hora de terminar con la dicotomía entre lo espiritual y lo material: "El cristiano debe comprometerse con toda la realidad del ser humano, así como Jesús estaba comprometido con la realidad de la persona integral. Así nos lo dice el Evangelio. Y esta es la Pastoral social". También aseguraba que la Buena Nueva de Medellín, Puebla y Santo Domingo consistía en rescatar la dignidad de la persona y sus derechos. Cristianamente, debía existir una lucha por cambiar la infame realidad del humano hundido en la pobreza: "Después del anuncio, tiene que venir *la denuncia*. Naturalmente, tenemos que tomar en cuenta que esto es delicado, no cabe duda. Pero tampoco podemos callarnos como cristianos, como católicos, como bautizados, como responsables de nuestros hermanos y también como corresponsables de hacer presente al Señor en esta sociedad injusta".

"Si la Iglesia cerrara sus dispensarios, si la Iglesia cerrara sus escuelas, si la Iglesia quisiera quitar esta ayuda a los pobres, ¿qué les quedaría a ellos y a nosotros? Un estado de tendencia neoliberal, deshumanizado, que nos está cobrando todo y que no le está importando la pobreza de nadie, más que sólo el dinero". Eso sí, "evitemos el peligro de que la gente nos vea sólo como proveedores; que nos busque sólo porque les damos de comer..."

Sin embargo, al final del discurso Gerardi aclara que son los laicos los llamados a transformar las estructuras sociales injustas.

Por su trabajo en la Oficina de los Derechos Humanos del Arzobispado, Gerardi gozaba de viajes a Ginebra, Suiza, en donde reside la Comisión de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Pero en las asambleas de este organismo, únicamente tenían participación la Guerrilla y el Gobierno; las ONGs de Guatemala que asistían, ni siquiera llegaban como interlocutores que se hicieran escuchar. Gerardi decía que tales asambleas eran como un "mercado persa", en el que se llegaba a negociar la situación de los derechos humanos. Según él, más que negociar lo que se debía hacer era reflejar en la Asamblea la verdadera realidad que se vivía en Guatemala. Frente a la URNG o Guerrilla y el Gobierno, él establecía una tercera postura más objetiva, desinteresada y equilibrada.

En 1991 fue la primera vez que Gerardi pudo participar activamente en una de esas asambleas. Fue un hecho histórico. Nunca antes un obispo de la Iglesia católica se había presentado a hablar ante semejante foro. En diez minutos tenía que exponer su denuncia: todo cuanto había sufrido y sufría el pueblo de Guatemala bajo los gobiernos militares autoritarios. Era la oportunidad de su vida. Declarar ante el mundo las temibles violaciones a los derechos humanos que sufrían los condenados de su tierra. Su intervención fue clara y precisa y conmovió a todo el mundo. Al terminar fue ovacionado. Todo el mundo de pie, le aplaudía sin cesar. Algo único, que él jamás hubiese imaginado. Claro, se sentía feliz y satisfecho.

En este discurso (presentado ante el 47 período de sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, Ginebra, Suiza), abordó el tema político, a partir de 1986, cuando en Guatemala se retornó al estado de derecho, después de las dictaduras militares, y subió al poder Vinicio Cerezo, un civil, representante del partido de la Democracia Cristiana. Se refirió a la nueva Constitución Política, creada por ese entonces, que tenía como fin fortalecer el régimen institucional y la democracia, y destacó

la creación de la Corte de Constitucionalidad y la Procuraduría de los Derechos Humanos como dos grandes conquistas del pueblo guatemalteco.

También hizo alusión a Vinicio Cerezo, primer presidente civil en veinte años, quien había sido electo por el 67% de los guatemaltecos. Se esperaba que bajo su gobierno disminuyera el papel de las fuerzas armadas y se eliminara el control militar de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), principales violadores de los derechos humanos. Nada de eso pudo hacer Cerezo, quien se limitó a ocupar un espacio mínimo de poder real, con lo cual el ensayo democrático empezó a perder credibilidad.

Dos años tenía Cerezo de Gobernar cuando, en 1988 y 1989, hubo claros intentos de golpes de estado. Eso dio motivo a que los grupos tradicionales de poder (militares y empresarios) volvieran a ocupar los espacios que el gobierno civil había tenido que entregar. La temible doctrina de seguridad nacional tomó nueva vida, los militares volvieron a los mandos de inteligencia que controlaba a la población y, junto a la violencia selectiva, volvió a utilizarse el método de la masacre. Ante eso, el cuerpo de la sociedad civil seguía debilitado y temeroso por las acciones represivas. Sin embargo, por primera vez se habló de un Diálogo Nacional, del cual se automarginaron los empresarios y los militares.

Pero, ante todo, Gerardi se atrevió a hablar sobre los casos de violencia selectiva: secuestros, asesinatos y desapariciones forzadas. Mencionó los casos de la monja ursulina Diana Mac Ortiz, Carmen Valenzuela, Gilda Flores, Héctor Oquelí Colindres, el genocidio de trece indígenas tzutuhiles y veintidós heridos en Santiago Atitlán, el asesinato y abusos cometidos en contra de niños de la calle, el asesinato de Michael Devine y de la doctora Myrna Elizabeth Mack Chang.

Éstos —dijo— son algunos de los casos de la lista que habría que enumerar, y en los que la falta de voluntad política ha sido manifiesta al no investigar, y en consecuencia juzgar y deducir responsabilidades a los individuos o instituciones responsables de estas violaciones. Si bien en algunos casos se han encontrado responsables, éstos no han sido castigados, algunas veces, por inoperancia del sistema jurídico penal y por la falta de voluntad política de juzgar a los responsables de violaciones de derechos humanos. Otras veces, porque los responsables son miembros activos dentro del Ejército Nacional quienes son juzgados por un tribunal especial (militar), dependencia que se encuentra directamente subordinada al Ministerio de Defensa (...). Por todo lo anterior, la situación de Guatemala merece la atención de la Comunidad Internacional”.

Gerardi golpeaba la conciencia internacional para que, en alguna forma, interviniera a favor del pueblo guatemalteco. Pero en Guatemala rabiaban militares, empresarios y terratenientes, quienes cada vez sentían más odio por este obispo rebelde y valiente.

Capítulo XV

Inquieto y nervioso, Gerardi se revolvía en la cama, se levantaba, se sentaba, salía al corredor, volvía a entrar a su cuarto. No podía estar tranquilo. La tarde del 23 de junio del 94, había recibido por fax el acuerdo del Gobierno para la creación de la Comisión del Esclarecimiento Histórico (CEH), en donde se debía informar de todo lo acontecido durante el conflicto armado de más de tres décadas en Guatemala. Lo acababan de firmar las autoridades guatemaltecas de esa época. En primera instancia, se trataba de un pacto entre el Gobierno y la guerrilla. Por eso Gerardi no estaba tranquilo ya que no confiaba en ninguno de los dos. Sentía que esta Comisión no podría cumplir con su cometido histórico. ¿Hasta dónde podría revelar toda la verdad histórica del conflicto armado? Una voz interna (¿la de Dios?) le decía que había que escribir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. El mundo entero tenía que saber de la barbarie. Había que revelar las masacres, las torturas, las violaciones de unos y otros. Y los integrantes de la CEH no lo harían, no lo podrían hacer. No importaba quiénes fueran, de todas formas, no estarían capacitados para penetrar en los abismos de la tragedia sufrida por el pueblo guatemalteco.

Tenía que ser la Iglesia quien diera el primer paso hacia la verdad de los hechos y, en lo más profundo de su ser, sentía que Dios lo había escogido, lo había señalado para dirigir tal trabajo. Hasta le parecía oír su voz crepitante desde el fondo de su corazón.

—Tú eres el elegido —le decía una y otra vez esa voz interna— Eres el escogido, el cordero que se vuelve león para defender a su grey. Tú eres el elegido para dar a conocer lo que tu pueblo ha sufrido. Y contigo estará la verdad de cuanto sea dicho y divulgado.

Eran las 3 de la madrugada. Tomaba una y otra vez el papel del fax en donde se establecía la institución de la Comisión. ¿Podría revelar ésta todo el terror en que había estado inmersa la población indígena? Gerardi volvía a revivir aquellos gritos de dolor, aquellos alaridos, aquellos llantos, aquellas súplicas y los estertores de las más crueles agonías.

Dieron las 5 de la mañana. El Obispo ya no pudo soportar seguir encerrado. Se puso un suéter y unos pants y, calzando sus tenis, salió de su casa de San Sebastián. La sexta avenida aún se hallaba desierta y hundida en las sombras. De vez en cuando un motociclista repartiendo periódicos y uno que otro carro. Empezó a caminar rápidamente. Necesitaba cansarse para calmar un poco su estado de ánimo. Algo le hervía por dentro y se le venían a la mente las más crueles imágenes de lo vivido en El Quiché. Los cuerpos destrozados y atados a una ventana, los cadáveres de sus amigos los sacerdotes Gran y Villanueva. Y sus catequistas torturados y lanzados a la cuneta de la carretera, los ranchos quemados, las atrocidades contra las indefensas aldeas... ¿Y qué decir de los indígenas que llegaban a relatarle los horrores de las masacres?

Aquello era demasiado. No podía quedar en la sombra y el silencio. Había que decirlo, gritarlo, pero, sobre todo, escribirlo. Como una memoria. Tal cual el "Informe Sábado" en la Argentina, tal cual lo habían hecho los chilenos y salvadoreños que también habían sufrido las mismas barbaries en sus guerras civiles. Sólo que aquí, en Guatemala, había sido peor, mucho peor, en número de víctimas y en infamia.

Sin sentir había llegado al final de la avenida del Hipódromo del Norte. El aire fresco le refrescaba la cara llena de sudor. Se secó con un pañuelo. Sentía que podía respirar mejor. Había corrido más que caminado. Eran las 6 de la mañana y el Sol empezaba a alumbrar. Se sentó en una banca, bajo una jacaranda. La calle estaba alfombrada con las flores violeta de las jacarandas. Las camionetas

iniciaban la ruta del día; lentamente, la ciudad empezaba a cobrar vida. Después de descansar unos minutos, inició su regreso a San Sebastián. Debía officiar la misa de 7 y luego salir para la curia. Estaba ansioso por comunicar a sus compañeros de trabajo el proyecto que había forjado en su mente durante la noche.

Desde que había empezado a trabajar en el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), en 1994, Gerardi hacía caminatas hasta de cinco kilómetros. Al inicio del alba salía de la parroquia de San Sebastián, donde vivía, y se dirigía hacia el Hipódromo del Norte. Lo hacía no sólo por placer, sino por prescripción médica. Además, le ayudaba a descargar tensiones. Al regresar de sus caminatas, se bañaba, oficiaba la primera misa y, después de desayunar, leía los periódicos. A las nueve y media o diez, se iba a pie a las Oficinas de la ODHA, situadas en el Palacio Arzobispal. Allí permanecía hasta entrada la noche. Ya en casa, antes de acostarse, leía documentos latinoamericanos que trataban de las guerras internas que se llevaron a cabo en Latinoamérica por los años 70 y 80. Entre ellos estaba *El informe Sábado*, intitulado *Nunca más*. Fue una de las lecturas que más lo había hecho reflexionar sobre la posibilidad de escribir algo semejante acerca de los crímenes de lesa humanidad ocurridos en Guatemala durante más de tres décadas.

Al día siguiente de haber recibido el fax sobre el acuerdo de la creación de la Comisión del Esclarecimiento Histórico, Gerardi había hablado con Monseñor Próspero Penados del Barrio, quien de inmediato apoyó su plan y, en octubre de 1994, solicitó formalmente a la ODHA presentara el proyecto del REMHI a los obispos de la Conferencia Episcopal de Guatemala. Con el apoyo de los Obispos y sus diócesis, se confirió al proyecto carácter interdiocesano.

El objetivo inicial del REMHI había sido dar una contribución al trabajo de la Comisión del Esclarecimiento

Histórico. Edgar Gutiérrez, principal colaborador de Gerardi, afirma que el proyecto nació de lo que Gerardi llamaba "un cambio de estafeta". Platicando con él, Gerardi le decía:

—Si queremos dar el salto, tenemos que agarrarnos de la historia; tenemos que hacer como un cierre de la historia para proponer algo nuevo, y el motivo, o sea o "el gancho" fue el acuerdo de la Comisión del Esclarecimiento Histórico...

Gutiérrez cuenta cómo el 23 de junio del 94, Gerardi, muy emocionado, había llegado a su oficina a buscarlo.

—¿Ya leíste esta babosada? —le había preguntado.

En su mano blandía el fax. Se lo puso sobre la mesa y arguyó:

—Es el acuerdo de la creación de la Comisión del Esclarecimiento Histórico. Tardó dos años en firmarse y mirá lo que salió. Aquí está. Y no es sino un matrimonio contra natura: los dos bandos opuestos se están cobijando con la misma toga. Por eso se me ocurre ¿por qué no hacemos nosotros algo? ¿Por qué no fortalecemos el acuerdo? ¿Por qué no nos adelantamos y nos tratamos de abrir camino y marcamos pautas a la CEH?

Y así fue como nació el REMHI, sigue relatando Edgar Gutiérrez. Gerardi lo concibió no sólo en términos globales, políticos, sino en términos de lo que la Pastoral Social de la Iglesia debería de hacer en la época de posguerra. Porque, como decía Gerardi, la Iglesia había venido acompañando el proceso de negociación de la paz, sobre todo en lo concerniente a la reintegración de la población desarraigada.

—Mirá, Edgar, los militares y los guerrilleros han tenido muchos años para discutir sus diferencias, para ponerse de acuerdo; han tenido que botar desconfianzas;

pero han tenido tiempo, han tenido espacio, les han pagado viajes y están los acuerdos allí, no son malos, pero no son la solución. ¿Por qué no pensamos en la gente que también quedó dividida, que también quedó quebrada, hecha lata, que tengan también el espacio para hablar y el tiempo y las condiciones para hacerlo, porque ellos también necesitan ponerse de acuerdo?

Así se expresaba Gerardi, haciendo, como acostumbraba, una dura crítica tanto a los militares como a los guerrilleros. Porque lo que veía venir era que los acuerdos entre uno y otro bando en nada beneficiarían al sufrido pueblo guatemalteco, hundido en la pobreza. *La ley de reconciliación no resuelve los problemas de los de abajo —decía— por eso el proyecto REMHI trabajará la verdad, trabajará la memoria que luego sea un instrumento para la reconstrucción de las comunidades.*

De manera especial se refería Gerardi a la lealtad como un valor que debía de servir como punto de partida. Y es que él había sufrido muchas traiciones a lo largo de su vida; sabía que brindar amistad, una verdadera amistad, era difícil. Por eso era desconfiado, pero cuando lograba comunicarse con alguien, establecía amistades profundas, para toda la vida.

Otra faceta importante de su personalidad, era su profundidad psicológica. Cuando alguien se acercaba a pedirle consejos, Gerardi procedía como un psiquiatra. No daba consejos, sino entablaba un método de preguntas y respuestas. Y, como dice Edgar Gutiérrez, *cuando vos sentías, vos mismo te estabas dando la solución; él te ayudaba a ordenar el pensamiento, te ayudaba a analizar. Nunca te decía nada, nunca te daba consejos, nunca opinaba. Y en el trabajo era igual; casi siempre preguntaba ¿qué piensan ustedes de eso?, o ¿por dónde vamos a ir? Y cuando estaba de acuerdo, sólo decía, "bueno, entonces hagamos eso". Y así te iba sacando las respuestas correctas o descubriendo*

tus verdaderos sentimientos. Por eso, cuando tenías problemas siempre pensabas en San Sebastián, en ir a buscar a Gerardi...

En el primer momento se pensó que el REMHI serviría únicamente para auxiliar a la Comisión del Esclarecimiento Histórico, a quien se le entregaría la documentación pertinente. Pero luego el objetivo se amplió porque se vio la necesidad que tenía la gente de hablar, de contar la tragedia que le había tocado vivir.

Cuando se estaba dando inicio al trabajo del REMHI, Edgar Gutiérrez cuenta cómo, un día, estando en una aldea de Sacatepéquez, tuvieron una reunión con la comunidad del lugar. Gerardi presidía la sesión. Lo que sucedió en ésta se recoge en el siguiente documento:

"Estamos en la Comunidad y estamos reunidos en el salón comunal y entonces yo le pregunto a la gente, y aquí ¿qué pasó?, ¿cómo les fue a ustedes? El comisionado militar (yo no sabía que lo era, hasta después lo supe) se levantó y dijo: pues aquí no pasó nada; tranquilos, gracias a Dios y no hay problema. Pero allá al fondo del salón, una señora de corte, kaqchiquel, sin quitar los ojos del suelo, porque nunca nos dirigió la miradas, se levantó y dijo: (lo dijo con una voz muy dura), si aquí no pasó nada, ¿quién me puede explicar qué hicieron con mi esposo y dónde están mis hijos? Y eso como que estremeció a todo el grupo y, ya no dijo nada más, se sentó y la reunión siguió.

Cuando salimos —sigue relatando Gutiérrez— Gerardi me dijo: Mirá vos, este asunto es mucho más serio; la gente necesita hablar, aquí si no hacemos una catarsis, a saber en qué va a parar todo; la gente o se vuelve loca o el trauma va a provocar más violencia.

Entonces Gerardi decidió que cada Diócesis contribuyera en la elaboración del REMHI y encargó a Edgar Gutiérrez la supervisión de los trabajos. Entre enero y marzo,

afirma Gutiérrez, se dedicó él y otro compañero a recorrer diócesis tras diócesis. Hablaban con los obispos, con el clero, con las asambleas. Todo ello tenía como fin recoger datos de lo investigado. Entonces, a veces desorientados, acudían a Gerardi. Para orientarlos, Gerardi les mandaba estudiar los procesos de pacificación en Chile, El Salvador, Argentina.

—*Averigüen qué han descubierto los chilenos, qué hicieron los argentinos, qué hicieron los guanacos...* Luego, les urgía la elaboración de una metodología, en donde era fundamental recoger los testimonios de víctimas y victimarios. Lo que más interesaba era la historia de los sobrevivientes, su destino y proyectos de vida. Para ello, debían aprender a escuchar y facilitarles a las víctimas el desahogo de sus emociones. Así se estaba reconstruyendo una historia que nadie, antes, había relatado.

Otro rasgo metodológico del REMHI fue que involucró, como historiadores locales, a personas representativas de las comunidades que habían sido golpeadas por la guerra. Según Gutiérrez, 800 hombres y mujeres, con buena reputación entre sus vecinos como líderes locales, fueron escogidos a fin de que se sometieran a un intenso trabajo de preparación. Este trabajo incluyó tres módulos de capacitación: 1) historia del conflicto armado; 2) salud mental; 3) manejo de la entrevista. A estos líderes se les llamó "Entrevistadores de reconciliación" y "Animadores de la reconciliación".

Se trabajaba, así, con gente de las propias comunidades que tuviera credibilidad, que no negara si había sido guerrillero o del ejército. Lo que interesaba era lo que las víctimas o victimarios tuvieran en su corazón y en su mente. Con todo el material recogido se trataría de reconstruir el tejido social que había sido desgarrado.

En múltiples ocasiones, se topaban con sectas fundamentalistas que acusaban a la Iglesia de ser la cabeza

de la guerrilla, en otras se acusaba a los hacedores del REMHI de abrir heridas. Hubo también quienes dijeran que se estaban despertando ánimos de revancha.

Con todo el material recogido, iban los directores del REMHI ante Gerardi. Lo buscaban en San Sebastián y se sentaban a contarle cómo se estaba desarrollando el trabajo. Él era el consejero que iba siguiendo paso a paso el proyecto y daba las soluciones. Pero había ocasiones en que se necesitaba de su presencia. Entonces él se preparaba y llegaba al lugar en donde era requerido y discutía cuál debía ser la solución correcta.

Pero lo más difícil en la elaboración del REMHI era la diversidad de personas que reunía: católicos, sectas cristianas, gente con o sin preparación histórica, indígenas, ladinos, profesionales, profesores, campesinos. Toda una amalgama de seres humanos que es difícil integrar. Había que lidiar, también con celos profesionales, personales o institucionales.

Y de todo cuanto se recogía, ¿qué era lo prioritario?, ¿la información o el informante? Había quienes decían: lo importante es tener un trabajo sólido, datos exactos, fechas, nombres, contar cómo sucedieron los hechos. Otros en cambio, como los de la misión pastoral, se inclinaban por el lado humano: lo importante era la gente, sobre todo, las víctimas que necesitaban alguien con quien compartir su dolor, con quien desahogarse.

Uno de los aprendizajes más valiosos en la elaboración del REMHI fue saber escuchar. Algo que Gerardi les había enseñado con el ejemplo. Al principio se hacían preguntas, pero pronto se descubrió que lo importante era escuchar lo que la gente quería decir. Una vez que entraba en confianza, la gente empezaba a hablar, a desahogarse, a tener su catarsis. Después de oír aquellos dolorosos y dramáticos relatos, se trataba de ayudar a la víctima para que saliera del abismo en que se hallaba inmersa y pudiera

focalizar otros aspectos de su vida en donde aún brillaba la esperanza. Se hacía hincapié en el valor que había necesitado para poder sobrevivir. En pocas palabras, una vez creado el ambiente de confianza, la gente se entregaba sin reservas. Así, el primer trabajo fue recoger testimonios, pero no yendo a buscar a una persona en particular, sino sensibilizando a la gente, explicándole qué era el REMHI a través de las parroquias, de las reuniones de grupo, a través de la radio y la televisión.

Se seguían los siguientes pasos: se repartían durante la misa unos folletos que se llamaron "guías de celebración" y eran utilizados por sacerdotes y catequistas. Estas "guías" no eran sino lecturas bíblicas, pero vistas en clave REMHI: el uso del testimonio como una práctica que había tenido lugar en la Biblia. Porque los libros sagrados están hechos a base de testimonios. Entonces la gente se daba cuenta que también necesitaba escribir la historia con base en sus testimonios.

—Si no escribimos nuestros testimonios, no vamos a tener historia, no vamos a tener raíces; entonces vamos a volver a vivir lo mismo, nos va a pasar lo mismo otra vez.

Los domingos, cuando la gente iba al mercado, se metía a la parroquia y decía: —vengo a dar mi testimonio— O durante la celebración de la ceremonia religiosa decía: —quiero dar mi testimonio. Por fin se reunieron seis mil quinientos testimonios.

Había dos modalidades de testimonios: los individuales, casi clandestinos porque no había condiciones para hablar abiertamente; y los colectivos, comunitarios, donde alguien empezaba a hablar y otro completaba lo dicho; o donde se contraponían dos historias: la de la víctima y la del victimario. Lo hermoso es que ahí mismo, los comisionados, los patrulleros decían:

—Miren, yo me arrepiento de todo esto, yo no puedo dormir, me volví alcohólico, estuve a punto de locura, me persiguen fantasmas. Yo les pido perdón porque estoy arrepentido de cuanto hice.

Entonces la gente contestaba:

—Bueno ¿qué vamos a hacer? ¿lo reintegramos o no a la comunidad?

Pero la paz no se construye sólo diciendo: yo reconozco la culpa.... Y aquí se entraba al campo de la justicia.

Dos terceras partes de los testimonios estaban en idiomas mayas, lo cual representaba el esfuerzo de traducirlos. Para esto servían los "animadores" que eran en su mayoría bilingües, o si no, había un grupo de apoyo en cada diócesis: traductores que se ponían a oír y transcribir.

El REMHI abarcaba cuatro especialidades: la psicología social, la sociología, la cultura y lo jurídico. Cada rama tenía un especialista en la materia, el cual reunía periódicamente cincuenta testimonios para ser analizados por los otros especialistas con el fin de obtener lo que era común y sobre ello levantar un tesoro codificado y ordenado.

Bajo la supervisión de Gerardi, se diseñaba el trabajo, teniendo como punto de partida tres módulos que giraban alrededor de la historia, la salud mental y la diagramación de la entrevista.

De acuerdo al módulo histórico, se ayudaba a la gente a conocer lo que había pasado en el país para que lo contrastara con lo pasado en su comunidad. Varias eran las preguntas básicas, entre ellas, ¿cómo había entrado en el conflicto?, ¿a qué atribuían el enfrentamiento armado?. Se

comparaba, luego, el antes con el después; quiénes eran las autoridades antes y quiénes ahora; qué religiones eran dominantes antes y cuáles ahora; que cultivos se tenían antes y cuáles ahora. Como resultado se obtuvo el primer mapa de contraste. Dónde había estado presente el ejército y la guerrilla, en qué lugares habían tenido lugar las masacres, hacia dónde se habían dirigido los desplazamientos.

El segundo módulo era la salud mental, el cual se centraba en el miedo. ¿Qué es el miedo? ¿qué miedos vemos en nosotros? ¿qué miedos vemos en los demás? Pongamos sobre la mesa los miedos y discutamos, hablemos de nuestros miedos que nos hacen daño.

El tercer módulo fue sobre la entrevista, la cual debía hacerse no como un interrogatorio sino como un espacio para el desahogo emocional. El entrevistador tenía que aprender más que a preguntar, a escuchar.

Se fueron, así, formando las comisiones de la verdad que tenían por objeto rendir los informes pertinentes. Una vez hecho el informe, las comisiones se retiraban, pero los dirigentes del REMHI guardaban un cuidadoso registro de su trabajo.

Desde que trabajaba en el REMHI la vida de Gerardi cobraba mayor sentido y entusiasmo. Aunque no tenía descanso y el trabajo a veces era agobiador, sentía que su vida estaba llena de alegría, una alegría inusitada como nunca antes la había sentido. La gestación de esta obra significaba algo así como la prolongación de sí mismo, en donde veía plasmarse toda la verdad de lo que había sufrido el pueblo de Guatemala. Pero en el fondo estaba también su propio sufrimiento. Imposible no compartir la tragedia de los más miserables de los guatemaltecos: esos indígenas que vivían alejados de toda civilización, siendo siempre víctimas de una sociedad injusta y de los vaivenes de la política. En el REMHI se hacía presente la lucha que desde

que había sido ordenado obispo había emprendido en contra de las temibles violaciones de los derechos humanos en su patria. Pensaba en las víctimas y en los victimarios, pero compadecía más a estos últimos porque habían perdido su calidad humana y se hallaban lejos de encontrar la alegría de vivir y su propia redención, a no ser que tomaran conciencia de los horrores que habían cometido, se arrepintieran de corazón y, por último, pidieran perdón.

Durante todo el día trabajaba sin parar y, por la noche, aunque agotado, aún le quedaba tiempo para conversar con su amigo y compañero, el padre Mario Orantes que vivía con él en la casa de San Sebastián. Luego, se retiraba a su habitación y después de distraerse viendo televisión, se acostaba a leer un libro. Generalmente se quedaba dormido con el libro abierto sobre el pecho. Los domingos se iba almorzar donde la familia Penados u otros amigos y, por la noche, a cenar con su hermana y sobrinos. Así pasaban los días unos tras otros, casi sin darse cuenta.

Capítulo XVI

La Catedral rebosaba de gente. Ahí estaban los más altos representantes del gobierno, del cuerpo diplomático, de los diversos sectores políticos y culturales. Pero, sobre todo, estaba el pueblo de Guatemala que esperaba con ansia este documento que revelaba el drama vivido y sufrido durante más de treinta años. Muchos indígenas habían venido del Quiché a escuchar a quien una vez había sido su obispo.

Gerardi había esperado con ansia ese añorado día. Era el 24 de abril de 1998. Por fin veía terminado el REMHI y se sentía completamente feliz. El título *Guatemala, Nunca Más* estaba inspirado en el *Nunca Más* del informe Sábato, en la Argentina. El resultado de cuatro años de intenso trabajo. Un informe extenso, profundo que recogía la tragedia vivida por los guatemaltecos bajo los impactos del conflicto armado.

Se había despertado como siempre, a las cinco y media de la mañana, y para empezar bien el día, había hecho su larga caminata de San Sebastián al Hipódromo del Norte. Era una mañana radiante de abril. El vientecillo primaveral le refrescaba la sudorosa frente y él respiraba profundo, como aliviado de un gran peso. Eufórico como nunca antes, oía cantar a los pájaros que volaban de jacaranda en jacaranda. Tanta felicidad le parecía imposible y por ello daba una y otra vez gracias a ese Jesús que tanto amaba. Se repetía versos del "Cántico espiritual" de San Juan de la Cruz:

"¿A dónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido? como el ciervo huiste habiéndome herido; salí tras ti clamando y eras ido".

El amor a Jesús lo colmaba de felicidad, sobre todo ahora que trabajaba en un proyecto que lo glorificaba. Le parecían remotos aquellos años de sufrimiento, cuando era Obispo en El Quiché y había sido amenazado de muerte. Qué bueno que entonces había salvado la vida. Dios sabía por qué no lo había dejado morir. El *Guatemala, Nunca Más* quizás no se hubiera escrito sin él. El compromiso con su Dios, con la Iglesia, con su gente y con él mismo estaba saldado. Había cumplido su misión, la que él se había impuesto ante Dios para salvar a Guatemala de caer en un segundo enfrentamiento armado; Guatemala tenía esperanzas de un futuro mejor. Sin embargo, sabía de los riesgos del trabajo, conociendo como conocía a los militares y a la ultraderecha. Día a día, había temido que no los dejaran terminar el trabajo. No hubiera sido extraño si, en alguna forma, el ejército hubiera tratado de destruir los documentos. También que alguno de sus colaboradores hubiera sufrido un atentado. Pero ahora el trabajo estaba terminado y hecho realidad en un libro y nadie podría callarlo jamás pues circularía por todo el mundo.

El REMHI estaba consignado en cuatro volúmenes: I Impacto de la violencia; II Los mecanismos del horror; III El entorno histórico y IV Víctimas del conflicto.

Al regresar de su paseo, después de tomar un baño y desayunar, Gerardi se fue a su oficina a acariciar los cuatro volúmenes del REMHI. Esos libros eran como sus hijos amados por los que estaba dispuesto a dar la vida. Y ahora que por fin los veía impresos, se sentía más alegre que nunca, jamás se había sentido tan realizado. Por fin se había cumplido su deseo de que las víctimas tuvieran voz. Su largo sueño acariciado por años, se concretaba y estaba ahí frente a sus ojos, en cuatro hermosos volúmenes. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Pero faltaba ver que la lectura del REMHI provocara un cambio de vida en su amada patria.

La verdad nos hará libres. Gerardi leía una vez más el Evangelio de San Juan, 8, 32. Y la verdad haría libre a su

pueblo. Saboreaba también su propia libertad que lo había llevado a seguir la carrera del sacerdocio. Y aunque se sujetaba a las normas de la Iglesia y a la voluntad del Papa, no por eso dejaba de sentirse dueño de sí y de su vida. Pero ahora que alcanzaba lo que tanto había añorado, se decía a sí mismo que podía llegar la hora de su muerte en cualquier momento, que ya no temía el paso de esta vida a la otra. Estaba en paz con Dios y consigo mismo.

Antes de dirigirse a la Catedral esa histórica tarde, se dio un baño y se puso su traje azul claro con una camisa blanca, con cuello alto de sacerdote. Al entrar a la Catedral, quedó conmovido. El gentío inundaba todas las naves de la iglesia y el órgano dejaba oír sus solemnes acordes.

Por fin llegó el momento en que debía pararse frente al micrófono para leer su discurso; el corazón parecía salirse del pecho. Sin embargo, respiró profundamente y empezó a leer... Con especial énfasis leyó el pasaje en donde manifiesta que el REMHI *es una denuncia, legítima, dolorosa que debemos de escuchar con profundo respeto y espíritu solidario (...)* Cuando emprendimos esta tarea nos interesaba conocer, para compartir, la verdad, reconstruir la historia de dolor y muerte, ver los móviles, entender el por qué y el cómo. *Mostrar el drama humano, compartir la pena, la angustia de los miles de muertos, desaparecidos y torturados; ver la raíz de la injusticia y la ausencia de valores.*

Ningún informe sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos durante las guerras civiles de Latinoamérica provenía de la Iglesia. Por primera vez, la Iglesia de Guatemala realizaba semejante trabajo, adelantándose, además, al informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico.

Lo fundamental, aseguraba Gerardi, era romper el silencio que durante años habían mantenido miles de víctimas de la guerra; se abría, así, la posibilidad de que

contaran aquellas historias de dolor y sufrimiento y con ello se liberaran del peso que los abrumaba y enfermaba. *No podemos tergiversar la historia ni debemos silenciar la verdad*, decía. La realidad no puede ni debe ser deformada como se ha hecho en Guatemala a lo largo de los 36 años de guerra.

Mientras no se sepa la verdad, las heridas del pasado seguirán abiertas y sin cicatrizar. La voz de Gerardi se levantaba imponente en todo el ámbito de la Catedral. Un silencio profundo de parte de los asistentes hacía que cuanto decía cobrara aún más fuerza. Todo el mundo estaba pendiente de su palabra y se estremecía al oírla: *Años de terror y muerte han desplazado y reducido al miedo y al silencio a la mayoría de guatemaltecos.* El trabajo de REMHI abría la puerta para que las víctimas inocentes de la guerra respiraran, hablaran con libertad y contaran su verdad. *Verdad dolorosa, memoria de las llagas profundas y sangrientas del país; verdad personificante y liberadora que posibilita que todo hombre y mujer se encuentre consigo mismo y asuma su historia; verdad que a todos nos desafía para que reconozcamos la responsabilidad individual y colectiva y nos comprometamos a que esos abominables hechos no vuelvan a repetirse.* Allí, en los primeros puestos de los bancos de la Catedral, estaban muchas personas víctimas de las noches de terror en Guatemala, atentas, casi colgadas de las palabras del Obispo.

Es necesario, decía Gerardi, *la devolución de la memoria, el papel de la memoria como un instrumento de reconstrucción social.* Y hacía referencia a la Segunda Guerra Mundial. Así como los europeos han salvado la memoria de esta Guerra, así nosotros hemos de salvar la memoria de lo acontecido en Guatemala durante el conflicto armado. *Esto es lo que ha hecho el Proyecto REMHI en Guatemala. Conocer la verdad duele pero es, sin duda, una acción altamente saludable y liberadora. Los miles de testimonios de las víctimas, los relatos de los crímenes horribles son la actualización de la figura del "Siervo sufriente de Yahvé",*

encarnado en el pueblo de Guatemala: "Mirad a mi siervo —dice Isaías— muchos se espantaron de él, desfigurado no parecía hombre, no tenía aspecto humano. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso y herido de Dios..."

El final de su discurso fue aún más dramático con la cita bíblica: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? No sé, contestó. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? Replicó Yahvé: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar desde el suelo hasta mí".

Cuando terminó su discurso los asistentes se pusieron de pie y lo ovacionaron largo tiempo. Todo el mundo estaba profundamente conmovido. Entonces, Gerardi le hizo entrega del REMHI a Rigoberta Menchú, el símbolo viviente de la sufrida Guatemala, porque además de ser indígena y mujer, había sido una de las víctimas más golpeadas por la guerra más golpeadas.

EPÍLOGO

El domingo 26 de abril de 1998, dos días después de la entrega del REMHI, Gerardi se había vestido de manera informal: un pantalón de lona y camisa a cuadros. Hacía bastante calor. Se había levantado un poco más tarde y, después de su diaria rutina, tomó el carro para dirigirse a casa de su amigo el doctor Julio Penados, en donde se reuniría con sus colaboradores más cercanos que trabajaban a su lado en la ODHA y en el REMHI. Todos celebrarían a lo grande la aparición del REMHI. Hacía mucho que Gerardi no disfrutaba tanto en una reunión con sus amigos. Su estado de ánimo era estupendo, la euforia le embargaba y no dejaba de reír y contar chistes. Tomó algunas cervezas y conversaba feliz con sus amigos y amigas.

—Se ve diez años más joven, monseñor —le decían.

Y es que estaba radiante, todo él desbordaba alegría. Por fin he cumplido mi sueño, parecía decir a cada momento. Esos cuatro años de intenso trabajo han tenido su recompensa. No nos quedó mal ¿verdad?, les preguntaba a sus colaboradores.

—Pasará mucho tiempo para que la Catedral se llene como el viernes, comentaba.

Cuán orgulloso se sentía de haber llevado a cabo el REMHI. También se sentía orgulloso de sus excelentes colaboradores y con ellos compartía los momentos de intensa felicidad.

Sin embargo, Gerardi conocía bien los riesgos de ese trabajo, por lo que aún sentía temor de que pudieran asesinar a alguno de sus colaboradores. Pero nada había

pasado y la entrega del REMHI ocurrió sin ningún percance. Todo marchaba de maravilla.

Después del almuerzo, se fue a su casa a descansar un poco. Le pidió a su compañero el padre Mario Orantes que oficiara la misa de las seis por él y, a eso de las siete de la tarde, tomó su carro y se dirigió, como todos los domingos, a casa de su hermana para cenar con ella y sus sobrinos. La verdad es que estaba muy cansado y hubiera preferido acostarse temprano y no volver a salir, pero su familia lo esperaba y no podía desairarlos.

Cuando faltaban quince minutos para las diez de la noche, Gerardi se despidió de su hermana y de sus sobrinos y se dirigió a su casa en San Sebastián. Iba contento y feliz...

El día lunes 27 de abril todos los periódicos daban la fatal noticia: Monseñor Gerardi fue asesinado y de la manera más siniestra. Había sido agredido brutalmente con un objeto contundente que le había destruido la cara y el cerebro. La última cita bíblica que hiciera en su discurso se hacía cruel realidad en su persona: *Mirad a mi siervo* —dice Isaías— *muchos se espantaron de él, desfigurado no parecía hombre, no tenía aspecto humano. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso y herido de Dios...*

Aquellos que habían sido denunciados en el REMHI por las horribles violaciones que cometieron durante el conflicto armado en contra del pueblo de Guatemala, no habían podido contener su inmensa cólera. Desde 1980 que lo habían querido matar, pero nunca imaginaron que Gerardi se atrevería a denunciarlos de la manera como lo había hecho. Desde hacía tiempo que militares de la línea dura y sectores de la ultraderecha se habían reunido para planear su venganza. Si no habían podido impedir que se publicara el REMHI, ahora distraerían la atención pública con el asesinato del Obispo. El hecho de asesinarlo en su propia

casa de San Sebastián lo ayudaría a denigrar a la Iglesia que había apoyado a Gerardi. Se haría creer que era un crimen pasional entre homosexuales. Por eso le habían destruido la cara, un sello irrefutable de tales crímenes. Matando a Gerardi el REMHI entraría en el olvido. Además se sembraría nuevamente el terror y nadie se atrevería a seguir insistiendo en los crímenes de lesa humanidad con el fin de llevar a los juzgados a los militares acusados en el *Guatemala nunca más*. Este informe constituía la acusación pública más horrenda, por crímenes de guerra, que jamás se había hecho en Guatemala. Sin duda, los planes para matar a Gerardi habían sido sometidos a análisis rigurosos.

Cuando Fernando Penados, que encabezaba el equipo de investigadores en la ODHA, llegó a la escena del crimen alrededor de la una y veinticinco de la madrugada de ese día, ya se encontraban ahí Monseñor Efraín Hernández, Canciller de la Curia, el padre Mario Orantes, la policía y los bomberos. Lo primero que notó Penados fue que no se había colocado ningún cordón de seguridad alrededor del cadáver. El cuerpo del Obispo estaba cubierto por una sábana. Había personas que entraban y salían de la casa parroquial sin mayor control. Penados, lleno de ira, gritó que era necesario cerrar el área y llamó al fiscal general. La policía estableció, entonces, un área de seguridad alrededor del cuerpo con un listón poliéster, pero desgraciadamente, el área señalada no era la adecuada, sólo medía unos pocos pies de ancho y un pedazo significativo fue dejado fuera del perímetro. Penados pidió que agrandaran el área con el cordón, pero la policía sin ponerle atención regresó el cordón a su lugar inicial. Para cuando se amplió debidamente el área, ya la escena del crimen estaba totalmente contaminada.

Cerca de una docena de hombres sin hogar se refugiaba, todas las noches, bajo un pasillo techado, situado al lado de la casa parroquial y el garaje. Monseñor Gerardi les llamaba "mis bolitos" y ellos le llamaban a él El Jefe.

Estos hombres podían controlar fácilmente las salidas y entradas de Gerardi. Dos indigentes llamados Rubén Chanax Sontay, alias El Colocho, e Iván Aguilar, alias El Chino, han sido testigos clave del asesinato. Según testificaron, la noche fatal se encontraban tomando cerveza y viendo la película "Congo" en la televisión, en una pequeña tienda de licores y víveres, situada a la vuelta de la iglesia. Cuando la película finalizó, alrededor de las diez de la noche, salieron de la tienda y cruzaron la calle hacia el parque, frente al complejo de la iglesia. Entonces, el Chino, Iván Aguilar, se dio cuenta de que había olvidado sus cigarros en la tienda y regresó a recogerlos, mientras el Colocho, Rubén Chanax Sontay, continuó su camino. Cuando este último se acercaba a la casa parroquial, escuchó que se abría la puerta de metal del garaje y, a través de los árboles, vio que de ella salía un hombre que iba desnudo de la cintura para arriba, a quien identificó con el nombre de Hugo (lo que implica que lo conocía de antes). El hombre tendría veinte y tantos años, era de estatura media y mostraba buena complexión física. Tenía un corte de pelo a la manera de los militares. El Colocho, que ayudaba a cerrar el garaje de vez en cuando, le preguntó si saldría carro, a lo que el hombre le contestó con la jerga: "Simón, ese" (que quiere decir: sí, vos). En ese momento una patrulla policial pasó por la sexta avenida, frente al parque de la iglesia y el hombre se ocultó en la oscuridad, como quien vigila. Luego, cerró la puerta del garaje y salió corriendo hacia la séptima avenida, atrás de la iglesia. Cinco minutos más tarde, el Colocho observó que el extraño caminaba de regreso al parque y se venía abotonando una camisa blanca. Fue entonces cuando el hombre se encontró con el Chino Iván Aguilar, quien regresaba con sus cigarros recuperados.

El Chino Iván cuenta que el hombre se le acercó y le dijo:

—Compadre, vendeme un cigarro —El Chino le dio dos cigarros a cambio de un quetzal —Buena honda, gracias,

le dijo el hombre y se dirigió por la sexta avenida, hacia el Palacio Nacional, situado a pocas cuadras de San Sebastián.

Más adelante, Chanax Sontay agregó que había visto en el área del crimen al Coronel Disrael Lima Estrada, al Capitán Byron Lima Oliva (hijo de Lima Estrada) y al especialista del ejército Obdulio Villanueva, quienes lo obligaron a entrar al garaje para ayudarlos a mover el cuerpo de Gerardi. Expuso, asimismo, que había sido contratado como informante de la G-2 por el Coronel Lima Estrada, para que vigilara los movimientos de Gerardi.

Otro especialista del ejército, llamado Óscar Chex López, reveló que Inteligencia Militar le seguía la pista a Gerardi desde 1992. Además de interceptar el teléfono, elementos de Inteligencia vigilaban en forma permanente al Obispo. También Jorge Aguilar Martínez, especialista del Estado Mayor Presidencial, que fue agente de turno en esa dependencia, contó que el día del crimen existieron movimientos fuera de la rutina del EMP y que vio al capitán Byron Lima Oliva entrar a las instalaciones del EMP acompañado de tres sujetos, entre ellos, Hugo, el hombre desnudo de la cintura para arriba.

El Colocho Rubén Chanax Sontay y el Chino Iván Aguilar se acostaron al lado de los otros "bolitos" para dormir. A las doce y cuarto de la noche se abrió la puerta de la casa parroquial, al lado derecho del garaje y el padre Mario Orantes salió en bata y pijama. Según el Colocho preguntó si alguna persona había salido o entrado. El Colocho le indicó que había visto salir del garaje a un hombre desnudo de la cintura para arriba. La respuesta del padre, según él había sido:

—Ah, pues quédense aquí porque llamé a la policía.

Durante una declaración ante la policía esa misma noche, el padre Orantes afirmó que los "bolitos" le habían

dicho no haber visto nada inusual. Pero en otras declaraciones, su relato coincidía con el del Colochó.

Además, Chanax Sontay contó, más adelante, que el 26 de abril de 1998, en horas de la mañana, se acercaron al parque dos elementos del Estado Mayor Presidencial y le indicaron que se retirara del parque San Sebastián porque esa noche iban a cometer un asesinato en el área y no querían que él fuera testigo. Él se retiró del lugar y, como está dicho arriba, retornó como a las nueve y media de la noche, cuando vio al hombre sin camisa, saliendo del garaje de la casa parroquial.

El tercer testigo clave fue un taxista llamado Jorge Diego Méndez Perussina, sobrino del general Roberto Perussina, antiguo Ministro de la Defensa. Había sido drogadicto y durante treinta años vivió fuera de la ley, siempre cuidándose de la Policía. Perussina cuenta que, un poco antes de las diez y media de esa misma noche, vio a un hombre sin camisa, con corte de pelo militar, parado fuera de un Toyota Corolla color blanco, cuyo número de placa era P-3201. Momentos más tarde vio otro carro, también Toyota Corolla, color oro y sin placa, que apareció repentinamente y pasó a alta velocidad.

Esta historia del taxista Perussina surgió el 29 de abril, tres días después del asesinato, cuando los abogados de la ODHA que trabajaban en el caso, escucharon que un sacerdote tenía algo interesante que decir. El sacerdote (que no quiso revelar su nombre) contó que un taxista perturbado y afligido lo había ido a ver para contarle que, después de haber conocido a través de todos los noticieros la historia del Colochó y el Chino, se dio cuenta de que ésta coincidía perfectamente con lo que él también había visto. Temeroso, no se dio a conocer con el sacerdote y sólo le entregó el número de la placa P-3201 y se fue. En todo caso, el padre no sabía quién era el taxista. Según Penados, el hecho de que el taxista memorizara la placa se debía a

que había estado encarcelado por cargos de drogas, por lo que, con ese tipo de experiencia, no es raro que anotara la placa que por sus siglas correspondía a los militares.

Al rastrear Penados el número de la placa, descubrió que estaba vinculado con un vehículo que pertenecía a la base militar de Chiquimula. La base había sido cerrada hacía un año y el vehículo se encontraba registrado a nombre del Alto Comando del Ejército en la Ciudad de Guatemala. A pesar de que el Ministerio de la Defensa emitiera una declaración explicando que el picop había sido vendido y que el ejército no tenía las placas, más adelante se descubrió que la placa P-3201 (que debió estar en posesión del Alto Comando del Ejército) se había extraviado. También se supo que quien había comandado la base militar en Chiquimula era el Coronel Disrael Lima Estrada, antiguo director de la unidad de Inteligencia del Ejército, conocida como G-2, responsable de la mayoría de desaparecidos políticos durante la década de los 80. Dicho Coronel formaba parte de un grupo de oficiales retirados, que se reunía regularmente con el General Marco Tulio Espinoza, Director del Estado Mayor Presidencial, para hablar sobre los acuerdos de paz y estudiar los argumentos expuestos por los activistas de los derechos humanos, que cuestionaban a los oficiales que tuvieron papel importante durante el enfrentamiento armado. Sobre todo, al tener en cuenta que las unidades de inteligencia secreta del Estado Mayor Presidencial, incluyendo una unidad conocida como el Archivo, había sido responsable de muchas desapariciones y asesinatos, entre ellos, el asesinato de Myrna Mack Chang, asesinada por el especialista del Ejército, Noel de Jesús Beteta, que recibía órdenes del EMP.

Sobre el taxista Perussina existe la versión de que, confundiéndolo con él, otro taxista fue asesinado y su cuerpo mutilado. Perussina relata que el día antes de atestiguar, fue secuestrado y obligado por dos hombres a subir a un auto en donde le vendaron los ojos. Durante dos horas el carro recorrió las calles de la ciudad. Lo único que escuchaba

de sus captores era la expresión: "sólo denos la orden de matar a este hijo de la gran puta de una vez por todas". Cuando detuvieron el carro para que uno de ellos hiciera una llamada en un teléfono público, Perussina logró salirse del carro y corrió hacia un hospital cercano. Por su parentesco con el General Roberto Perussina, supone que el secuestro habría sido un intento de aterrorizarlo. Cuando el 17 de febrero apareció por primera vez en los periódicos el nombre del taxista, su madre recibió una llamada de su hermano, el General Perussina, diciéndole que iban a matar a su hijo y que mejor saliera del país inmediatamente. El taxista se fue al exilio el 25 de febrero.

El 13 de junio del año 2000, Leopoldo Zeissig, Fiscal del Ministerio Público asignado en ese entonces al caso Gerardi, dio a conocer que seis indigentes que dormían en las afueras de la casa de San Sebastián la noche del asesinato del prelado, habían muerto en distintas circunstancias, por lo que solicitó una investigación por separado para determinar las causas de dichos decesos. La noticia fue dada por Radio Sonora en su emisión de la tarde. Ese mismo día, por la noche, la misma radio informó que Zeissig denunciaba que el equipo del Ministerio Público, que tenía a su cargo llevar a cabo las investigaciones del caso Gerardi para esclarecer el móvil del asesinato, era objeto de amenazas.

Las denuncias del fiscal Zeissig en ningún momento fueron atendidas y el asesinato de los seis indigentes continúa en el misterio, así como la del taxista descuartizado. Además, como son gente de escasos recursos que está al margen de la sociedad, la prensa no dio la noticia y nadie ha reiterado la denuncia. El fiscal hubo de salir al exilio en el año 2000.

Monseñor Gerardi vivía con el padre Mario Orantes y la cocinera Margarita López. El padre Orantes, joven sacerdote, compartía con Monseñor cuatro misas diarias, seis los miércoles. Su relación con el Obispo era cordial, de

respeto y amistad. Los parientes de Gerardi dicen que entre ellos había gran afecto. Orantes tenía un perro, pastor alemán, llamado Balú, regalo de su hermano, el sacerdote Sergio Orantes.

El padre Mario Orantes declaró que la noche del crimen, a eso de la media noche, fue despertado porque una luz situada fuera de su habitación estaba aún prendida. Generalmente a esa hora la luz debía estar apagada. Se levantó y salió, dejando a Balú dentro de su habitación. Encontró otras luces prendidas y las puertas abiertas alrededor del corredor de treinta pies, que se extiende a lo largo de la casa hasta el garaje, un área abierta al final de la casa, situada cerca de la iglesia. Fue entonces que encontró al Obispo tirado en un charcho de sangre, al lado de su jeep marca Toyota. Sus tobillos estaban cruzados lo mismo que sus muñecas, colocadas sus manos sobre su pecho. Un pedazo de concreto en forma triangular y manchado de sangre estaba cerca del cuerpo, lo mismo que un suéter azul.

Orantes informó que había pasado la tarde del domingo en su habitación viendo televisión y comiendo pollo Campero, su comida favorita. Después de la misa de seis, había llevado a su perro Balú a dar un breve paseo. A su hora habitual, alrededor de las siete y media, se puso sus pijamas y fue a la cocina a tomar la medicina contra la migraña, mal que lo afecta con frecuencia. En la cocina conversó brevemente con la cocinera de la parroquia, Margarita López, y el sacristán, Antonio Izaguirre, quienes estaban cenando. Al finalizar la cena, la cocinera, que tenía gripe, se retiró a su habitación y el sacristán se fue a su casa. Antes de retirarse a sus habitaciones Orantes alimentó a Balú. Ya en su cuarto, se sentó frente a su computadora e ingresó en el Internet. Más tarde encendió el aire acondicionado y vio televisión desde su cama, hasta las diez y veinte, cuando se quedó dormido. Se despertó media hora más tarde, apagó el televisor y se volvió a dormir. Fue entonces cuando se

despertó a media noche y vio la luz encendida.

Según el sacristán de San Sebastián, el padre Mario casi nunca salía de su dormitorio. El 22 de julio de 1998, un destacamento de casi cien policías de las fuerzas especiales, portando boinas negras y armados con rifles automáticos y chalecos antibalas, rodeó San Sebastián. Su operativo: aprehender a Orantes. Éste, que almorzaba en casa de sus padres, fue llamado a regresar a la iglesia, donde fue arrestado con lujo de fuerza por el asesinato de Gerardi. También fue preso el perro Balú, que supuestamente había colaborado en el asesinato. El fiscal Otto Ardón, quien lo había mandado a apresar, estaba involucrado con el ejército. Había trabajado como abogado en la Fuerza Aérea y tenía lazos familiares con militares. En 1997 fue removido como fiscal en el caso de una de las masacres realizadas por el ejército, en donde habían muerto más de trescientas personas. Los familiares de las víctimas protestaron por la predilección de Ardón hacia los soldados durante el juicio, predilección que era obvia e intolerable. Al hacerse cargo del caso Gerardi, no era raro que sostuviera la teoría de que el padre Mario era el asesino y Balú su cómplice, negando así que fuera un crimen político en donde estaban implicados militares.

Ardón sostenía que Balú había atacado al Obispo y lo había mordido de muerte. Para apoyar su teoría trajo a un doctor español llamado Manuel Reverte Coma, quien confirmó la teoría de que el obispo había sido mordido por Balú durante o después del asesinato. Se basaba en una foto del cadáver en donde, según Reverte, había marcas de mordida de perro. Sin embargo, no tomó en cuenta que Balú era un perro inválido y que no podía caminar bien.

Los forenses estadounidenses de la FBI, que trabajaban en el caso, concluyeron que la autopsia primera, realizada por forenses guatemaltecos, la cual revelaba que Gerardi había muerto a causa de trauma en la cabeza, era

la exacta. También sostuvieron que más de una persona había participado en el crimen. Asimismo, descubrieron contusiones causadas por un objeto cilíndrico.

Otto Ardón hubo de renunciar como fiscal en diciembre de 1998. El nuevo fiscal, Celvin Galindo que tomó el cargo, liberó a Orantes y a Balú. Galindo, al intentar enfocar el crimen como político, hubo de salir al exilio al ser seriamente amenazado.

Fernando Penados, sobrino del Arzobispo Penados, había trabajado para Gerardi en la ODHA desde 1990, cuando apenas tenía veinte años. Recibió cursos de criminología patrocinados por el FBI y por los gobiernos de España y Francia. Cuando tenía veintiséis años, dejó la ODHA para ocupar el cargo de subdirector de investigaciones en el Ministerio Público, la oficina guatemalteca de Fiscalía, un cargo al que pronto renunció ya que, según su expresión, "había demasiados criminales trabajando ahí". Estaba dando clases en la Academia de la Policía Nacional cuando Gerardi fue asesinado.

En la noche de la muerte de Gerardi, Penados y otros de sus amigos de la ODHA decidieron formar un equipo para investigar el asesinato, ya que no confiaban en la investigación que realizaría el gobierno, pues éste seguramente no perseguiría a miembros del ejército, señalados en el REMHI.

El equipo de investigadores que Fernando unió en la ODHA fue llamado "los intocables". Además de Penados, lo componían: Arturo Rodas, Arturo Aguilar y Rodrigo Salvador. Todos ellos jóvenes de veintipico años. En un inicio, Penados percibió la misión de "los intocables" como un tipo de contra investigación a la realizada por el Ministerio Público. Por ello recolectaba información que podría ser utilizada para apoyar los reclamos del fiscal. Pero pronto se dio cuenta de que en vez de realizar un papel meramente de defensa,

podría presentar un caso en contra de los verdaderos asesinos. Es así como dio valiosa información, la cual fluyó a través de la ODHA.

Al principio de las investigaciones sobre el asesinato de Gerardi, la ODHA comenzó a recibir llamadas telefónicas anónimas, en donde se daban informaciones sobre el Coronel Byron Disrael Lima Estrada y su hijo, el Capitán Byron Lima Oliva, involucrándolos en el homicidio y señalando que el asesinato tenía carácter político. Se suponía que algunas informaciones provenían de algún sector del ejército mismo, lo que sugería que no todos sus miembros estaban de acuerdo con la operación de los Lima, la cual, según decían, había sido bien organizada e involucraba vigilancia y métodos para controlar a los bolitos, cuidadores de carros, vendedores y otros, situados en el parque, frente a la iglesia de San Sebastián. Y, fundamentalmente, utilización de los medios de inteligencia de dependencias del Estado.

Sin embargo, cuando la ODHA presentó su información sobre los Lima, una comisión establecida por el presidente de entonces, Álvaro Arzú, que supuestamente estudiaba el asesinato, indicó que la comisión no podía colaborar con esta investigación, pues "no podían investigar a los miembros de la seguridad del presidente, por razones de manejo del gobierno", y el Capitán Byron Lima Oliva formaba parte de una unidad conversa "antisequestros" del Estado Mayor Presidencial.

La investigación llegó a establecer que el capitán Lima Oliva llegó a Guatemala desde Miami, la tarde del 26 de abril, día del asesinato. Durante un interrogatorio, que le hicieron los investigadores del Ministerio Público, declaró que hasta las once y media de la noche, había estado en un bar llamado Sports Grill y que luego se había dirigido directamente a las oficinas centrales del Estado Mayor Presidencial. Sin embargo, al revisar la tarjeta de crédito con la que pagó en el bar, se comprobó que su cuenta había

sido cancelada a las ocho treinta. Entonces, el capitán cambió su versión e indicó que se había ido a comer un pastelito con otro soldado en las oficinas centrales del EMP a eso de las once de la noche y que no se había enterado del asesinato de Gerardi hasta que leyó los periódicos al día siguiente. Algo ridículo, pues las oficinas centrales del EMP están situadas a sólo una cuadra de la iglesia de San Sebastián y el asesinato del Obispo hubiese sido de particular interés para todos los oficiales del Ejército que se encontraban ahí. Además, la noche del asesinato, un par de agentes del EMP, que no tenían por qué estar en la escena del crimen, llegaron al lugar con una cámara de video.

Durante la última década, las unidades de inteligencia militar, que previamente habían sido apoyadas por la CIA, tenían plena libertad para asesinar a los opositores del orden establecido con el fin de preservar el poder en manos militares. Ahora habían asesinado nada menos que a un obispo, no sólo para vengarse del REMHI sino para detener el proceso de paz.

En agosto de 1998, un diario reportó que la compañía telefónica tenía en su poder el registro de una llamada realizada, la noche del asesinato, desde la casa parroquial de San Sebastián a un teléfono público situado cerca de la Academia Militar en San Marcos. Un día después de la noticia, el teléfono en San Marcos fue arrancado del poste y desaparecido. Esto llevó a la conclusión de que el asesinato del Obispo fue cometido por militares para vengarse de los informes del REMHI. En todo el mundo denunciaron este acto como un crimen político. Se llegó a decir que si no se encontraban y enjuiciaban a los asesinos rápidamente, el proceso de paz en Guatemala estaría "muerto" o por lo menos "seriamente expuesto".

Con el fin de distraer la atención y desacreditar a la Iglesia, el General Espinoza, Director del Estado Mayor Presidencial, durante una reunión del gabinete el día

posterior al asesinato, lanzó la hipótesis de que el asesinato constituía un crimen pasional de carácter homosexual, como lo probaba el hecho de haber destruido la cara del obispo. Se trataba de desprestigiar a Monseñor Gerardi y desviar la opinión pública, dando a entender que éste, supuestamente, tenía relaciones homosexuales con el sacerdote Orantes. No sólo se le mataba sino se le infamaba. Pronto esta teoría fue conocida por el presidente Arzú, los ministros del Gobierno, los oficiales del ejército, empresarios y círculo diplomático. En tal caso caía la culpa en el sacerdote Orantes, a quien se trató de desacreditar desde todo punto de vista.

Es por esta acusación, venida del Director del Estado Mayor Presidencial, que se ha hablado del crimen perfecto. Sin vuelta de hoja, la culpa recaía en algunos miembros del ejército, los cuales no pudieron contener su ira ante el apareamiento del REMHI. Pero para poder verse libres de toda culpa y no ser llevados ante los tribunales de justicia por los crímenes de lesa humanidad, se planeó cuidadosamente el escenario en donde tendría lugar el asesinato. Debería ser en un espacio físico que implicara a la Iglesia misma. Desacreditar a la Iglesia o a algunos miembros de la misma, partidarios de la teología de la liberación, se lograría si el crimen se cometía dentro del ámbito de la casa parroquial de San Sebastián. Sería entonces posible que apareciera como un crimen pasional de carácter homosexual, en donde se enlodaría el nombre de Monseñor Gerardi, a quien se acusaría de tener relaciones con el padre Mario Orantes, compañero de vivienda. El hombre descamisado que salía huyendo de la casa parroquial, visto por tres testigos, era otro elemento importante para el desarrollo de esta tesis. En alguna forma, tal hombre estaría involucrado en el escenario pasional. Sin embargo, el crimen no pudo ser perfecto por lo que vio el taxista Diego Perussina: la placa P-3201 de un carro que pertenecía al ejército, cerca del cual se encontraba el hombre descamisado.

El crimen, pues, venía siendo una respuesta al informe REMHI, el cual golpeó duramente al Gobierno y al ejército (que eran uno), que ya se creían salvos después de la firma de la paz. Así, el asesinato sería interpretado como una advertencia de que el ejército seguía en el poder y que no toleraría denuncias ni amenazas de ser llevado a los tribunales. Pero, además, no era mala idea disfrazarlo como proveniente de un conflicto doméstico que se daba dentro de la misma Iglesia. En esta forma, no sólo se mantenía la tácita advertencia, sino se lograba una venganza en contra de la Iglesia católica que había creado la Oficina de los Derechos Humanos del Arzobispado, de la cual era director Gerardi, bajo cuya dirección había surgido el REMHI.

Desacreditar a la Iglesia beligerante que intentaba lograr algún tipo de justicia más allá de los acuerdos de paz, era compatible con la política del Gobierno de Arzú (representante del ala poderosa de los empresarios y terratenientes, a cuyo servicio ha estado siempre el ejército). Su mejor logro había sido la firma de la paz, con lo cual obtendría la ayuda extranjera que se haría disponible una vez Guatemala redujera el número de violaciones a los derechos humanos que se le atribuían. Los discursos de Arzú se hacían cada vez más partidarios del ejército y en contra de los activistas de derechos humanos, a quienes se acusaba de desestabilizadores. El REMHI fue visto por Arzú como una interrupción al proceso de paz. El asesinato de Gerardi coincidía con la campaña feroz realizada por su Gobierno en contra de las organizaciones de derechos humanos en general y la Oficina de los Derechos Humanos del Arzobispado de la Iglesia católica en particular.

Asimismo, en la década de los 90, activistas de los derechos humanos, considerados enemigos del ejército y del gobierno, habían sido asesinados en escenas falsas, como robo de carros, crímenes pasionales, muerte en las carreteras. Muchos de estos casos están documentados. Pero en el caso de Gerardi, el ejército había tenido que ser más creativo.

El primer sospechoso que se capturó fue un indigente alcohólico, llamado Carlos Enrique Vielman Diany, a pesar de que no presentaba ninguna de las características físicas señaladas por los primeros dos testigos, lo cual pareció importar poco a las autoridades guatemaltecas. Sin embargo, mientras era mantenido en prisión, apareció un abogado de apellido Menchú, quien se ofreció a representarlo pero, a pesar de tener suficiente evidencia de su inocencia que le permitiría liberarlo, no lo hizo. En cambio, trató de mantenerse dentro del caso con el fin de apoyar la hipótesis del gobierno y del ejército que sostenía que los móviles del crimen contra Monseñor eran pasionales.

Como esta hipótesis no prosperara, surgió una nueva versión que sostenía que el padre Mario Orantes traficaba con imágenes religiosas con la colaboración de Ana Lucía Escobar y una banda de delincuentes llamada Valle del Sol. A Ana Lucía se la conoce como sobrina de Monseñor Efraín Hernández, Canciller de la curia y había llegado con él a la casa parroquial de San Sebastián la noche del asesinato. Blanca Lidia Contreras Castillo, ex cuñada de Monseñor Hernández, apareció entonces en escena afirmando que Ana Lucía era hija de Monseñor. Lidia Contreras, oscuro personaje salido de la noche a la mañana haciendo declaraciones turbias, aseguraba que Monseñor Hernández era constantemente amenazado por Ana Lucía, quien lo chantajeaba diciéndole que si no la ayudaba a ella y a sus amigos de la banda Valle del Sol en sus andanzas criminales, lo identificaría como su padre. Monseñor Hernández renunció de su cargo como Canciller de la Curia a principios de febrero, justificando su retiro por estar próximo a cumplir sesenta y cinco años.

Esta segunda hipótesis tampoco prosperó. Sin embargo, igual que la primera, en la que se acusaba a Orantes de homosexual y se ponía en tela de duda la honorabilidad de Gerardi, estaba encaminada a desacreditar a la Iglesia o a un sector de la misma, sin duda la que compartía los ideales

de la teología de la liberación. De esa manera la Iglesia no podría intentar algún tipo de justicia basado en el REMHI.

El asesinato se dio durante el gobierno de Álvaro Arzú, quien a pesar de haber logrado la firma de la paz (el mayor éxito de su gobierno), señalaba a los activistas de los derechos humanos como perturbadores del orden y apoyaba cada vez más al ejército. El crimen coincide con una campaña feroz realizada por el gobierno contra las organizaciones de derechos humanos en general y contra la Iglesia católica en particular.

Lo cierto es que el gobierno de Arzú se dedicó a investigar a Ana Lucía Escobar, a la banda Valle del Sol, a Monseñor Hernández, al padre Mario Orantes y hasta a Balú, pero jamás al ejército.

Después de la renuncia del fiscal Otto Ardón, le sustituye el Lic. Calvin Galindo, quien muestra una actitud más abierta. Asimismo, surge un nuevo juez: Henry Monroy. Dicho juez decide dejar en libertad al padre Orantes y a Margarita López y reconoce definitivamente a la ODHA como querellante adhesiva. Es así como la ODHA puede presentar su testigo clave, el taxista Diego Méndez Perussina (que había permanecido escondido y en el anonimato por meses). Pero el juez Monroy se vio sometido a presiones tanto por parte del secretario de la Corte Suprema de Justicia, Lic. Donald Pelaez, como por el Secretario de Análisis Estratégico de la Presidencia, Lic. Howard Yang, quien era portador del mensaje del presidente Arzú: "que no liberara al P. Orantes; que los militares estaban muy enojados y él no podía controlarlos". Ante semejante situación, el juez Monroy se vio obligado a renunciar y tuvo que salir al exilio. En su lugar fue nombrada la jueza Flor de María Solís.

Estando ya la jueza Solís al frente del caso, otro testigo clave se presentó: un ex miembro del Estado Mayor Presidencial, Jorge Aguilar Martínez. Éste en su declaración

comprometió al jefe de dicha entidad, Rudy Pozuelos; al jefe del Departamento de Seguridad del Estado Mayor Presidencial, Francisco Escobar Blas; y al Edecán Presidencial Byron Lima Oliva, en el asesinato.

La jueza Solís, además, aportó información que permitió a la ODHA y al Ministerio Público solicitar el secuestro judicial de los libros de control de entradas y salidas de vehículos del Estado Mayor Presidencial; revisión de las planillas del personal de esa entidad y el secuestro de algunas de ellas. Como represalia, el ejército desarrolló una campaña de desprestigio contra Aguilar Martínez, quien fue amenazado y tuvo que salir al exilio.

Sin embargo, el fiscal Galindo convalidó el testimonio de Aguilar Martínez y manifestó que coincidía con los resultados arrojados por la nueva investigación. Pero cuando el crimen estaba a punto de resolverse, el fiscal sufre una ola de intimidaciones y amenazas, que incluyó el secuestro de su hijo, lo cual lo obligó a abandonar el caso y salir al exilio.

El auxiliar de Galindo, Leopoldo Zeissig asumió como nuevo fiscal. Su gestión transparente, al igual que la de Galindo, dio a la ODHA la confianza para seguir presentando a testigos clave, entre ellos, Oscar Chex López, ex miembro de Inteligencia Militar de la dependencia del Estado Mayor de la Defensa Nacional, quien declaró que tuvo a su cargo seguir físicamente a Gerardi, de intervenir su línea telefónica y controlar sus actividades familiares, laborales y pastorales. Chex testificó que Gerardi estaba fichado en el file No. 29 en el archivo de la Inteligencia Militar. Más aún, declaró que *era catalogado blanco de una ejecución extrajudicial, por ser considerado opositor al gobierno, por su labor en el campo de los Derechos Humanos*; y al promover el proyecto REMHI se hizo patente el descontento del ejército hacia él, y por ello se aumentó su control, así como a otras y otros miembros de la ODHA. Este testigo clave también hubo de salir al exilio.

Gracias a las investigaciones realizadas y a los testimonios recibidos, en 1999 se pudo constatar que el móvil del crimen fue político y en él estaban involucrados miembros del ejército. También que había sido una ejecución extrajudicial en la que estuvieron involucrados militares que trabajaban en el Estado Mayor Presidencial. Se giraron órdenes de captura contra los sospechosos: el Coronel retirado Disrael Lima Estrada, el capitán Byron Lima Oliva y el Especialista Obdulio Villanueva. El padre Mario Orantes y Margarita López fueron también capturados, aunque más que encubridores del crimen parecen ser víctimas de los asesinos.

Por fin el 8 de junio de 2001, fueron condenados los tres militares mencionados y el sacerdote Mario Orantes. Se dio libertad a Margarita López, quien en última instancia podría saber lo mismo que Orantes.

En la condena del sacerdote Orantes tuvo que ver el testigo Rubén Chanax, quien aseveró que Orantes le pidió que no dijera nada cuando estaban frente al cadáver. Algunas contradicciones en que cayó el padre y el testimonio de Chanax Sontay fueron definitivas en su condena, a pesar de que Orantes más bien parece ser una víctima que esta bajo presión y amenaza, lo mismo que Margarita López.

El libro "En la mirilla del jaguar", se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de abril de 2002, en los talleres de Mercaprint (1ª. Avenida "A" 1-70 zona 1, Tel. 232-1850 Fax: 253-4277), con un tiraje de 2,000 ejemplares.

"Los soldados, medio dormidos y aún con restos de comida en la boca, disimulaban su cansancio. Debían salir al día siguiente, internarse en la selva y llegar a la vereda por donde pasaría Monseñor Juan Gerardi".

Monseñor Juan Gerardi quien luchara por los desposeídos de Guatemala, quien defendiera al pueblo que se debatía entre el acoso del ejército y de la guerrilla estuvo condenado a muerte por su elección: los pobres, los perseguidos, etc.

El primer intento falla, probablemente porque Monseñor Gerardi aún tenía una misión muy importante que cumplir. Cumple su misión y es asesinado. ¿Cuál era esta misión? ¿Por qué era tan importante?

Margarita Carrera retoma los documentos relacionados con la misión y la muerte de Monseñor Gerardi. Por medio de la combinación de testimonios tomados del REMHI y otros documentos y de la ficción recrea para el lector la pasión y muerte de un hombre que siguió a Cristo.

La lectura de la obra nos enfrenta a realidades que aún hoy queremos ignorar.

"Mientras no se sepa la verdad, las heridas del pasado seguirán abiertas y sin cicatrizar".

Rossana Pinillos Brocke



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

ISBN: 99922-48-70-3

USAC

BIBLIOTECA CENTRAL
GUATEMALA



470184700